





**LAS JUNTAS CRIOLLAS
HISPANOAMERICANAS Y EL COMIENZO
DEL PROCESO DE INDEPENDENCIA**

Colección Bicentenario

LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA CONTINÚA

Vladimir Acosta

**LAS JUNTAS CRIOLLAS
HISPANOAMERICANAS Y EL COMIENZO
DEL PROCESO DE INDEPENDENCIA**

**ARCHIVO
GENERAL
DE LA NACIÓN**



**CENTRO
NACIONAL
DE HISTORIA**

Caracas, 2013

Fidel Barbarito
Ministro del Poder Popular para la Cultura

Xavier Sarabia
Viceministro para el Fomento de la Economía Cultural

Néstor Viloría
Viceministro de Cultura para el Desarrollo Humano

Omar Vielma
Viceministro de Identidad y Diversidad Cultural

Luis Felipe Pellicer
Presidente (E) del Centro Nacional de Historia
Director del Archivo General de la Nación

Simón Andrés Sánchez
Director del Centro Nacional de Historia

Marianela Tovar
Coordinadora General de Estrategia Centro Nacional de Historia

Oscar León
Coordinador General de Operaciones Centro Nacional de Historia

Archivo General de la Nación; Centro Nacional de Historia, 2013
Vladimir Acosta, *Las juntas criollas hispanoamericanas y el comienzo del proceso de independencia.*

Editorial

Coordinación editorial: Eileen Bolívar

Diseño portada: Javier Véliz

Imagen de portada: Juan Lovera. *19 de abril de 1810* (Detalle).1935.

Colección Museo Caracas, Concejo Municipal.

Apoyo gráfico: Ángel Pellicer y Mahywith Alvarado.

Diagramación: Javier Véliz

Corrección: Miguel Raúl Gómez

Impresión: Gráficas Tao C.A.

Lugar de Impresión: Caracas, Venezuela

Tiraje: 1000

Depósito Legal: lf22820139002926

ISBN: 978-980-7248-86-0

ÍNDICE GENERAL

Introducción	11
1. El Alto Perú, actual Bolivia. Las juntas de Chuquisaca y La Paz. 25 de mayo y 16 de julio de 1809	21
2. Ecuador. La junta de Quito. 10 de agosto de 1809.....	33
3. Venezuela. La junta de Caracas. 19 de abril de 1810	45
4. Argentina. La junta de Buenos Aires. 25 de mayo de 1810.....	63
5. Nueva Granada. La junta de Bogotá. 20 de julio de 1810.....	77
6. Chile. La junta de Santiago. 18 de septiembre de 1810.....	97
7. Paraguay. La independencia contra Buenos Aires. La junta de Asunción. 20 de junio de 1811	107

8. Uruguay.	
El movimiento republicano, federalista y social de Artigas	117
9. Perú.	
El centro de la reacción española. Ausencia de juntas	127
10. México.	
La rebelión popular. Hidalgo y Morelos	139
Bibliografía sucinta	155

A Adriana



INTRODUCCIÓN

I

Motivo de grandes celebraciones patrióticas, este nuevo centenario, el segundo, del inicio de la lucha de la América de habla española por su Independencia, ha comenzado recordando que ese inicio se expresó entonces en la creación de Juntas criollas en diversas partes de lo que para esa época constituía el vasto territorio colonial dominado por España; creación de Juntas que cubrió en lo esencial los conflictivos años de 1809, 1810 y 1811. Pero a diferencia de lo que era la situación de nuestra América Latina hace un siglo, esta América Latina de hoy, de comienzos del siglo XXI, es sin duda un continente diferente, más fuerte, más poblado, más urbanizado, y que no obstante todos los grandes problemas de diverso orden y las profundas desigualdades sociales que aún lo afectan, ha avanzado grandemente en muchos campos a lo largo del último siglo transcurrido desde los años de celebración de ese primer centenario que, visto desde el presente, parece tan lejano.

Y no es solo eso sino que, al menos en varios de nuestros países, se han venido produciendo en estos últimos años transformaciones realmente profundas en lo político, en lo económico, en lo social y en lo cultural. Transformaciones orientadas a romper por fin la dependencia neocolonial a que esta América Latina quedó sujeta después de sacudir el yugo español, y a construir con la más amplia participación popular sociedades más justas, igualitarias y democráticas y más capaces de solventar la enorme deuda social con nuestros pueblos y con nuestras masas indígenas que el proceso independentista liderado por las oligarquías criollas, y aprovechado por ellas y por sus herederos, no fue capaz de resolver porque, dado su carácter explotador, esas oligarquías no estaban interesadas en hacerlo.

Pero justamente por eso, porque vivimos hoy en una América Latina que se está abriendo a la lucha por conquistar una verdadera independencia que no excluya la emancipación; porque ha despertado de nuevo en este continente la participación política consciente de las masas populares y de los pueblos indígenas; porque esas grandes masas de hombres y mujeres reclaman la justicia social que se les ha negado por siglos y los derechos que les han sido conculcados o mediatizados desde la Independencia; y porque en fin de cuentas no podemos diferir por otros cien años el logro de estos impostergables objetivos, es por lo que esta conmemoración bicentennial del inicio de una lucha independentista que quedó a medias y que dejó tantas cosas por hacer no puede reducirse —como ocurriera en anteriores conmemoraciones— a una secuencia de discursos patrióticos, y de actos y desfiles centrados en algunos casos en recrear la visión tradicional, la lectura sesgada, limitante y excluyente que se nos ha enseñado desde la escuela, y que hemos heredado de una historia oficial republicana elaborada por las mismas oligarquías criollas que se apropiaron de la Independencia, conseguida con tanto esfuerzo, para convertirla en formas más sutiles de dominio extranjero, que dejaron pendiente la emancipación de nuestros pueblos, y que en muchos casos y países la siguen ocultando detrás de actos oficiales y discursos conmemorativos.

Esta tiene que ser una oportunidad que, más allá de necesarios actos, discursos y desfiles, nos permita replantearnos una discusión clara, serena y seria sobre el carácter y los límites de nuestros procesos independentistas iniciados en casi todos los casos con la creación de esas Juntas criollas; una ocasión para estudiar la composición de clase de esas Juntas, para buscar al pueblo y las razones de su ausencia, de su pasividad o desconfianza frente a unas Juntas dirigidas por la misma élite criolla racista que a diario lo explotaba y despreciaba. Una ocasión, que deberá continuarse en los años próximos, para ir haciendo lo mismo con el estudio de las siguientes secuencias del proceso independentista, el cual pasa por diversas etapas hasta culminar en 1824 en el Perú con las victorias decisivas de Junín y de Ayacucho.

De modo que el objetivo central de este estudio, dedicado solo a examinar el inicio del proceso, el constituido por la creación de las Juntas criollas, es salirse de ese marco rutinario dentro del que suelen confinarse los estudios oficiales acerca de la Independencia; y lo que persigue en este terreno es aportar, desde una perspectiva de Patria Grande, esto es, no solo venezolana sino latinoamericana, un aporte —modesto pero bien fundado en el estudio de los textos y documentos pertinentes— a ese necesario estudio y revisión de hechos tan importantes como fueron los que llevaron hace dos siglos, en la mayor parte de los virreinos que formaban entonces el territorio colonial español americano, a la creación de esas Juntas criollas que sirvieron de punto de partida a los procesos independentistas de nuestro continente; y que al menos en un caso, en lugar de Juntas criollas, dieron como resultado el estallido de una temprana rebelión social contra el absolutista poder peninsular, rebasando así —y amenazando, aunque solo fuera por corto tiempo— el proyecto moderado de los oligarcas criollos, cuyos límites políticos y sociales ponía en evidencia.

Estos hechos decisivos de nuestra historia suelen sernos bastante mal conocidos, ya sea porque de ordinario se los reduce a descripciones simplistas y a menudo sesgadas que omiten en forma interesada aspectos importantes de los mismos; ya sea (y esto en modo alguno excluye forzosamente lo anterior) porque lo más frecuente es que en cada uno de nuestros países hispanoamericanos se tenga cuando más cierta idea del propio proceso independentista, la aprendida en la escuela primaria y repetida desde entonces, pero se ignore por completo o casi por completo el de los otros, incluso de los vecinos más cercanos. Y bastaría con preguntarse qué sabe el venezolano corriente, el mismo que cree que la Junta creada el 19 de abril de 1810 en Caracas fue la primera, acerca de la creación de las otras Juntas americanas, anteriores o ulteriores a la caraqueña; del contexto en que fueron creadas; de quiénes fueron sus creadores; del dominio de la oligarquía criolla sobre todas ellas; de la presencia, desconfianza o ausencia del pueblo en los procesos que llevaron a crearlas y de las razones de esa ausencia o desconfianza; de la relación de estas Juntas con los procesos de

independencia que más pronto o más tarde las siguieron; y de los casos en que en ausencia de tempranas Juntas criollas se produjeron rebeliones populares o movilizaciones masivas de hondo contenido social, como fue el caso de México con los curas revolucionarios que fueron Hidalgo y Morelos, o de la Banda Oriental del Uruguay con José Gervasio Artigas.

II

Cercanas o remotas, las causas de los procesos de independencia hispanoamericanos han sido examinadas y analizadas muchas veces y no se trata ahora de hacer referencia a ellas. Lo que sí interesa es señalar que sin duda alguna la causa inmediata o desencadenante de los mismos son los acontecimientos españoles, o mejor aun europeos, de 1808, esto es, la crisis española que estalla en los primeros meses de ese año en la decadente España borbónica de Carlos IV y su esposa María Luisa de Parma, en la que el gobierno es ejercido de hecho por Manuel Godoy, favorito del rey y amante de la reina, promotor de ciertas políticas liberales calificadas por la conservadora nobleza española de francófilas y odiado por el heredero del trono, el infante Fernando, que se apoya en esa nobleza, pero que, por no haber revelado aún su verdadera calaña, es visto como encarnación de una esperanza de cambio por el pueblo, sometido como se halla al autoritarismo de la aristocracia, al dominio embrutecedor de la poderosa y reaccionaria Iglesia, y a la pobreza más rotunda.

Fernando y sus seguidores provocan un motín en Aranjuez del 17 al 19 de marzo de 1808; motín que echa del poder a Godoy, y le permite a él asumirlo haciendo abdicar a su padre y convertirse en rey como Fernando VII. Pero esto ocurre en un contexto español tenso e inestable, porque desde unos años antes España es aliada de la Francia napoleónica; y Napoleón, enfrentado a su enemiga Inglaterra, ha decidido invadir Portugal, aliado de esta, lo que ha llevado a los reyes portugueses, conducidos y protegidos por los británicos, a huir al Brasil, su gran colonia americana, para gobernar desde entonces directamente desde ella, convertida así en Imperio portugués.

Para invadir Portugal, Napoleón ha solicitado a España permiso para que pasen por territorio español las tropas francesas y para que parte de ellas permanezca en España. Y Napoleón no tiene el menor interés en aceptar los resultados del motín de Aranjuez. Obliga a Carlos IV y a Fernando a trasladarse a Bayona, en territorio francés, los hace abdicar a ambos, primero a Fernando y luego a Carlos, y organiza a corto plazo unas cortes que promulgan una suerte de constitución liberal y que designan como nuevo rey español a su hermano José Bonaparte como José I. La sorpresiva respuesta del pueblo español es una rebelión popular, pronto controlada por sectores tanto liberales como conservadores de la nobleza, que enfrenta a las tropas francesas invasoras y que organiza por todo el territorio español Juntas de defensa de los derechos del depuesto rey Fernando VII.

Son estas crisis del poder español, esta invasión francesa y esta rebelión creadora de Juntas, pronto acorraladas por el avance de las tropas napoleónicas y reemplazadas desde enero de 1810 por un cuestionado Consejo de Regencia, lo que desata de inmediato todas las contradicciones latentes en la América española entre gobernantes españoles y criollos que quieren compartir ese poder aprovechando para sus fines la crisis española, y sirve así de desencadenante de una persistente lucha por la creación de Juntas criollas en las diversas capitales coloniales de América, lucha exitosa en la mayor parte de los casos y que a corto o a mediano plazo se convierte en punto de partida de los sucesivos procesos independentistas hispanoamericanos.

Las Juntas son promovidas y organizadas por las élites criollas, que son dueñas del poder económico, propietarias de la tierra y de las haciendas, y que mantienen a la mayor parte de las masas trabajadoras, indígenas y negras, sometida a la servidumbre y a la esclavitud, pero que quieren, sin que se desborde la conflictividad social, compartir con las burocracias peninsulares el poder político que éstas monopolizan; o, si les resulta posible, aprovechar la crisis europea para sacar a los españoles y asumir ellos el poder político. Esas élites criollas suelen ser admiradoras del pensamiento ilustrado europeo pero enemigas de la Revolución francesa tanto en su dimensión jacobina como en la

napoleónica, porque temen tanto la revolución social y las rebeliones de siervos y esclavos que asocian con la primera como el dominio imperial que rechazan de la segunda.

Y su enfrentamiento con los españoles y su deseo de compartir el poder o al menos de conseguir cierta autonomía no implica en ningún caso que su objetivo de entonces haya sido proclamar la independencia, porque —salvo unos cuantos, que todavía no tienen peso— esos criollos elitescos y ricos en su aplastante mayoría son conservadores, monárquicos y admiradores de Fernando VII, al cual proclaman fidelidad a cada paso. Y no, como ha difundido la historia oficial republicana, porque hubiesen decidido cubrirse con una interesada máscara de fidelidad al depuesto rey para ocultar sus fines independentistas aún no comprendidos por el pueblo. El pueblo les interesaba poco, su fidelidad al rey y a la monarquía eran sinceras y dieron bastantes demostraciones de eso, y si —como ocurrió con muchos de ellos mientras otros se exiliaban o se pasaban al bando español— se convirtieron al republicanismo y a la causa de la independencia, esto fue producto de un rápido proceso que los forzó a asumir posiciones más radicales y a buscar apoyo popular, siendo decisivo en este resultado que la respuesta española y de otra parte de la oligarquía criolla contra ellos fue brutal, implacable y sanguinaria, y les fue cerrando todos los caminos, no dejándoles otra alternativa que la de escoger entre el sometimiento al absolutismo español y el riesgo de conquistar la independencia.

Y aquí vale la pena decir algo sobre un aspecto que he planteado en otras ocasiones varias veces: la diferencia existente entre independencia y emancipación. La historia oficial republicana y los discursos patrióticos nos han acostumbrado a confundirlos, a emplearlos como sinónimos, o a fundirlos en uno como si ambos fuesen la misma cosa. No obstante, a pesar de que se parecen en el plano semántico y hasta se entrelazan en algunas ocasiones a lo largo del proceso independentista, lo cierto es que no son lo mismo, que su empleo como si lo fuesen contribuye a confundir las cosas sea por simplismo o por interés en falsearlas, y que lo más conveniente es tratar de hacer la necesaria distinción entre ambos.

Independencia es, pasada la fase de las Juntas en la que todavía no se planteaba como consigna, el proyecto de la oligarquía criolla patriota o republicana, que reclama en esta nueva fase la independencia de España y combate para obtenerla. Pero Independencia es un proyecto político que no solo no quiere grandes cambios sociales sino que intenta evitarlos, porque la élite criolla que lo tiene como objetivo y como bandera lo que ansía es el poder político, pero teme al mismo tiempo que la lucha por este conlleve unos cambios sociales que reducirían su control económico, su dominio sobre las masas populares y su condición de explotadora.

Emancipación es otra cosa. Quizá no pueda decirse que es exactamente el proyecto de las masas populares porque, dada su sujeción, debilidad política y falta de organización, esas masas no pueden presentar proyectos estructurados de cambio social como sí puede en cambio hacerlo la oligarquía criolla en el terreno político. Pero es sin duda, por confuso que sea, el programa de cambio social que reclaman las masas del pueblo, los pobres, los pardos, los esclavos, los indígenas: justicia, acceso a la tierra, igualdad social, abolición de la esclavitud, fin de la explotación, del hambre y la miseria.

Los criollos no necesitan emanciparse porque son libres. Los que requieren de esa emancipación son las castas, los pardos, los negros, los esclavos, los indígenas, los excluidos. Las consignas independentistas no les dicen al principio gran cosa y sospechan de ellas al ver que quienes las enarbolan son los criollos ricos que los desprecian y explotan. Solo la ulterior radicalización del proceso independentista en algunos casos acerca ambas visiones. Y si en algunos momentos (porque no son muchos, o no duran mucho tiempo) ambos proyectos se acercan o se funden en ciertos casos es porque los patriotas criollos que luchan por la Independencia no pueden solos con la reacción española y con la indiferencia o el rechazo de la mayoría del pueblo o de gran parte del mismo y se ven forzados por ello a tratar de ganarse el apoyo de las masas prometiéndoles cambios sociales que apuntan a esa emancipación. Pero una vez lograda la victoria y conquistada la independencia con ese apoyo popular, tales consignas y promesas

son abandonadas por esa oligarquía, satisfecha con lo que ha logrado, y poco dispuesta, salvo en aspectos menores, a cambiar —haciendo sacrificios que ya no considera necesarios— el sistema social del que se beneficia y que desde ahora le pertenece por entero.

De todos modos, estos problemas apenas empiezan a aflorar de manera definida en la etapa inicial de la lucha por la independencia que examino en este trabajo, la relativa a la constitución de las Juntas, y es más adelante que se definen con toda claridad. Pero ya se los siente en esta primera fase, y no está de más dejarlos de nuevo señalados.

III

El orden más lógico y claro para examinar las Juntas criollas es sin duda el cronológico. Pero este orden tiene no obstante sus problemas porque lo que vemos en los comienzos del siglo XIX en el mundo hispanoamericano no es solo una secuencia de Juntas criollas que va cubriendo uno a uno los diferentes territorios que constituían entonces la América española. Ni tampoco que todas las Juntas que se crearon en esos años en estos fuesen Juntas patriotas. Y todo ello sin olvidar que en los dos casos más importantes no hubo exactamente Juntas criollas, ya fuese porque el dominio español (y la complicidad criolla) impidiesen formarlas, como sucedió en Perú, centro del dominio colonial en Suramérica; o bien porque tras derrotar los españoles el temprano intento criollo de formarlas, se produjo en respuesta la gran rebelión popular que la hizo innecesaria, como en México.

Comienzo entonces por las dos primeras Juntas, que son las de la actual Bolivia, el entonces llamado Alto Perú, porque es en Chuquisaca, también llamada Charcas o La Plata, donde una protesta criolla conduce a la creación de una primera Junta criolla, la primera de la América española, el 25 de mayo de 1809, Junta un tanto ambigua, de límites poco claros y de corta duración. Pero casi de inmediato, en el mismo Alto Perú, esta vez en La Paz, una protesta popular mayor da origen, el 16 de julio de ese mismo año de 1809, a una nueva Junta, la segunda, aunque los que no llegan a calificar de Junta a la de

Chuquisaca la tienen por primera. Esta sí es en todo caso una Junta verdadera, una Junta criolla, Junta Tuitiva, que actúa como tal y toma importantes decisiones.

Sigue la Junta de Quito, moderada Junta criolla que se crea menos de un mes después de la de La Paz, el 10 de agosto de 1809. Es luego, casi un año más tarde, que se crea la Junta criolla de Caracas, el 19 de abril del año siguiente, 1810. Y este es el año de la creación de nuevas Juntas criollas, porque de inmediato siguen la de Buenos Aires, el 25 de mayo; la de Bogotá, el 20 de julio; y la de Santiago de Chile, el 18 de septiembre. Y el año siguiente, después de un confuso intento anterior, se crea la Junta criolla de Asunción del Paraguay, el 20 de junio de 1811.

Pero no hay Junta criolla en Montevideo, donde lo que ha surgido desde 1808 es una Junta española, disuelta en 1809, pero conservándose en la capital oriental el poder virreinal español y el enfrentamiento de este contra la Junta criolla de Buenos Aires. Y tampoco hay Junta criolla en México, donde lo que hay es un golpe godo de los españoles en 1809 y una gran rebelión popular encabezada por el cura Miguel Hidalgo en septiembre de 1810 y mantenida viva por su sucesor José María Morelos hasta la derrota de ese movimiento en 1815. Y por supuesto no hay Junta criolla ni movimiento criollo autonomista, y menos aun, independentista, en Lima, ni en el Perú, centro del poder absolutista español y de la agresión contra las Juntas criollas de los países vecinos y de sus capitales rebeldes como Chuquisaca, La Paz, Quito, Buenos Aires o Santiago.

De modo que es necesario tomar en cuenta esto para seguir la secuencia de las Juntas criollas. El orden que voy a seguir es entonces el siguiente: comienzo con las dos tempranas Juntas del Alto Perú en 1809; sigo con la de Quito, también en 1809; continúo con las de Caracas, Buenos Aires, Bogotá y Santiago de Chile, todas de 1810; me ocupo después de la Junta paraguaya de Asunción, que es de 1811, y luego examino para concluir las situaciones peculiares e interesantes de Uruguay, de Perú y de México, entonces llamado Nueva España.



1. EL ALTO PERÚ, ACTUAL BOLIVIA. LAS JUNTAS DE CHUQUISACA Y LA PAZ. 25 DE MAYO Y 16 DE JULIO DE 1809

Los primeros movimientos juntistas criollos que se manifiestan contra el poder español en nombre de los derechos de Fernando VII pero con elementos que apuntan a la autonomía y más adelante incluso a la independencia se producen en el Alto Perú, la actual Bolivia, provincia que habiendo pertenecido hasta 1776 al virreinato del Perú había pasado desde entonces a ser parte del virreinato del Río de la Plata, creado ese año por decisión del rey español Carlos III.

El Alto Perú, que cuenta entonces con una prestigiosa universidad, la de Chuquisaca o Charcas, ciudad también conocida como La Plata, a la que acuden a educarse tanto criollos locales como miembros de las élites criollas peruana y rioplatense, se caracteriza entonces no solo por la presencia, como en las otras colonias españolas, de una minoría burocrática peninsular que controla el poder y los cargos políticos y administrativos de la colonia en sorda competencia con una élite criolla que es dueña de tierras, siervos y esclavos pero que ansía controlar el poder político o al menos compartirlo con los españoles, sino también por la presencia de unas masas indígenas rurales y urbanas, que forman la mayoría del país y que viven —o mejor sobreviven— en medio de un feroz régimen de explotación impuesto por el régimen español pero del que se beneficia fundamentalmente esa élite criolla rica y racista, propietaria de tierras y haciendas en las que buena parte de los indígenas trabaja en condiciones serviles nada lejanas de la esclavitud.

Y aunque su propósito inicial no tiene que ver con independencia ni con revolución, pues se trata de una mera disputa elitesca por el poder, lo cierto es que las primeras Juntas criollas que surgen en el Alto Perú en 1809 y que son también las primeras de la América española, Juntas por lo demás muy moderadas, tienen como resultado principal que el enfrentamiento entre criollos y españoles al que la lucha por imponer esas Juntas criollas da origen y la brutal respuesta del poder español contra ellas se convierten también pronto en desencadenantes de una aguda lucha social, de la que, a un elevado costo en vidas humanas y destrucción material y luego de largos años, termina materializándose la independencia del país y la constitución de una nueva república, independiente, sí, de España, del Perú y de Buenos Aires, pero dominada por la misma élite criolla conservadora y explotadora de las masas indígenas y pobres del país.

En el contexto de la crisis española de 1808, que ha llevado a la destitución de los reyes de España, Carlos IV y su hijo Fernando VII, por Napoleón Bonaparte, a su reemplazo por el hermano de este, José, como nuevo rey del país, a la rebelión del pueblo español en abierto rechazo a estas medidas organizando Juntas en defensa de los derechos del joven rey depuesto, y a la invasión de España por las tropas francesas, surgen dos Juntas criollas en 1809 en el Alto Perú: la primera de ellas en Chuquisaca y la segunda en La Paz. Las Juntas son moderadas, sobre todo la primera, y duran poco, pero a pesar de ello es indudable que constituyen el punto de partida del movimiento hispanoamericano que termina años más tarde llevando a la independencia del continente del dominio español.

La Junta de Chuquisaca es solo importante por ser la primera. Y su origen es más que todo una respuesta a las intrigas de Carlota Joaquina, la hermana de Fernando VII, que es la esposa del rey de Portugal Joao VI. Los reyes de Portugal, Joao VI y Carlota Joaquina, se han trasladado en 1808 con toda la corte portuguesa a Brasil, su gran colonia suramericana, protegidos por los ingleses, ante la amenaza de que las tropas francesas de Napoleón, que cuentan con el apoyo de España, entonces aliada de este, invadan Portugal, como en efecto

hicieron poco después, porque en su guerra y bloqueo continental contra la Gran Bretaña, Napoleón necesitaba controlar el estratégico territorio de Portugal, aliado de su enemiga.

Y al producirse poco después la crisis española: la destitución por Napoleón de Carlos IV y de su hijo Fernando, que se había hecho proclamar rey como Fernando VII, para hacer coronar rey a su hermano José Bonaparte, con las consecuencias ya anotadas de rebelión popular española, invasión francesa de España y creación por doquier en esta de Juntas de defensa de los derechos del rey depuesto, Carlota Joaquina, desde el Brasil, comenzó a intrigar con los gobernantes españoles de los virreinos del Plata y del Perú y con algunos criollos para que se la nombrase regente de esos territorios coloniales españoles en nombre de su hermano.

Y aunque esta propuesta, que en fin de cuentas no era otra cosa que aceptar entregarle los territorios coloniales españoles a los portugueses, tuvo apoyo solapado o abierto de varios gobernantes españoles y hasta de algunos criollos porteños como Manuel Belgrano (que sin embargo querían ponerle a Carlota Joaquina limitaciones que esta no podía aceptar dado su absolutismo, como convertirse en regente constitucional), lo cierto es que una parte de los gobernantes coloniales españoles y la mayoría de los criollos de las élites altoperuanas y argentinas rechazaron la propuesta por entender con claridad lo que implicaba. Lo que los criollos hispanoamericanos querían era compartir el poder político con los peninsulares o, si fuese posible, aprovechar la coyuntura que se presentaba con la crisis española para desalojarlos del mismo, pero no caer en la trampa de cambiar la dominación de España por la de Portugal, al que muchos de ellos detestaban.

En Chuquisaca existe en 1809 un clima caldeado; y no tanto por la crisis española como por la rivalidad que opone por un lado al presidente de la audiencia, García Pizarro, con los odores de la misma, y por otro lado la que enfrenta al arzobispo Moxó con una buena parte de la Iglesia, que lo rechaza por su autoritarismo. Y es en este contexto que se inserta de pronto la conspiración carlotina. Y quien provoca en lo inmediato la crisis es un criollo peruano, arequipeño, funcionario

militar colonial, que luego se convierte en el más sanguinario represor de la lucha de los criollos altoperuanos por su libertad y por su independencia: Juan Manuel de Goyeneche.

Goyeneche, que regresa de España y se dirige al Perú, viene haciendo desde España un doble juego. En España, igual que otros funcionarios españoles o coloniales, el arequipeño se muestra como francófilo, nada extraño porque de los gobernantes franceses de esa España ocupada, dependían tanto sus nombramientos como la ratificación en sus cargos. Pero en su camino hacia Lima pasa primero por Brasil, y allí, en Río de Janeiro, se entrevista con Carlota Joaquina y se muestra identificado con su propuesta de asumir la regencia del virreinato del Perú si los gobernantes de Lima y del Alto Perú así lo aceptan. A su paso por Chuquisaca antes de dirigirse a la capital peruana, el intrigante Goyeneche pone en conocimiento de la propuesta de Carlota Joaquina tanto a García Pizarro como a Moxó, quienes al parecer se habrían mostrado de acuerdo con la misma.

Pero al enterarse —porque el rumor se corre—, los criollos chuquisaqueños reaccionan contra lo que consideran con razón como una conspiración que equivale a entregarle el Alto Perú a los portugueses. La Universidad los apoya de inmediato en su rechazo a la intriga. Los españoles más reaccionarios y enemigos de los criollos presionan a García Pizarro y este decide encarcelar a varios de estos. La mayor parte de los amenazados se esconde pero uno de los capturados es un oidor, hombre de mucho prestigio que tuvo luego figuración en el proceso de independencia rioplatense, y que es miembro del claustro de la Universidad. Se trata de Jaime Zudáñez y su encarcelamiento desencadena una protesta popular que en el clima caldeado que existe en la ciudad se convierte pronto en rebelión criolla. Esto ocurre el 25 de mayo de 1809. Los criollos destituyen a García Pizarro y aprovechan para desconocer la autoridad del odiado Moxó y declaran que toman el poder para defender los amenazados derechos de Fernando VII, amenazados por la conspiración carlotina que quiere entregarle el Alto Perú a los odiados portugueses.

Hasta aquí, el movimiento de Chuquisaca, producto de esas rivalidades propias de pequeñas ciudades, no es otra cosa que una protesta de corte monárquico. Su importancia estriba en que, en el tenso clima existente, la modesta protesta fernandina no se queda allí. Los rebeldes criollos, aun sin tener muy claras las cosas y sin llegar a crear exactamente una Junta, actúan como si la hubieran constituido y empiezan a ejercer el poder en la ciudad. Enjuician al depuesto García Pizarro y envían emisarios a las otras ciudades altoperuanas, a Potosí, a Cochabamba y a La Paz, llamándolas a levantarse contra los españoles. Y empiezan a organizar, para defenderse de la respuesta previsible de estos, una milicia criolla. No encuentran por lo pronto mucho apoyo de las otras ciudades, pero conservan el poder y el control de Chuquisaca; y menos de dos meses más tarde estalla en La Paz un movimiento más radical, más amplio y de mayor alcance, que da origen a la primera verdadera Junta criolla.

El movimiento que estalla en La Paz en julio de 1809 es mucho más radical que el de Chuquisaca y entre sus protagonistas hay algunos criollos que piensan en autonomía y es posible que hasta en independencia. La situación de La Paz, tensa como la de Chuquisaca y acentuada por lo que se había venido sabiendo acerca de la crisis española, tenía ya algunos recientes antecedentes de rebeldía criolla; y en 1805 un joven criollo llamado Pedro Domingo Murillo había encabezado un movimiento que proponía, aunque no está muy claro con qué fines, reunir a todos los cabildos del Alto Perú, desde el Cuzco hasta Santa Cruz, en una federación. En todo caso la propuesta no gustó a los españoles. Murillo fue encarcelado, pero como no se le probó entonces ningún delito le fue concedida la libertad poco después. Pero Murillo sigue conspirando desde entonces y es él quien aparece a la cabeza del movimiento que crea la Junta criolla de La Paz. Es casi seguro que el movimiento paceño estuvo preparado antes de que explotara la situación en Chuquisaca, pero no fue posible darle forma entonces. Lo que se sabe en todo caso es que el documento que luego publica la Junta de La Paz debió ser compuesto en Chuquisaca, donde debió circular primero, y que el enviado de esta a La Paz tuvo injerencia en la organización final de la conspiración paceña.

La rebelión de La Paz estalla al fin, luego de varios diferimientos, el 16 de julio de 1809, fiesta de la Virgen del Carmen, que es la patrona de la ciudad. El criollo Murillo aparece como jefe militar de la conspiración y su segundo al mando es un español, Juan Pedro Indaburu, que a diferencia del civil Murillo es militar de carrera. Los conspiradores esperan que anochezca y que termine la festividad religiosa del día para entrar a la iglesia y echar a sonar las campanas, forma de convocar al pueblo a la plaza. Gentes del pueblo son armadas por Indaburu y toman sin mucha resistencia los cuarteles. La rebelión triunfa. Ante la multitud reunida en la plaza los dirigentes de la conspiración se proclaman cabildo abierto y como tal, en el nombre del pueblo, condenan el mal gobierno y proclaman la solidaridad de todos los presentes con Fernando VII. De inmediato se pasa a ejercer el poder, se destituye al intendente y al arzobispo. Este último es, como en Chuquisaca, un personaje odiado por sus arbitrariedades; y al día siguiente lo someten a juicio y lo echan de La Paz.

La invocación reiterada a Fernando VII y a la fidelidad que se le debe no impide que los conspiradores empiecen de inmediato, la misma noche del 16 de julio, a tomar medidas de corte radical. Los monopolios son prohibidos, los españoles son obligados a jurarle fidelidad al gobierno americano, es decir, criollo, que acaba de instalarse y que aún carece de nombre. Y algo bien significativo: se continúa entregando armas al pueblo.

El nuevo gobierno criollo adquiere su nombre al día siguiente. Esa mañana queda conformada una Junta Tuitiva. La preside Murillo, la integran criollos, y a la población armada la noche anterior se la empieza a organizar como milicia. Se emite una proclama revolucionaria de corte autonomista en la que se habla de organizar un sistema nuevo de gobierno fundado en los intereses de la patria altoperuaña, deprimida por la bastarda política de Madrid. Se fortalece el contacto con el pueblo paceño, organizado en milicia; se queman los archivos que contienen las deudas de Hacienda, verdadero ataque contra el poder español; y se envían mensajeros a las otras ciudades del país con inflamados llamados a la solidaridad.

Pero no todo es color de rosa. Pronto aflora la rivalidad entre Indaburu y Murillo. Indaburu se considera con razón mejor militar que Murillo y se siente desplazado por el protagonismo del criollo y por la forma en que se lo ha relegado a un segundo plazo habiendo sido él quien entregó las armas al pueblo y logró el control de los cuarteles. Pero por lo pronto eso no es lo más grave. Lo peor es que la rebelión paceña, como antes la de Chuquisaca, que todavía se mantiene, no encuentra ningún apoyo en las otras ciudades, en las cuales se proclama la fidelidad a España y se encarcela a los mensajeros de la Junta.

Y algo todavía más amenazante: los gobernantes españoles de Lima y de Buenos Aires empiezan a reaccionar después de la sorpresa y a preparar tropas para enviarlas a aplastar la rebelión criolla altoperuviana. El virrey rioplatense, Baltasar Hidalgo de Cisneros, pronto envía una tropa al mando de un general de apellido Nieto para someter a los rebeldes de Chuquisaca, y el virrey peruano, José Fernando de Abascal, el más reaccionario y brutal de los dos, envía por su parte para aplastar la rebelión de La Paz a José Manuel de Goyeneche, el mismo criollo arequipeño promotor de la conspiración carlotina que tuvo como respuesta imprevista la rebelión criolla en Chuquisaca.

La represión que se viene encima de los rebeldes altoperuanos acelera la crisis interna y la descomposición, ayudando a la derrota. Nieto somete a Chuquisaca, aunque sin mucho esfuerzo y sin necesidad de desatar una represión demasiado brutal, porque el movimiento chuquisaqueño se está derrumbando solo. La represión más salvaje es la que se abate sobre La Paz, donde las contradicciones internas del movimiento han estallado. Por lo pronto Goyeneche se limita a instalar sus tropas, que son cinco mil soldados profesionales, experimentados y bien armados, junto al río Desaguadero, cerca de La Paz. Y eso basta para desatar la crisis de los revolucionarios paceños.

En el seno de estos se deslindan tres corrientes. Una, radical, encabezada por Pedro Rodríguez y Gabriel Castro, quiere continuar la lucha; otra, moderada y algo desmoralizada, encabezada por Murillo, quiere negociar con Goyeneche, es decir, rendirse; y una tercera, encabezada por Indaburu, se mueve ya en dirección de la traición.

Mientras tanto los españoles de La Paz conspiran y se aprovechan del descontento de parte de la población de la ciudad. El pobre Murillo fracasa como dirigente, no sabe qué hacer, renuncia y retoma el poder varias veces, pero su prestigio se derrumba y ya nadie lo reconoce como jefe. Dispuesto a rendirse, le escribe a Goyeneche; y la corriente radical lo acusa de traidor.

Pero antes de que esta actúe contra él, Indaburu toma la iniciativa, y se sirve de sus tropas para tratar de tomar La Paz y entregarle la ciudad a Goyeneche. Indaburu captura y hace ahorcar a Rodríguez, pero entonces Castro, su camarada, entra con sus tropas a La Paz, ataca a Indaburu, lo derrota y lo hace ahorcar, por cierto en la misma horca que este usara para colgar a Rodríguez. Ante la amenaza de Goyeneche, que, muerto Indaburu, ahora sí está a punto de asaltar La Paz, Castro escapa de la ciudad llevando preso a Murillo. En la retirada, Murillo logra escapar y termina en poder de los españoles, no se sabe bien si porque se entrega o porque estos lo capturan.

Castro y los suyos son atacados por sorpresa, apresados y degollados por uno de los destacamentos de Goyeneche mientras este último, que ha ofrecido perdonar a los rebeldes paceños, entra a La Paz y desata en la ciudad una brutal represión asesinando y fusilando en forma indiscriminada a todos los sospechosos de rebeldes. La rebelión de La Paz concluyó así ahogada en sangre. Después de entrevistarse con Murillo, sin que haya podido saberse de qué hablaron, Goyeneche entrega al desmoralizado líder criollo a la justicia española y esta lo condena a muerte. Se lo ahorca el 29 de enero de 1810, mientras que a otros condenados ejecutados con él ese día se les aplica el garrote vil. Y hay que señalar que Murillo supo recuperarse de su desmoralización enfrentando la muerte con valor y muriendo como un héroe. La frase que pronunció en el cadalso antes de morir, hablando de que dejaba una tea encendida que ya nadie lograría apagar, se convirtió en bandera de los revolucionarios altoperuanos que continuaron su lucha.

Porque Murillo tenía razón, y lo cierto es que la lucha ya no se detuvo más en el Alto Perú hasta 1825, cuando se obtuvo al fin la independencia gracias a los triunfos decisivos de Bolívar y de Sucre

en Junín y en Ayacucho. En mayo de ese mismo año de 1810 se produce la rebelión de Buenos Aires, que es la capital del virreinato del que depende el Alto Perú. Los criollos porteños pasan a controlar el poder en Buenos Aires, conformando una Junta el 25 de mayo y destituyendo al virrey Hidalgo de Cisneros. La Junta es moderada, como ocurre en todas partes de la América hispánica, pero igual que esos otros casos, pronto se va radicalizando, sobre todo porque en ella tienen influencia algunos criollos revolucionarios como Mariano Moreno, Juan José Castelli y Manuel Belgrano. Todo esto sirve de estímulo a los criollos revolucionarios del Alto Perú y pronto brota en el altiplano una nueva rebelión.

Su centro es ahora Cochabamba, que hasta entonces no se había manifestado. Se desencadena una nueva crisis, porque mientras por un lado Chuquisaca, controlada por Nieto, se rebela ahora contra Buenos Aires y se declara a favor de la realista Lima, Oruro se declara a favor de Cochabamba y ambas forman una alianza republicana, organizan una milicia criolla y hasta logran derrotar en la batalla de Aroma a las tropas realistas que han acudido a sofocar el movimiento. Y entonces La Paz, ciudad heroica, vuelve a alzarse y a ponerse del lado de Cochabamba. Y poco más tarde esa alianza republicana y sus improvisadas fuerzas militares asedian Chuquisaca, logrando que esta regrese al campo patriota.

Y entonces los porteños intervienen militarmente, tratando de definir la situación a favor de los patriotas altoperuanos. Amenazada, igual que los altoperuanos, desde el Perú, centro del poder español, la revolución argentina debe apoyar a los patriotas del Alto Perú en su lucha. Fundamental para el Perú, que quiere no solo derrotar y aplastar la rebelión patriota e incorporar de nuevo su territorio al virreinato limeño, el Alto Perú es fundamental también para Buenos Aires, no solo por ser una parte del virreinato rioplatense amenazada de ser incorporada por la fuerza al Perú por los realistas peruanos sino porque todo les indica que el mismo Perú realista que amenaza a los altoperuanos, una vez aplastados estos, se lanzaría a someter de nuevo por la fuerza al dominio español a Buenos Aires.

De modo que el Alto Perú se convierte a partir de entonces y por varios años en campo de combate entre hispano-peruanos realistas del Perú que vienen a someterlo y criollos patriotas altoperuanos y argentinos que quieren impedirlo. Y en los años que siguen, los porteños envían al Alto Perú cuatro sucesivas expediciones militares de auxilio para apoyar la lucha de los patriotas del Altiplano y echar de su territorio a los invasores absolutistas hispano-peruanos.

No me es posible en esta corta introducción, centrada en presentar solo el inicio de la lucha patriótica en el Alto Perú, entrar a describir y analizar la riqueza y las complejidades del largo y accidentado proceso de lucha patriótica y revolucionaria que se desarrolla a continuación. Me limitaré por lo tanto, para concluir, a puntualizar algunas cortas cosas sobre lo esencial del mismo.

Las expediciones argentinas de auxilio terminaron todas en fracasos y este fue más notable en el caso de las dos primeras, las más importantes. Llevaron —sobre todo la primera, la encabezada políticamente por Juan José Castelli, porque la segunda, la dirigida por Manuel Belgrano trató de ser más moderada— una serie de propuestas radicales y de claro contenido social. Tomaron medidas contra los conspiradores y jefes realistas, algunos de los cuales fueron fusilados, como Nieto; lograron varios triunfos militares, sobre todo Belgrano, vencedor en Tucumán en septiembre de 1812 y en Salta, en febrero de 1813; y lanzaron proclamas a favor de la libertad y los derechos de los indígenas explotados, especialmente en el caso de Castelli, quien había sido educado (como su camarada Mariano Moreno) en Chuquisaca y conocía los horrores de la explotación y la miseria de las masas indias.

Estas medidas, empero, no dieron los resultados esperados, en parte porque no alcanzaron difusión suficiente, en parte porque los indígenas, que recordaban el reciente aplastamiento a sangre y fuego de las rebeliones de Tupac Amaru y Tupac Catari, obra de la alianza de españoles y criollos, desconfiaban con toda razón de las promesas de estos últimos. De todas maneras, esas promesas sirvieron para inquietar a la élite criolla altoperuana, temerosa de todo cambio social que amenazara sus intereses de propietarios agrarios y de explotadores de esa masa indígena.

Y a ello vinieron pronto a sumarse la derrota militar y los atropellos cometidos por los propios argentinos en su retirada. Las tropas hispano-peruanas enviadas por el virrey Abascal para enfrentar a los rioplatenses eran profesionales, tropas de élite, sobre todo si se las compara con las improvisadas milicias porteñas y con la falta de preparación militar de sus jefes, como Castelli y Belgrano. Así, tras los sorpresivos triunfos iniciales vinieron las derrotas, aplastante en el caso de Castelli, desbaratado por Goyeneche en Huaqui en junio de 1811, decisivas en el caso de Belgrano, al que Pezuela, sucesor de Goyeneche, derrota en Vilcapugio y en Ayohuma en octubre y noviembre de 1813. Y en sus retiradas los argentinos saquean, atropellan y cometen todo tipo de brutalidades y torpezas contra la población altoperuana, lo que les gana el rechazo de esta.

Y en esto coincidieron los criollos ricos, que rechazaban a los argentinos por su lenguaje radical y sus proclamas a favor de los indígenas, y los indígenas y sectores pobres, a los que no solo no llegaron unas medidas revolucionarias que fueron anunciadas pero que no hubo tiempo de aplicar, sino que se vieron atropellados por los argentinos en medio de sus retiradas, que a veces fueron verdaderas desbandadas.

En el Alto Perú se inicia en esos años una heroica lucha de guerrillas. Brotan por doquier zonas guerrilleras a las que en forma un tanto despectiva los historiadores oficiales llaman “republicuetas”. Dirigidas por criollos revolucionarios, esas guerrillas, en algunos casos apoyadas por los rioplatenses, en otros combatiendo con sus propias fuerzas y con apoyo popular y campesino, mantienen encendida la tea de que hablara Murillo y luchan contra el dominio hispano-peruano, obteniendo victorias importantes, pero siendo derrotadas —salvo una de ellas— por las tropas de Pezuela y de algunos de sus servidores criollos en 1816. Aunque debilitada por la traición de la oligarquía criolla, la lucha continúa de todos modos.

Pero la independencia altoperuana solo se obtiene después de Ayacucho, en 1825, cuando esa oligarquía criolla, oportunista como siempre, vuelve a voltear chaqueta para definirse esta vez como patrio-

ta y ponerse del lado de Bolívar y de Sucre para declarar la independencia, con lo que logra mantenerse en el poder y seguir explotando a los sectores populares que han luchado por ella.

2. ECUADOR. LA JUNTA DE QUITO. 10 DE AGOSTO DE 1809

La Junta de Quito es la tercera en el orden cronológico, después de las de Chuquisaca y La Paz; y se constituye menos de un mes después de la creación de esta última. E igual que ocurre con la Junta paceña, la de Quito tiene antecedentes inmediatos, porque también en Quito había tensiones sociales entre españoles y criollos y porque también en la capital ecuatoriana se habían producido con antelación algunas luchas y conspiraciones.

El promotor y protagonista de esas luchas es el mulato Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Nacido en Quito en 1747, Espejo es hombre de humilde origen y de vasta cultura, porque a pesar de haber nacido de familia pobre en esa cerrada sociedad de castas que era la ecuatoriana pudo estudiar, graduarse de médico y abogado y convertirse por su amor al estudio y su dedicación al trabajo en un respetado científico y en un intelectual reconocido de notable influencia sobre algunos miembros progresistas de la élite criolla quiteña, algunos de los cuales aparecen en 1809 a la cabeza de la Junta que se crea en agosto de ese año en la capital ecuatoriana. Espejo, asociado al pensamiento de la Ilustración europea por sus estudios y sensible a la situación de los indígenas, de los pobres y de los explotados de su tierra, defendió siempre posiciones progresistas en sus escritos y con su conducta cotidiana. Las autoridades españolas lo acusaron de conspirador y lo encarcelaron varias veces. Y Espejo murió en la cárcel de Quito en 1795, siendo considerado por los historiadores ecuatorianos como precursor de la lucha por la Independencia.

En la gobernación de Quito, es decir en el actual Ecuador, que entonces era parte del virreinato de la Nueva Granada, existían, como en cualquiera colonia hispanoamericana de entonces, tensiones y rivalidades entre peninsulares, que eran dueños del poder político y de casi todo el aparato administrativo, y criollos, que eran propietarios de haciendas y de siervos indígenas y esclavos negros. Las primeras noticias que llegan a Quito acerca de los sucesos de España en 1808, esto es, la abdicación forzosa de los reyes, la imposición napoleónica de José Bonaparte como rey de España y la rebelión del pueblo español con la subsiguiente creación de Juntas de apoyo a los derechos de Fernando VII, sirvió —como era de esperarse— para acentuar esas tensiones; y las mismas se agudizaron al tenerse poco después informaciones acerca de las rebeliones de Chuquisaca y La Paz en el Alto Perú en mayo y julio de 1809 que llevaron a la organización de juntas criollas.

Y entonces un grupo importante de la élite quiteña, integrado por criollos que habían sido amigos y seguidores de Espejo y que venían conspirando desde antes contra el absolutismo español y en favor de los derechos políticos de los criollos, empezó a preparar una nueva conspiración. Su proyecto era bastante conservador, muy moderado y elitescos. No se trataba de pensar en independencia sino en igualdad de derechos con los españoles y si acaso en cierta autonomía. De hecho el proyecto era claramente antifrancés, monárquico y católico. La idea era constituir en Quito una Junta como las que se habían creado en España en defensa de los derechos de Fernando VII y llamar al pueblo quiteño a defender la religión católica, amenazada según ellos por los impíos franceses que, encabezados por Napoleón Bonaparte y ya a punto de convertirse en dueños de España, pretendían apoderarse también de la América española.

Como era de suponer, los conspiradores eran todos miembros destacados de la oligarquía criolla quiteña, nobles o altos prelados en su casi absoluta mayoría. No había gente del pueblo asociada a la conspiración porque se trataba de un movimiento elitescos; y a ninguno de esos aristócratas le parecía necesario mezclar sectores populares en la conjura, que era de ellos y para ellos. El líder de los conspiradores era

Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre, un rico propietario rural, tenido por miembro progresista de la nobleza criolla ecuatoriana, que había sido amigo de Espejo, que se consideraba fiel discípulo suyo, y que mantenía buenas relaciones con grupos intelectuales que podían ser considerados patriotas. Con estos sí se mantuvo contacto. Por eso figuraron también en el movimiento algunos sacerdotes, abogados y militares criollos como Antonio Ante, Manuel Rodríguez de Quiroga, Juan de Dios Morales y Juan Salinas, este último coronel de la milicia.

El movimiento conspirativo había comenzado a cobrar forma en diciembre de 1808; y en una reunión clandestina que los conspiradores sostuvieron en Los Chillos, una de las haciendas de Montúfar, se habló ya de estructurar una Junta a la manera de las de España, pero en este caso criolla. A las autoridades españolas les llegó información acerca del asunto a través de un sacerdote delator, como era usual en esos tiempos en que los conspiradores se confesaban antes de actuar y los curas corrían a delatarlos; y varios de los conjurados fueron detenidos en marzo de 1809 y sometidos a proceso. Pero eran gente importante y rica. El proceso se interrumpió sin llegar a nada porque alguien se robó los expedientes del juicio, y los acusados fueron puestos en libertad poco después.

Una vez libres, pasaron a preparar una nueva conspiración, mejor organizada esta vez; y para agosto de 1809 la tenían ya lista y habían estructurado una nueva Junta. La noche del 9 de agosto de 1809 se reunieron, como de costumbre, cerca de la catedral, en la casa de una valiente y hermosa mujer quiteña, Manuela Cañizales, única mujer comprometida en el movimiento. Se constituyeron en asamblea y designaron la Junta, Junta Soberana de Gobierno, quedando esta integrada por el marqués de Selva Alegre como presidente, el obispo José Cuero y Caicedo como vicepresidente, y como suerte de vocales o ministros por Juan de Dios Morales, Manuel Quiroga y Juan Larrea, siendo Morales uno de los dirigentes más activos. Pero como algunos vacilaron cuando se habló de pasar a los hechos y destituir al gobernador, esto es, al presidente de la Audiencia, que era el anciano conde Ruiz de Castilla, tuvo Manuela Cañizales que reclamarles su indecisión y cobardía para que se decidieran a actuar como estaba convenido.

Y al día siguiente, 10 de agosto, al amanecer, los conjurados se apoderan del cuartel Real de Lima, y ya por la mañana, Antonio Ante, uno de los líderes, se presenta en la casa de gobierno para hacerle saber a Ruiz de Castilla, que ha sido destituido. Y como la guarnición quiteña estaba en la conspiración, su jefe, el coronel Juan Salinas, que había llenado la plaza Mayor con sus tropas, hizo aclamar a los conspiradores lanzando vítores a Fernando VII. Se destituyó así a Ruiz de Castilla, se detuvo a algunos altos funcionarios y se capturó el poder en un golpe de Estado incruento y eficiente. Y vale la pena mostrar la integración final de la Junta que se constituyó luego de la renuncia de Ruiz de Castilla. La Junta quedó integrada por cuatro marqueses, un conde y un obispo, y como vocales se designó a varios criollos ricos, partícipes de la conjura. Montúfar, marqués de Selva Alegre y jefe del movimiento, fue designado presidente y el obispo quiteño Cuero y Caicedo vicepresidente. Los otros integrantes, en calidad de vocales, fueron los marqueses de Villa Orellana, de Miraflores y de San José de Solanda, el conde de Selva Florida, y los criollos Morales, Rodríguez de Quiroga, Larrea, Zambrano, Matheu, Álvarez y Benavides, todos ellos profesionales de prestigio o ricos propietarios.

A fin de legalizar la situación, se convocó un cabildo abierto para el 16 de agosto en la sala capitular del convento de San Agustín. Al cabildo abierto asistió una amplia representación de la élite criolla quiteña, que dio su apoyo al golpe y a la Junta Soberana. Ratificado por el cabildo abierto, el marqués de Selva Alegre pronunció una arenga en la que reiteraba que el objetivo de la Junta, expuesto en un acta que fue firmada por los presentes, era defender a Fernando VII, legítimo monarca, defender la pureza de la verdadera religión, la católica, por supuesto, y defender los derechos del rey y de la patria haciendo guerra mortal a sus enemigos, principalmente franceses. Según Selva Alegre y los miembros de la Junta, esta debería mantenerse hasta que Fernando VII recuperase el trono español y, de quererlo, decidiese ir a reinar entre los quiteños. La Junta reclamó tratamiento de *majestad* para sus integrantes y de *alteza serenísima* para Montúfar. Además exigió a todos los empleados del nuevo gobierno jurar fidelidad y obediencia al rey Fernando VII.

Y antes, en un *Manifiesto al pueblo de Quito* emitido el mismo 10 de agosto, la Junta no solo reiteraba su fidelidad a Fernando VII sino que hacía pública la esperanza de que el papa Pío VII, prisionero de Napoleón, pudiese venir a gobernar a sus fieles ovejas desde América. La conducta de la Junta se mostraba así tan clara como su mensaje a los quiteños. Se trataba de un golpe de Estado de la élite criolla, carente de un apoyo popular considerado por ella como innecesario y hasta peligroso, y de una propuesta política conservadora desprovista de objetivos revolucionarios.

De cualquier forma se trataba de una rebelión contra el poder español. Y esto era suficiente para los gobernantes españoles de los virreinos vecinos, sobre todo para el despótico virrey del Perú, Fernando de Abascal. Este sospechó que detrás de ese lenguaje sumiso y de esa conducta moderada se trataba de despojar a los españoles del poder y que al menos varios de los comprometidos y miembros de la Junta quiteña eran seguidores de Espejo y pensaban en la independencia. Abascal buscó el apoyo de Antonio José Amar, virrey de Nueva Granada, a quien le correspondía más directamente actuar ya que Quito era parte de esta y no del Perú; y así la amenaza contra la Junta quiteña se hizo inminente.

Y como era de esperarse dada su composición, la Junta resultó muy débil. No buscó al principio apoyo popular y solo al verse amenazada trató de obtenerlo, aunque sin éxito. Ni el pueblo de Quito ni sus masas indígenas podían mostrar mucho interés en identificarse con esa aristocrática Junta criolla. Tampoco encontró la Junta respaldo en las provincias; y todas, Guayaquil, Cuenca, Pasto y Popayán, se declararon a favor del poder español virreinal y de la Audiencia y apresaron o forzaron a huir a los enviados quiteños que los invitaban a unirse al movimiento. El moderado intento de radicalizar la Junta llevó al alejamiento de Montúfar, aunque este no llegó a romper con ella, pasando así el poder a manos de Morales, Rodríguez de Quiroga, Ante y Larrea, que trataron de marcar cierta distancia con la fidelidad a Fernando VII y hacer propuestas más cercanas no solo a la autonomía sino a una cierta independencia.

Pero eso no sirvió de mucho. La Junta carecía de liderazgo, tanto político como militar. Entre los dirigentes de la misma los radicales, y hasta republicanos, como Ante y Morales, tenían muy poca influencia, y la mayoría, los nobles y eclesiásticos, eran todos monárquicos y abiertamente conservadores. Y el peor de todos era Montúfar, el marqués de Selva Alegre, que se mostró como una auténtica nulidad, no solo por su lujo aristocrático y su moderación conservadora sino sobre todo por su indecisión y cobardía, lo que lo llevó pronto a tratar de negociar la rendición ante las autoridades españolas, motivo por el que algunos lo acusaron, en realidad sin razones válidas, de traidor.

Esa ausencia de liderazgo comenzó a alimentar el descontento; y ante la inminente amenaza de ataque peruano, parte de la población, entre la que destacaban los españoles, empezó a conspirar para devolver a estos el poder. La situación era grave porque ya Abascal se preparaba para atacar a Quito y mientras Amar vacilaba entre negociar y reprimir para decidirse al cabo por la represión, Abascal, desde Lima, lanzó sin vacilar el ataque armado contra la capital ecuatoriana. Las tropas limeñas, bien preparadas y armadas, integradas por mestizos y mulatos, traían como comandante a un coronel peruano, mestizo, servidor de los españoles, un tal Manuel Arredondo, conocido por su violencia y su brutalidad. Arredondo venía decidido a aplastar la rebelión quiteña.

Y ante la amenaza, la Junta quiteña, descompuesta y carente de apoyo popular, se rindió el 13 de octubre de 1809, entregándole el poder a otro noble criollo, rival de Montúfar: el conde de Selva Florida, que había sido miembro al principio de la Junta; y Selva Florida se lo devolvió casi en seguida, el 25 de octubre, a Ruiz de Castilla, el presidente de la Audiencia, quien, al aceptar de nuevo el poder, se comprometió a perdonar a los rebeldes y a no tomar medidas contra ellos.

Pero esta no era la idea de Abascal ni la de Arredondo, y tampoco la de Ruiz de Castilla. Las tropas peruanas llegan a Quito unas semanas después, reforzadas por *dragones* de Guayaquil y por traidores quiteños. Todos vienen dispuestos a desencadenar la represión. Y una vez tomada sin resistencia la ciudad y restablecido el poder español, el

traidor Ruiz de Castilla quebranta su promesa, toma medidas represivas contra los criollos, y deja que las tropas ocupantes hagan lo que quieran. Y lo que estas quieren es matar, robar y saquear. Encabezados por el brutal Arredondo, los ocupantes saquean, violan, roban, incendian; y desatan una represión terrible contra todos los quiteños acusados de insurgentes y contra muchos otros que no lo eran. Se encarcela y somete a juicio a casi todos los líderes del 10 de agosto. El juicio es una descarada farsa que viola todas las normas, y mientras las exacciones y crímenes de los invasores se mantienen impunemente a lo largo de los meses siguientes sin esperanza para los quiteños de que los ocupantes abandonen la ciudad, el resultado del juicio fraudulento contra los patriotas de la Junta son 72 condenas a muerte, cifra enorme para una pequeña ciudad como era entonces Quito.

Y entonces el pueblo de Quito se rebela.

Harto de los crímenes y atropellos diarios de la tropa peruana, el pueblo quiteño había empezado a formar, por medio de grupos de criollos patriotas, comités de defensa vecinal; y a preparar proyectos de rebelión y de liberación de los prisioneros. Bastaba una chispa para hacer explotar el odio reprimido contra los invasores. Y esa chispa fue la brutal condena a muerte de los 72 patriotas. La rebelión popular estalla el 2 de agosto de 1810, casi un año después de la creación de la derrotada Junta de los nobles. Los historiadores ecuatorianos han discutido acerca de si detrás de esa explosión popular hubo o no una provocación de Ruiz de Castilla y de los ocupantes hispano-peruanos, que querían evitar el peligro de que el fraudulento juicio fuera revisado en Bogotá y preferían encontrar un pretexto para asesinar de una buena vez a los patriotas, lo que los habría llevado a infiltrar el movimiento rebelde que se preparaba para rescatarlos. Sea esto cierto o no, lo fundamental es que el resultado fue una verdadera rebelión popular de las masas quiteñas.

Los primeros grupos en alzarse corren hacia las iglesias para tocar a rebato echando a vuelo las campanas y llamando al pueblo a que se lance a las calles. En esto los acompañan algunos clérigos jesuitas y dominicos. Las masas responden de inmediato al llamado; y grupos

populares armados solo de palos y cuchillos asaltan por sorpresa los cuarteles, los toman, despojan de sus armas a los sorprendidos soldados invasores, que no se esperan semejante explosión popular; y, armados, esos grupos se dirigen a las cárceles a liberar a los insurgentes de agosto de 1809 que se hallan prisioneros.

Logran liberar a muchos de ellos, pero como los principales líderes se hallan presos en el cuartel principal, defendido por las mejores tropas de Arredondo, lo asaltan y lo toman. Pero les resulta difícil liberar a los presos, porque estos están encadenados y engrillados, lo que da tiempo de reaccionar a las tropas de Arredondo. Y la reacción es brutal. Se produce entonces una matanza espantosa en la que los soldados no solo disparan a mansalva contra los asaltantes del cuartel sino que aprovechan para masacrar a casi todos los presos, líderes de la Junta, entre ellos a Morales, Rodríguez de Quiroga, Salinas y Larrea, los cuales fueron degollados, muertos a tiros, a lanzazos, y hasta a golpes de hacha.

Esto fue solo el comienzo de la matanza porque a continuación las tropas peruanas se echaron a la calle y se diseminaron por toda la ciudad masacrando a las gentes a su paso, saqueando, robando y violando. El pueblo respondió luchando con heroísmo desde casas y calles y desde suerte de improvisadas barricadas, pero la ventaja de los militares era clara, y aunque en los choques estos tuvieron más decenas de muertos, los civiles asesinados fueron en cambio varios centenares, casi todos gentes del pueblo, pero también comerciantes, funcionarios y hasta algunos aristócratas criollos. El obispo Cuero y Caicedo trató desde temprano de hacer que la autoridad española hiciera detener la terrible carnicería, pero sus gestiones solo dieron resultado al final de la tarde; y por fin la brutal matanza se detuvo.

Ante estos hechos, las autoridades españolas se vieron forzadas a convocar una asamblea de notables. Esta se reunió el 4 de agosto, y en ella el obispo Cuero y Caicedo y otros sacerdotes acusaron a los asesinos responsables de la matanza, desde el fiscal de la Audiencia hasta los soldados que dispararon contra el pueblo. Viéndose apabulladas por las denuncias y sintiendo en el odio latente de los quiteños la amenaza

de otra rebelión popular, a las autoridades españolas no les quedó otro camino que ceder y resignarse a compartir el poder político con la élite criolla. Debieron entonces retirar las tropas de Arredondo; crear en su reemplazo una milicia propia, es decir, quiteña, criolla; amnistiar a los escasos insurgentes del 10 de agosto que habían logrado sobrevivir a la matanza; y organizar el 12 de septiembre una nueva Junta, la llamada Junta de Gobierno de la ciudad de Quito.

Aunque la nueva Junta se constituyó como un híbrido hispano-criollo formalmente dominado por los peninsulares, fueron los criollos los que desde el principio tuvieron el control real. Ciertamente que la presidencia de la Junta se le dio al despreciable Ruiz de Castilla, cómplice de la represión contra los criollos, de la ocupación hispano-peruana y hasta de la reciente matanza del 2 de agosto. Ciertamente también que la vicepresidencia recayó en el incapaz Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre, que había resultado una nulidad a la cabeza de la primera Junta, la exclusivamente criolla, que se había asustado de las moderadas medidas adoptadas por esta, y que desde la primera amenaza peruana había estado negociando con Abascal para rendirse al poder español. Pero los puestos claves los tuvieron el obispo Cuero y Caicedo, criollo prestigioso que además había desempeñado un papel clave en detener la matanza del 10 de agosto y en imponerle a Ruiz de Castilla la negociación y que pronto se reveló como un verdadero patriota; y junto con él, el hijo del marqués de Selva Alegre, el joven Carlos Montúfar, recién llegado de España. Montúfar, enviado a Quito por el Consejo de Regencia español, era un joven militar criollo que había combatido en España contra las tropas napoleónicas y que pronto pasó de sus iniciales posiciones proespañolas y fernandistas a convertirse en promotor de la lucha patriótica e independentista ecuatoriana.

Esa nueva Junta mantuvo al principio los ideales moderados de la Junta anterior, la de agosto de 1809, entre ellos el apoyo a Fernando VII, en el que insistió Carlos Montúfar como enviado del Consejo de Regencia español. Y al principio la situación anterior también se repitió. Los cabildos de Guayaquil y de Cuenca se negaron a aceptarla y el virrey peruano Abascal le declaró la guerra, desconociendo su legi-

timidad, condenando a Ruiz de Castilla por haber aceptado presidirla, negándose a aceptar las credenciales del joven Montúfar, declarando que las provincias de Guayaquil y Cuenca dejaban de ser ecuatorianas y quedaban integradas al Perú, y nombrando como nuevo presidente de la Audiencia de Quito en reemplazo de Ruiz de Castilla a un tal Joaquín de Molina, al que envió a Quito al frente de una tropa para que asumiera el cargo, tomando antes la ciudad.

Solo que a diferencia de 1809, en que los criollos quiteños apenas atinaron a rendirse, en esta ocasión en cambio la Junta decidió defenderse y comenzó a asumir pronto posiciones más claramente radicales. Y en esto tuvo un papel central el joven Montúfar, que era militar, y que a diferencia de su padre pronto evolucionó hasta convertirse en un patriota firme que no estaba dispuesto a rendirse sino a combatir a los absolutistas españoles y a sus cómplices quiteños. Montúfar se convirtió pronto en el líder de la Junta. Y en un principio tuvo éxito. Lo primero que hizo fue enfrentar a Arredondo, al que derrotó, obligándolo a replegarse hacia el Perú. Y mientras tanto, su tío, Pedro Montúfar, en una sorpresiva campaña, lograba tomar Popayán y Pasto, tradicionales reductos realistas.

Ya sin amenaza realista, se reestructuró la Junta, se destituyó a Ruiz de Castilla, poniendo al frente de la misma el 11 de octubre de 1811 al obispo Cuero y Caicedo; se separó a la Audiencia de Quito del virreinato de Nueva Granada; y se convocó un Congreso en el que se declaró la independencia de España el 11 de diciembre de ese año de 1811 y se aprobó la Constitución el 15 de febrero de 1812. Pero, dada la tendencia monárquica mayoritaria de los diputados, sin llegar a definir esa independencia en forma clara, ni a desligarla del todo de una suerte de propuesta de monarquía constitucional para el nuevo estado, y de la subordinación al propio Fernando VII, al que esa mayoría monárquica seguía considerando todavía como señor natural del reino de Quito.

Pero además Carlos Montúfar terminó vencido en Cuenca. Estallaron entonces en Quito las rivalidades entre los Selva Alegre, partidarios de los Montúfar, y los sanchistas, partidarios del marqués de Villa

Orellana, rivalidades que venían corroyendo la defensa de la ciudad y la lucha contra los españoles y de las que los Villa Orellana salieron vencedores; y por su parte, insatisfecho con la poca capacidad demostrada por Molina, Abascal, para reemplazarlo, envió contra Quito al general Toribio Montes, un veterano militar; y este, en julio de 1812, se lanzó sobre la capital ecuatoriana al frente de un ejército de peruanos, panameños y nativos de Guayaquil y de Cuenca.

Esta vez Quito se preparó para el ataque y el pueblo participó en la organización de la misma. Pero las tropas quiteñas fueron vencidas por Montes en Mocha el 2 de septiembre de 1812 y entonces los quiteños proclamaron ante el ejército de Montes que estaban decididos a defender su ciudad hasta la muerte, sin dar ni pedir cuartel. La Junta llamó a todo el pueblo a las armas, a defender la patria. Las tropas hispano-peruanas atacaron; y los quiteños presentaron una resistencia tan heroica que Montes vaciló un momento ante ella. Pero la superioridad militar de los invasores se impuso al valor de los quiteños y Montes logró entrar en la ciudad el 8 de noviembre de ese año de 1812. Encontró solo una breve resistencia desde el cerro de Panecillo, que está frente a Quito. Pero pronto descubrió que la mayor parte de la población, encabezada por el obispo Cuero y Caicedo, se había replegado hacia Ibarra para continuar la lucha.

Los españoles se lanzaron a perseguirlos; y cerca de Ibarra, el brigadier Juan Sámano, enviado por Montes, derrotó a los rebeldes quiteños el 1 de diciembre de ese año de 1812. La represión española fue brutal como siempre; y Sámano, hombre de una crueldad solo comparable a su cobardía, fusiló *in situ* a los prisioneros. El obispo Cuero y Caicedo fue apresado. Carlos Montúfar, derrotado de nuevo, logró escapar con algunos sobrevivientes y continuó la lucha patriótica e independentista en los años siguientes en tierras caucanas, quiteñas o neogranadinas, hasta que vencido otra vez por Sámano, en 1816, en Buga, este lo hizo fusilar por la espalda por considerarlo traidor a la causa española.

De esta manera concluyó, al terminar el año de 1812, la heroica rebelión de Quito, que había empezado en forma moderada con la

creación de la Junta criolla, conservadora y monárquica de agosto de 1809. Montes asumió la presidencia y juzgó, encarceló y desterró a los rebeldes sobrevivientes. Por lo pronto y por los años que siguen, triunfó el poder absolutista español. Sin embargo, la rebeldía patriótica ecuatoriana no cesó, solo que debió reducirse a protestas sordas o a cortas conspiraciones pronto reprimidas.

Y solo al comenzar la década de 1820, con la proclamación de la independencia de Guayaquil el 9 de octubre de ese año y la ulterior llegada de las tropas venezolanas y neogranadinas encabezadas por Sucre y por Bolívar es que, luego del triunfo de Pichincha el 24 de mayo de 1822, el Ecuador se convierte en país independiente y se integra a Colombia la Grande, la Colombia bolivariana.

3. VENEZUELA.

LA JUNTA DE CARACAS. 19 DE ABRIL DE 1810

La Junta que sigue en el orden cronológico a la de Quito es la de Caracas, creada el 19 de abril de 1810. Y sin ser la primera, porque es la cuarta, la Junta de Caracas es de todas formas la más importante de todas. Pero no lo es por su origen ni por su composición de clase, que es similar a la de las otras que la preceden o la siguen, sino porque es la primera en asumir posiciones claramente radicales y en convocar a un Congreso que declara la independencia sin ninguna ambigüedad. Independencia, declarada el 5 de julio de 1811, que es no solo la primera de la América hasta entonces hispánica sino que pronto, apoyada en una Constitución republicana, se asume como real y no como meramente declarativa, lo que significa que Venezuela actúa a partir de entonces como país soberano, libre, republicano e independiente de España y se prepara armas en mano para enfrentar y derrotar la violenta respuesta española que intenta de nuevo someterla al absolutista yugo peninsular.

El movimiento caraqueño del 19 de abril tuvo también antecedentes inmediatos. En Venezuela, como en los otros dominios españoles americanos, había tensión política y enfrentamientos entre la burocracia peninsular, que controlaba el poder político y administrativo, y la élite criolla, aristocrática y explotadora, dueña de haciendas y esclavos, que deseaba acceder a ese poder político o al menos poder compartirlo con los españoles. Las masas populares, formadas por blancos pobres, mestizos, pardos, indios, y libertos y esclavos negros, empobrecidas, aunque la colonia se había hecho rica en la segunda mitad del siglo XVIII, y embrutecidas por el dominio de la Iglesia, tenían

muy poca participación en el conflicto sordo que oponía a criollos y a españoles. Y se sentían incluso más cercanas de estos últimos que, salvo cuando estallaban explosiones sociales, no ejercían la violencia directa contra ellas, y que a menudo trataban incluso de frenar con algunas tímidas medidas la actitud explotadora y el abierto racismo de la oligarquía criolla, dueña de tierras y de esclavos, y ansiosa de extender estas y de explotar la mano de obra. Y había también, al lado de esta sociedad mantuana y aristocrática, una sociedad menos estratificada y más libre, la de los llanos del interior venezolano, que había logrado sobrevivir a la amenaza de ser sometida por la sociedad mantuana, que vivía en conflicto permanente con ella, y que se esforzaba por seguir sobreviviendo a esa amenaza.

En los años finales del siglo XVIII la conflictividad social y las tensiones se acentúan. Se producen tentativas revolucionarias y conspiraciones de corte republicano y hasta independentista. Y los criollos de la élite caraqueña dejan de lado sus contradicciones con los gobernantes españoles y se unen a ellos para reprimirlas y condenarlas. En mayo de 1795 estalla en la sierra de Coro, en el occidente del país, una rebelión de esclavos negros, negros libres y algunos indígenas, encabezada por un líder zambo, José Leonardo Chirino; rebelión que a pesar de su debilidad organizativa y su pronta derrota, sacude a la colonia y asusta a la oligarquía criolla, llevándola a identificarse con el poder español para aplastarla entre ambos a sangre y fuego, porque esa oligarquía a lo que más le teme es a una rebelión de esclavos que ponga en peligro sus intereses de clase explotadora. Y en toda rebelión de esclavos ven el fantasma de Haití, que los aterroriza.

En julio de 1797 se descubre una nueva conspiración, esta vez no de negros sino de blancos, pero republicana y más cerca de Caracas: la conspiración de Picornell, Gual y España, que igualmente los asusta, llevándolos a declararse a favor de la represión y a colaborar con las autoridades españolas en someterla. Y aquí su complicidad con estas últimas deriva tanto del miedo a una revolución social como del hecho de que se oponen a toda conspiración que no sea promovida por ellos mismos y que sea capaz de garantizarles que son ellos los que saldrán

ganando con esa conspiración y los que por su intermedio podrán acceder al poder político que ambicionan conquistar o al menos compartir.

Por ello es más firme su rechazo y más radical su identificación con el poder español al producirse la fracasada expedición libertadora de Francisco de Miranda en 1806, expedición que al menos permite por fin al incansable luchador independentista caraqueño pisar tierra venezolana en las costas de Coro, aunque debe retirarse pronto, decepcionado al no encontrar el más mínimo apoyo de la población coriana. La oligarquía caraqueña detesta a Miranda desde antes y lo considera, igual que las autoridades españolas y la Iglesia, como un agente inglés y un peligroso revolucionario. Pero además los oligarcas criollos de Caracas rechazan cualquier liderazgo mirandino porque quieren ser ellos y no el odiado Miranda los que capitalicen, en el momento que consideren oportuno, sin revolución popular ni lucha armada, el descontento contra el gobierno español, para lograr sus objetivos de conquistar la igualdad de derechos con los peninsulares y una mayor autonomía dentro de una monarquía española que ellos no cuestionan. Al menos todavía.

Pero, igual que en Chuquisaca, La Paz y Quito, los acontecimientos españoles de 1808 se convierten en la oportunidad que los criollos caraqueños quieren aprovechar para lograr sus objetivos de igualdad de derechos con los españoles y de gobierno autónomo, exigiendo la creación de una Junta liderada por ellos y defensora de los derechos del depuesto rey Fernando VII. Y así se inicia el proceso de intrigas, presiones, conspiraciones y maniobras que lleva al 19 de abril de 1810.

En julio de 1808 llegan a Caracas las noticias de la abdicación de los reyes españoles en Bayona, la designación a instancias de Napoleón de su hermano José Bonaparte como rey de España y el estallido de la rebelión popular española que ha provocado la invasión francesa. El capitán general Juan de Casas ha tratado de ocultarlas. Pero la llegada a La Guaira de una fragata francesa y la subida a Caracas de su capitán, un tal Lemanon, que viene a traerle a Casas esa misma información, hace, por boca de Lemanon o de uno de sus acompañantes, que todo se filtre y que se produzca entonces una reacción popular contra el

emisario, alimentada por las noticias favorables a España que trae, ese mismo día, el mensajero de una goleta inglesa que ha atracado poco antes en La Guaira. El pueblo caraqueño se echa a las calles dando vivas a Fernando VII, agitando banderas españolas, y amenazando con linchar a los franceses. El cabildo caraqueño, fortaleza tradicional de los criollos, apoya y dirige a los que protestan; y mientras los franceses huyen, el indeciso Casas autoriza al cabildo para organizar un gran desfile de apoyo de la fiel ciudad a Fernando VII y de rechazo a la amenaza de que Venezuela pueda pasar a poder de los franceses.

La situación empieza a desbordarse. El cabildo caraqueño le exige a Casas que declare su fidelidad a Fernando VII. Casas vacila pues su poder depende de los ocupantes franceses, pero al final acepta. Y entonces los criollos del cabildo le exigen que constituya una Junta como las de España, defensora de los derechos del rey depuesto, lo que Casas, luego de mucho vacilar, termina en cambio rechazando. Y la respuesta de los oligarcas criollos es empezar a conspirar.

La primera conspiración es poco seria. El cabildo, controlado por oligarcas criollos moderados, se limita a seguir presionando a Casas, pero los jóvenes más rebeldes de la élite caraqueña empiezan a celebrar reuniones clandestinas disfrazadas de fiestas, que tienen lugar en la Cuadra Bolívar y en las que participan sus dueños, los hermanos Juan Vicente y Simón Bolívar, y otros jóvenes aristócratas criollos como los Ribas, los Palacios y muchos más. Se proponen destituir a Casas, nombrar una Junta criolla sin españoles y proclamar la autonomía de la provincia. Y como era de esperarse, la conspiración es descubierta por una delación. Al enterarse, Casas reúne a sus asesores españoles para tomar una decisión, llamando la atención que entre los asistentes a la reunión se encuentre el marqués del Toro, criollo destacado, exsuegro del joven Simón Bolívar y seguramente conocedor del complot o comprometido en el mismo. Los reunidos se enteran de que este ha sido pospuesto por diferencias entre los Ribas y los Palacios. Casas se limita entonces a detener (y luego liberar) a los oficiales comprometidos y a enviar a algunos de sus funcionarios, que son todos amigos de los jóvenes criollos, a amonestarlos. Luego de la amonestación, el joven Bolívar se retira a su hacienda de San Mateo.

A fines de ese mismo año de 1808 se produce un segundo intento conspirativo, esta vez de mayor peso. Y aunque el marqués del Toro, al recibir en octubre una carta del odiado Miranda llamándolo a él y a otros criollos importantes a asumir desde el cabildo el gobierno de la provincia, le entrega indignado la carta a Casas acusando a Miranda de traidor y de enemigo de la monarquía española, lo cierto es que él y esos otros criollos importantes están conspirando por su cuenta.

La conspiración ha crecido en magnitud y alcance. Los comprometidos siguen presionando para obligar a Casas a crear la Junta; y antes de ser delatados de nuevo, deciden elevar ante el capitán general una solicitud, una *Representación*, pidiendo la Junta. La firman los condes de Tovar y de San Javier, el marqués del Toro, Martín Tovar Ponte, Antonio Fernández de León (futuro marqués de Casa-León); los otros Tovar; los Blanco; los Ibarra; los Ustáriz; los Aristiguieta; los Ponte; los Ribas, Juan y José Félix; los Paúl; los Briceño, José Ignacio y Antonio Nicolás; los Montilla, Tomás y Mariano; los Key-Muñoz, Nicolás Anzola y muchos otros. Es de notar que no aparecen como firmantes los Bolívar, ni Juan Vicente ni Simón. Tampoco Miguel José Sanz, ni el marqués de Mijares ni el conde de la Granja, lo cual no significa forzosamente que —salvo probablemente los primeros— los otros hayan estado en desacuerdo.

La solicitud, que Casas recibe el 24 de noviembre, pide al capitán general convocar a “personas beneméritas” para designar una Junta Suprema, que asumiría su autoridad en nombre del “augusto soberano el señor D. Fernando VII que Dios guarde” y estaría integrada por militares, letrados, eclesiásticos, comerciantes y vecinos particulares respetables. Y como puede apreciarse con facilidad, se trata en todos estos casos de una conspiración de criollos nobles y ricos en la que nada tiene que ver el despreciado pueblo, parte del cual, por cierto, a través de los pardos, al conocer la conjura, se manifiesta a favor de los gobernantes españoles.

Y esta vez Casas actúa. Hace reunir un tribunal extraordinario de justicia que ordena arrestar a los firmantes del documento; y esa noche todos, salvo el anciano conde de Tovar, son encarcelados. Algunos

fueron enviados a España, otros permanecieron presos por unos meses en Caracas, y otros más fueron confinados en sus haciendas. Así acabó el año 1808 y cesaron por lo pronto y sin haber dado lugar a una fuerte represión las dos conspiraciones mantuanas de ese año.

Como resultado de esto, el año 1809, tan conflictivo en el Alto Perú y en Quito, resulta tranquilo en Venezuela, al menos hasta diciembre. En mayo se produce un cambio de gobierno. Se va Casas y llega a Caracas un nuevo capitán general, el vasco Vicente Emparan, nombrado por la Junta española de Sevilla y ratificado por José Bonaparte. Emparan es marino y los venezolanos lo conocen por haber sido antes jefe militar de Puerto Cabello y luego gobernador de Cumaná, donde actuó como hombre de ideas liberales. Emparan es amigo de José Bonaparte, y para algunos criollos sospechoso de afrancesado.

Emparan, objetivo de la conspiración criolla que lleva a la creación de la Junta del 19 de abril de 1810, es un personaje discutido por la historiografía venezolana de la independencia, que lo acusa con toda razón de haber sido un gobernante arbitrario y despótico por su conducta como capitán general y por diversas medidas represivas que tomó entonces, pero que olvida su actitud complaciente con la aristocracia criolla, con la que mantuvo estrechos lazos de confianza y amistad, y su extraña y hasta inexplicable conducta esa mañana del 19 de abril, en la que la misma historiografía republicana lo muestra haciendo un deplorable y hasta ingenuo papel, nada cónsono con la conducta despótica asumida por él anteriormente.

Los criollos caraqueños siguen conspirando. Su nueva conspiración está prevista para la nochebuena de 1809. Esta vez se preocupan por obtener apoyo militar y empiezan a reunirse en la llamada Casa de Misericordia, en Caracas, que es la sede de las milicias criollas de Aragua y Valencia, cuyo mando tiene el marqués del Toro. Pero de nuevo se produce una delación y la conspiración es descubierta. Emparan toma con habilidad varias medidas policiales y desbarata el complot antes de que estalle pero sin apelar a una brutal represión.

Ante esa actitud poco represiva y en realidad casi complaciente por parte de la autoridad española, los criollos cobran confianza y la

conspiración se reanuda a comienzos del nuevo año, 1810. El nuevo movimiento debía iniciarse la noche del 1 al 2 de abril. Estaba mejor organizada y contaba con el compromiso de la mayor parte de los jefes de las milicias criollas de Aragua y de Valencia, controladas por el marqués del Toro, que, igual que los otros conspiradores, seguía moviéndose con plena libertad. Y entre los conjurados civiles, algunos de los cuales eran también oficiales en las milicias criollas, se contaban los Bolívar, Juan Vicente y Simón; los Salias, Francisco y Vicente; los Ribas, Antonio José y José Félix, Valentín y Juan Nepomuceno; los Montilla, Tomás y Mariano; Juan Germán Roscio, Miguel José Sanz, José Ángel Álamo, Francisco Antonio (Coto) Paúl, Mauricio Ayala, Antonio Nicolás Briceño, el canónigo José Cortés Madariaga, José Félix Sosa, y varios otros.

Los conspiradores se proponían tomar por sorpresa esa noche a las autoridades españolas y capturar, con apoyo militar, a Emparan y a los demás miembros del gobierno. Pero de nuevo se produjo una delación por imprudencia de uno de los comprometidos. Emparan se asombró de la magnitud de la conspiración, en la que ahora, en lugar de la vieja y rancia aristocracia de las conjuras anteriores, aparecía casi toda la juventud de la élite criolla caraqueña, que eran sus amigos personales, renovados integrantes de las familias criollas más ricas y poderosas, y junto a ellos, oficiales y tropas de las milicias de Aragua y de Valencia.

De nuevo Emparan actuó con lenidad. Expulsó a varios de los oficiales comprometidos y deportó o hizo confinar en sus haciendas a la mayor parte de los conspiradores civiles. Bolívar fue confinado a su hacienda de San Mateo, Mauricio Ayala fue expulsado del país y Diego Jalón enviado a Maracaibo. Pero el marqués del Toro, jefe de la milicia criolla, no fue molestado, igual que varios otros conspiradores. Y la verdad es que causa asombro esta lenidad, lindante con la complicidad, tanto de Casas como de Emparan, sobre todo si se compara la conducta de ambos con la de virreyes brutalmente represivos como Abascal en el virreinato del Perú o Hidalgo de Cisneros en el del Plata.

Así, la conspiración se reanuda. Y esta vez alcanza el éxito el 19 de abril de 1810. El contexto se ha hecho incluso más favorable

porque desde marzo corre en Caracas el insistente rumor de que la resistencia española ha sido derrotada. Emparan hace publicar el 17 de abril un manifiesto negándolo; y como los caraqueños parecen no creerle, toma varias medidas policiales para limitar las movilizaciones populares y frenar cualquier protesta: patrullajes nocturnos y exigencia de pasaportes a quienes circulen en horas nocturnas. El cabildo protesta porque ya ha comenzado la Semana Santa, lo que supone actos en las iglesias, procesiones y movilización diaria de los fieles, los cuales podrían verse afectados por esas medidas policiales. Los rumores siguen, y Emparan termina por admitirlos: el 18 de abril, Miércoles Santo, hace fijar carteles en las calles reconociendo que los franceses controlan ya Andalucía, que la Junta Suprema de Sevilla se ha disuelto y que se la ha reemplazado por un Consejo de Regencia desde el mes de enero. Como es de esperarse, la tensión aumenta en la ciudad porque los criollos y la población quedan convencidos de que la derrota de España es inminente y con ella la caída de América, y de Venezuela, en manos de los franceses.

Esto precipita la conspiración de los criollos, que no ha cesado. Los conspiradores, que forman un grupo heterogéneo con matices y posiciones diferentes, se reúnen en la tarde de ese mismo miércoles 18 aprovechando que las calles rebosan de gentes. No están presentes los Toro ni los Bolívar, pero sí los Ribas, los Montilla y los Salías, entre otros. Deciden que el golpe se producirá el día siguiente, que es Jueves Santo, día de mucha movilización en la ciudad. Su proyecto es aprovechar el descontento y la confusión existentes en Caracas y el control que tienen de la milicia criolla para destituir a Emparan y constituir una Junta criolla que ellos controlen, desconociendo al Consejo de Regencia, rechazando la amenaza francesa, y asumiendo el poder en nombre de los derechos de Fernando VII, al que no dudan en reconocer como legítimo soberano.

Necesitan entonces ese jueves convocar una reunión extraordinaria del cabildo, que se halla bajo su control, e invitar a Emparan a la reunión y aprovechar para destituirlo allí mismo. Para que esto se dé hacen falta dos cosas: hay que convencer al vicepresidente del cabildo,

que es José de las Llamozas, criollo no comprometido en la conspiración, para que lo convoque; y como esa reunión no es del todo legal ya que por ley el presidente del cabildo es el capitán general y es él quien debe convocarlo, hay que lograr luego que Empanan asista.

Lo primero resulta fácil. Dos regidores, es decir, miembros del cabildo, que sí están en la conspiración, Martín Tovar Ponte y Nicolás Anzola, son enviados a convencer a Llamozas de convocar el cabildo. Y lo logran pintándole la gravedad de la situación y la urgencia de tomar decisiones. Llamozas accede a convocar el cabildo para el día siguiente, Jueves Santo, a las siete de la mañana. Al recibir la buena nueva, los conspiradores deciden reunirse en la casa de José Ángel Álamo, uno de los comprometidos, para ultimar detalles esa noche, tarde, ya en la alta madrugada del 19. Definido así el plan, algunos salen a contactar a los otros conspiradores que no habían podido asistir a la reunión; otros a ratificar la posición de los oficiales de la milicia criolla comprometidos en el golpe; y otros más a lograr la participación como espectadores en la plaza Mayor de sus criados o esclavos domésticos, y de gente de los barrios populares a los que en algunos casos ofrecen dinero para garantizar que asistan. Sabían además que el jueves, que además de fiesta religiosa era también día de mercado, la plaza Mayor debía estar muy concurrida. Y para estar más seguros decidieron diseminar entre la concurrencia a algunos de los comprometidos, para que en el momento oportuno gritaran las consignas acordadas a fin de movilizar a la multitud. Puede decirse, pues, que el plan quedó estructurado de la mejor manera.

Pero faltaba todavía lo segundo, lo principal: garantizar la asistencia de Empanan al cabildo. Apenas amanece el 19 la plaza se empieza a llenar de gente y poco después se inicia la reunión del cabildo. Al dar las ocho se envía a dos regidores en busca de Empanan, que debe presidirla; y pese a no haber convocado la reunión, Empanan, sin sospechar nada, acepta asistir a ella. Y ni siquiera lo hace sospechar y devolverse el descubrir entre la multitud reunida frente al cabildo a varios nobles criollos que han estado conspirando para derrocarlo, como son los Ribas, los Salias y los Montilla. La reunión se inicia y Llamozas

explica al capitán general que ha debido convocarla sin consultarle antes debido a la grave situación de España. Martín Tovar añade que el cabildo no reconoce al Consejo de Regencia. Le piden a Emparan que constituya una Junta, presidida por él e integrada por el cabildo, la audiencia y varias personalidades. Emparan niega que España carezca de gobierno y rechaza la propuesta proponiendo a los regidores suspender la reunión para acudir con él a la catedral a la ceremonia religiosa que espera por ellos. Se levanta y todos salen tras él hacia la catedral, con lo que todo el esfuerzo hecho parece haberse perdido.

Y entonces la situación da un vuelco decisivo. Viendo la inminencia del desastre, los conspiradores que están en la plaza confundidos entre la multitud empiezan a llamar a cabildo, y pronto el grito se hace sonoro y colectivo. Emparan, impertérrito, sigue su marcha, pero cuando se dispone a entrar en la catedral uno de los comprometidos, Francisco Salias, se le acerca diciéndole que el pueblo lo llama a cabildo. Emparan lo ignora, y entra a la catedral a tomar agua bendita de la pila bautismal para persignarse. Entonces Salias lo toma del brazo y lo conmina a volver al cabildo. La confusión que se produce es grande ante la audacia de Salias. Y mientras afuera las gentes siguen llamando a cabildo, los soldados de la guardia de Emparan preparan las armas. Pero su capitán, Luis de Ponte, que está en la conspiración (y Salias lo sabe), les ordena bajarlas. Y Emparan se ve obligado a regresar con los regidores a la sede del cabildo a continuar la reunión que ha suspendido.

La reunión del cabildo se reanuda. Y Emparan se lleva otra sorpresa porque en la sala de sesiones se encuentran (o aparecen luego) varios criollos, todos ellos conspiradores que él conoce, los cuales están allí sin ser miembros del cabildo. Pero se le informa que tienen derecho a ello por ser representantes del pueblo (Juan Germán Roscio y José Félix Sosa), del clero (José Félix Blanco y José Cortés Madariaga) y hasta de los pardos (José Félix Ribas). Madariaga y Ribas no se hallan aún presentes, pero se incorporan más tarde.

Lo que sigue es la versión usual de los hechos que llevan a la creación de la Junta y a la destitución de Emparan. Pese de la presencia

de los pretendidos representantes del pueblo y del clero, el capitán general, que repite su discurso anterior, domina al principio la situación porque la actitud de los comprometidos no resulta muy clara. Y como hiciera antes el cabildo, Roscio propone ahora que se designe una Junta presidida por Emparan. En la plaza se habría empezado a vitorear a este. Se habría decidido entonces votar la propuesta de Roscio y aprobarla para levantar a continuación el acta pertinente. Eso habría significado de nuevo la derrota del plan conspirativo criollo porque habría dejado en el mando a Emparan, aunque con poderes limitados. Y entonces habría tenido lugar un hecho clave que de nuevo cambia todo. Antes de que concluya la discusión, José Félix Blanco abandona la reunión y corre a la cercana iglesia de la Merced a buscar a Madariaga para que salve la reunión del fracaso.

Entran los dos a tiempo a la sala del cabildo; y Madariaga pide la palabra, hace que Roscio suspenda la redacción del acta, ataca a Emparan por autoritario, acusa de timoratos a los regidores presentes, y exige que se destituya a Emparan y se nombre una Junta puramente criolla. El tumulto es grande. Emparan dice no ambicionar el poder pero pide consultar la opinión de las gentes que están en la plaza. Se asoma al balcón y pregunta a la multitud si quieren que los gobierne. Los que están más cerca gritan que sí, pero por detrás de Emparan, Madariaga les hace señas de que griten que no. Y otro de los comprometidos baja a la calle y se mezcla con la multitud gritando que no, lo que hace que los que lo rodean lo imiten. Y entonces Emparan, molesto, les dice a las gentes que ya que no desean que los gobierne él tampoco quiere mando, vuelve al salón del cabildo y dice que acepta renunciar. Se impone así la posición más radical entre los criollos y el movimiento conspirativo del 19 de abril obtiene el triunfo y se hace con el poder.

Sin embargo, este relato, usualmente aceptado, tiene varias fallas, incoherencias y omisiones, algunas de ellas importantes, aun cuando no cambian el significado ni el alcance de los hechos. Los conspiradores se han reunido sin ser vigilados la noche del 18 de abril y luego se han movilizado libremente por las calles a altas horas de la noche sin

que nadie los moleste. Pese a que se supone que en esa reunión ultimaron detalles, al reunirse el cabildo con Emparan parecen no saber qué hacer, cosa que se entiende en el caso de Llamozas y otros regidores, que no estaban en el complot, pero no en el caso de Roscio, que sin embargo es el que le propone a Emparan presidir la Junta. Tampoco queda muy claro por qué Madariaga, definido por todos, patriotas o realistas, como uno de los más radicales entre los conspiradores, está ausente de la decisiva reunión, y tiene Blanco, en una rocambolesca historia, que correr a sacarlo de la iglesia en la que está confesando a una mujer para que acuda apresuradamente a salvar la reunión del fracaso que la amenaza.

Y lo más importante es que cuesta mucho entender la ambigua conducta de Emparan, que en esta ocasión no hace honor a su condición de personaje autoritario y se comporta como un ingenuo o un idiota, como una suerte de monigote pasivo que se deja llevar de un lado a otro por los conspiradores. No importa ahora aclarar si sabía o no algo del golpe, pero es claro que debía sospecharlo y más aún al ver entre las gentes de la plaza a los Salias y a los Montilla. Sabiendo entonces que la multitud reunida en la plaza está controlada por los conjurados, menos todavía se entiende que apele a ella para preguntarle si quiere que los gobierne, como si él fuese un moderno líder democrático forzado a aceptar una consulta popular. No era ese el estilo de esos tiempos, y menos aún el de los autoritarios gobernantes españoles. Y sin embargo, cuando Emparan les consulta, sorpresivamente las gentes empiezan a gritar que sí lo quieren como gobernante, lo que deja muy mal parados a los conspiradores que se movían entre la multitud. Y tiene entonces Madariaga que ponerse por detrás de él —para colmo, sin que el ingenuo Emparan se dé cuenta— y empezar a hacer señas a las gentes para que cambien de opinión, mientras uno de los comprometidos, un médico de apellido Villarreal, baja a la calle a gritar no, ayudando así a que los gritos de los que lo rodean se hagan negativos y entonces Emparan renuncie.

Es de señalar que el acta de la reunión del cabildo dice otra cosa. Se señala allí que Emparan renunció en la reunión después del

discurso de Madariaga y que luego ambos se asomaron al balcón para informarle al pueblo en la plaza lo acordado. Pero también se sabe que, volviendo a enredar las cosas, el destituido Emparan, al informar a las autoridades españolas de lo sucedido, ya camino de España, dice que fue el grito de un pillo al que no identifica lo que lo despojó en forma ilegítima del mando.

Pero lo que en este relato es calificado de pueblo y descrito como tal tampoco sale bien parado. Y la visión que muestra de ese llamado pueblo es elitista y despectiva. La multitud amorfa que se halla reunida en la plaza Mayor frente a la catedral y al cabildo no es más que eso: una multitud informe carente de todo criterio y que hace solo lo que los gobernantes o los aristócratas y los curas le indican: siguiendo a Salias grita ¡a cabildo!, al ver a Emparan lo aclama y responde en forma positiva a su pregunta, y al ver las señas de Madariaga y escuchar los gritos de Villarreal asume la actitud contraria y se pone a rechazar a Emparan. Es claro que esa multitud dócil y manipulable está bastante lejos de las masas populares que empiezan a manifestarse poco después y que desconfiando del mensaje de unas élites criollas que para ellas no son sino sus explotadoras, se enfrentarán en su gran mayoría al movimiento independentista que esos criollos encabezan, hasta que más adelante, mucho después, por medio de concesiones y promesas serias de cambio social que estos le hacen, y no de meras señas como las reales o supuestas de Madariaga, una parte creciente del mismo pueblo pueda ser ganada para la causa de la independencia.

Y hay todavía un componente decisivo que se omite usualmente en la versión que podríamos llamar oficial del 19 de abril y que lo presenta como un movimiento totalmente cívico y no cívico-militar, como si el apoyo determinante de la milicia criolla y su papel en la conspiración hubiese estado ausente. En todos los casos en los que las conspiraciones criollas para constituir Juntas tuvieron éxito, el control de las milicias criollas desempeñó un papel decisivo para garantizar que el golpe de Estado dado por la élite criolla para sacar del poder a los españoles pudiera triunfar sin derramamiento de sangre. Y en el triunfo del golpe de Estado que fue el 19 de abril esa milicia criolla

comprometida con la élite criolla caraqueña y manejada por ella resultó tan o más importante que la presencia de la multitud manipulable reunida en la plaza Mayor. Nadie podría descalificar el valeroso gesto de Salías, pero este sabía que Luis de Ponte estaba en la conspiración; y fue gracias a eso que se evitó un baño de sangre en la plaza frente a la catedral. Y mientras los criollos fuerzan a Emparan a renunciar, las milicias criollas siguen en la plaza; y es entonces cuando empiezan a jugar un papel decisivo para impedir la reacción realista.

Los victoriosos criollos ordenan cerrar las puertas de los templos, suspender la actividad religiosa del día y convocar a las gentes a un cabildo abierto, trayendo por la fuerza con la milicia a las autoridades españolas que se nieguen a asistir. Actuar rápido se hace fundamental porque desde la audiencia se prepara un contragolpe apelando incluso a una respuesta armada. Los jefes de los españoles rebeldes son dos oidores, esto es, dos integrantes de la audiencia opuestos de manera radical a los criollos: Felipe Martínez de Aragón y Antonio Julián Álvarez, sobre todo el primero. Pero los criollos se les adelantan y envían un pelotón de granaderos a conducir al cabildo al intendente, al auditor de guerra y al subinspector de artillería, cosa que los granaderos logran antes de que los tres importantes funcionarios de Emparan tengan tiempo de reaccionar.

Sin embargo el desconfiado Martínez de Aragón, que entra en sospechas al ver que Emparan no vuelve a la catedral y que pronto se entera de lo ocurrido en el cabildo, se niega a reconocer la autoridad del mismo y moviliza en su contra a la audiencia. Para ello busca apoyo militar. Llama al sargento mayor Nicolás de Castro, pero este, que está en la conspiración, lo elude con un pretexto; llama al subinspector de artillería, pero este ya ha sido conducido a la fuerza al cabildo para hacerlo renunciar; llama a un jefe de batallón y le ordena movilizar la tropa que comanda, pero al llegar este al cuartel sus oficiales, también comprometidos con la conspiración criolla, lo hacen preso.

Entonces Martínez de Aragón decide usar la artillería para rodear y atacar el cabildo con cañones, pero el oficial que se dispone a hacerlo por orden suya es detenido por los artilleros. Requerido de

nuevo, Castro se niega, esta vez en forma frontal, a obedecer. Y un desesperado llamado de Martínez de Aragón a movilización general de la tropa es desacatado abiertamente. Y entonces llega a la audiencia otro pelotón de granaderos, dirigido esta vez por Juan Germán Roscio, que se lo lleva a la fuerza a él y a los otros oidores a la reunión del cabildo. El intento de contragolpe militar de Martínez de Aragón y Antonio Julián Álvarez fracasa por completo gracias a la rápida y oportuna movilización que hacen los criollos de la milicia que controlan. Y esto es algo que se olvida u omite en el relato usual de lo acontecido el 19 de abril.

Igual que en todos los casos anteriores o siguientes, la Junta de Caracas, que se hace llamar Junta Suprema, es elitesca, moderada y hasta monárquica, pues se legitima a sí misma y ante la población como conservadora de los derechos de Fernando VII. La historia oficial republicana, apoyándose en declaraciones ulteriores de algunos de estos líderes criollos, ha pretendido que los integrantes de la Junta eran ya partidarios de la independencia y que lo de la fidelidad a Fernando VII fue solo una máscara que debieron asumir para no asustar al pueblo, que veneraba a su soberano y a la monarquía. Esto es difícil de sostener, no solo porque esos criollos oligarcas tenían hasta entonces una visión bastante despectiva de ese pueblo al que batuta en mano hacían gritar sí o no, sino porque ellos mismos eran todavía monárquicos, y porque aunque querían el poder para la élite criolla que representaban no tenían planteado proclamar la independencia ni desconocer a Fernando VII rompiendo con la monarquía española. Lo que sí es cierto es que la situación venezolana y la propia Junta Suprema evolucionaron con rapidez y que pronto se llegó a la idea de independencia y de república, en la que muy probablemente sí pensaban desde antes unos pocos criollos, como Bolívar, y por supuesto Miranda, los cuales, como republicanos y partidarios abiertos de la independencia, no necesitaban máscara alguna ni de Fernando VII ni de nadie, pero que no participaron en los sucesos del 19 de abril.

La Junta empieza, sí, a tomar medidas políticas radicales. Desconoce al Consejo de Regencia español y se declara depositaria de la soberanía popular en ausencia del rey, único firmante válido del pacto

con el pueblo. Destituye en la tarde del 19 a los altos funcionarios de la administración de Emparan y suspende las medidas represivas adoptadas por este; ordena reestructurar la audiencia con gente capacitada y más confiable; se incorpora al cabildo a los representantes del pueblo, del clero y de los pardos; y se ponen las tropas bajo el mando de Nicolás de Castro y Juan Pablo Ayala. Al día siguiente la Junta emite y difunde una interesante *Alocución* dirigida a toda la población de Venezuela, en la que promete dar pronto mayor participación al pueblo en la cosa pública y mostrar más adelante la amplitud de sus generosas ideas. El 21 de abril se expulsa a Emparan, a sus funcionarios cercanos, y a los exoidores Martínez de Aragón y Antonio Julián Álvarez. Se reemplaza a la audiencia por un tribunal de apelaciones y se transforma el cabildo en municipalidad.

Y algo aun más importante, con lo que se empieza a acentuar el iniciado radicalismo político de la Junta: días más tarde, el 27, se emite y hace público un llamado a todos los cabildos de las capitales americanas pidiéndoles contribuir a la formación de una confederación americana española, aunque siempre en defensa de los derechos de Fernando VII y en oposición a las pretensiones de dominación francesas. Y dentro de ese mismo espíritu, la Junta envía delegados al exterior a solicitar apoyo para su conducta autonómica y su posición antifrancesa, un apoyo que empieza a faltarle en el interior porque son varias las provincias venezolanas que la rechazan, caso de Guayana y sobre todo de Coro y Maracaibo.

Los resultados de esas misiones enviadas al extranjero fueron modestos. La más importante fue la enviada a Inglaterra, integrada por Bolívar, Andrés Bello y López Méndez. No por lo logrado del gobierno inglés, que fue poco, porque este, temeroso del ahora incómodo Miranda y del radicalismo del joven Bolívar, recomendó moderación, dado que Inglaterra, interesada por supuesto en la apertura al libre comercio que le ofrecía la delegación criolla, tenía igual interés en mantener su alianza con España para vencer a su enemigo Napoleón. La importancia estuvo en que una de las consecuencias de esta misión fue que Bolívar invitó a Miranda a trasladarse a Venezuela y

a incorporarse en Caracas a la lucha criolla por la independencia, lo que el viejo luchador independentista hizo poco después. Por cierto, es de señalar también que Miranda llega ante el puerto de La Guaira en diciembre de 1810, que la Junta criolla se opone a su desembarco, y que esta vez el pueblo guaireño acudió a aclamarlo, haciendo posible que desembarcara entre vítores de la multitud y que luego hiciera una entrada triunfal en su Caracas.

La Junta también había venido tomando medidas importantes en lo interno: suprimir la alcabala y el tributo indígena, prohibir el tráfico de esclavos, decretar la libertad de prensa, y proclamar por supuesto el libre comercio. Pero en el plano político lo más importante que hizo, por sus consecuencias a corto plazo, fue crear una Sociedad Patriótica, imitadora de las Sociedades de Amigos del País existentes en la Europa ilustrada, pero que pronto, con la llegada de Miranda, se convirtió en una especie de Club Jacobino como los de la Revolución francesa. Dirigida por Miranda y con la incorporación del joven Bolívar, la Sociedad Patriótica agrupó a los criollos jóvenes más radicales y revolucionarios, como los Ribas, los Montilla, los Muñoz Tébar y muchos otros, permitió la participación de las mujeres, se declaró sin ambages republicana y partidaria de la inmediata independencia y empezó de seguidas a presionar a la Junta para lograr ambos objetivos.

La oportunidad se presentó con la realización de elecciones y la instalación de un Congreso constituyente. La Junta había prometido hacerlo en su *Alocución* del 20 de abril de 1810, y a fines de año cumplió su promesa. Pese al lenguaje igualitario de la *Alocución*, las elecciones se hicieron siguiendo un sistema electoral censitario, con elecciones de segundo grado. El pueblo quedó reconocido como fuente y legitimador del poder pero ejerciéndolo en forma indirecta y delegando el gobierno en la minoría formada por los más educados y más ricos, es decir, en la élite criolla autora y beneficiaria del 19 de abril.

De cualquier forma esas elecciones permitieron integrar un Congreso con las figuras más destacadas de la élite criolla. El Congreso reemplazó a la Junta por un Triunvirato, y para preocupación del sector más moderado, que fue llevado en forma progresiva a

compartirlas, la mayoría de los congresistas fue asumiendo pronto posiciones radicales cercanas tanto al republicanismo, influida por la Constitución estadounidense, como a la independencia, presionada por la Sociedad Patriótica.

Y en medio de este clima, producto de un largo y sustancioso debate interno de dos días y de la presión de calle ejercida por la Sociedad Patriótica, el Congreso, de manera casi unánime, aprueba al fin la independencia y la ruptura definitiva con España, el 5 de julio de 1811. Se trata de la primera de las independencias de la América hispánica, independencia que no es meramente declarativa sino real y que pronto queda reforzada por la decisión del mismo Congreso, igualmente real y no meramente declarativa, de hacer de Venezuela una República, la primera también de la América española. Y es por ello que esa Venezuela criolla se prepara para enfrentar con las armas en la mano la respuesta violenta que a estas decisiones soberanas pero inaceptables para ellas dan las autoridades españolas tanto coloniales como metropolitanas. Empieza así la lucha por conquistar la independencia.

4. ARGENTINA.

LA JUNTA DE BUENOS AIRES. 25 DE MAYO DE 1810

Si bien la lucha argentina por la independencia sigue desde 1809/1810 un curso comparable al de otras regiones de la América hispánica en cuanto a la creación de una Junta y a tratar de enfrentar los conflictos que se derivan de ello, en realidad su comienzo inmediato debe relacionarse con la situación peculiar que confronta el virreinato del Río de la Plata desde 1806, porque lo que desata de inmediato el protagonismo de los criollos y a corto plazo la explosión de las contradicciones entre criollos y españoles en el territorio del virreinato, particularmente en el área rioplatense, son las invasiones inglesas. En efecto, en 1806 los ingleses invaden el estuario del Plata, al frente de una flota que lleva tropas de tierra como respaldo; desembarcan en Quilmes el 25 de junio y logran, gracias a la sorpresa, capturar Buenos Aires, que se rinde el 27 de junio. La ciudad se rinde sin que haya ninguna resistencia. Y no la hay porque el virrey español, Rafael de Sobremonte, al enterarse de la llegada de los ingleses, huye en forma cobarde con su familia hacia Córdoba, llevándose los recursos financieros del virreinato y dejando a Buenos Aires sin defensa.

Son entonces los criollos porteños junto con algunos españoles los que asumen poco después la conducción de la lucha por recuperar la ciudad. Y lo logran mes y medio más tarde gracias a un ejército que han podido organizar con ayuda de Montevideo. Los ingleses se retiran, pero regresan con más fuerzas en 1807, y luego de capturar primero Montevideo el 3 de febrero, tratan de apoderarse otra vez de Buenos Aires. Pero como resultado de una batalla heroica en la que participa toda la población los líderes de la resistencia porteña fuerzan

a los ingleses a capitular, el 7 de julio de 1807, y a comprometerse a abandonar Montevideo, cosa que hacen el 9 de septiembre siguiente. Los líderes de los porteños, héroes de la jornada, son Santiago de Liniers, un militar francés al servicio de los españoles; Martín de Álzaga, un rico propietario vasco, y varios jóvenes líderes criollos como Cornelio Saavedra y Juan Martín de Pueyrredón. El pueblo bonaerense fue el héroe indiscutible de los combates; y el resultado inmediato de la victoria, junto con la desertión del virrey, es que ambas le muestran a los criollos bonaerenses que ellos, que junto con el pueblo de Buenos Aires han desempeñado el papel de fuerza decisiva en la victoria, están en capacidad de dirigir su país sin necesidad de dominio español.

Empero, esta convicción requiere de tiempo y nuevos acontecimientos para madurar. Los líderes criollos no se plantean en absoluto entonces la independencia de España, y de hecho han combatido para seguir siendo españoles, rechazando someterse al dominio inglés, aunque muchos de ellos han simpatizado con las propuestas británicas, sobre todo con la adopción del libre cambio. Pero tampoco dejan de reconocer que en la victoria han tenido papel clave los españoles: Liniers, que es francés pero está a su servicio, y Álzaga, que es un rico propietario, partidario del monopolio comercial español y adversario del libre cambio que proponen y han impuesto durante su corto dominio los ingleses.

Y el resultado mismo de esta victoria sirve más bien en un principio para fortalecer el poder español, dado que en medio de la euforia que produce la victoria ante los ingleses, las contradicciones propias del cuadro social característico de la sociedad colonial rioplatense se atenúan. Criollos y españoles siguen bajo el poder español limitándose a destituir al cobarde Sobremonte y a reemplazarlo, como virrey encargado, por el valeroso Liniers. Nadie habla de autonomía, y menos aún de independencia. Lo que sí sigue planteado es la necesidad de hacer ciertas reformas al poder absolutista español, sobre todo en lo tocante al libre cambio, a lo que se opone el sector godo monopolista. Y cuando en 1809 llega un nuevo virrey, Baltasar Hidalgo de Cisneros, enviado de España para reemplazar a Liniers, los criollos lo aceptan sin problemas.

De todos modos las contradicciones entre criollos y españoles han comenzado a aflorar de nuevo desde fines del año anterior, al tenerse noticia del inicio de la crisis española de 1808 con la deposición de los soberanos españoles Carlos IV y su hijo Fernando VII, y la subsiguiente imposición por Napoleón Bonaparte, emperador de Francia, de su hermano José como rey de España, lo que produce el estallido de una rebelión popular española y la organización de Juntas de defensa de los derechos del depuesto Fernando. Y en Buenos Aires ha ido cobrando de nuevo forma el sordo conflicto que opone al sector godo que encabeza el español Álzaga y al grupo radical, en su mayoría criollo, dirigido por Juan José Castelli y Manuel Belgrano. Y en 1809 se ha comenzado incluso a hablar con sigilo de Juntas y de autonomía.

Pero el desencadenante inmediato de la lucha lo constituyen los sucesos de 1809 en el Alto Perú, entonces territorio argentino. En Chuquisaca y en La Paz se crean las primeras Juntas criollas, la de Chuquisaca el 25 de mayo y la de La Paz el 16 de julio; y, como vimos, ambos movimientos juntistas son reprimidos desde Buenos Aires y también desde Lima por los virreyes respectivos, Abascal, del Perú, e Hidalgo de Cisneros, de Buenos Aires. La inquietud crece en Buenos Aires; y se va acentuando ante la ausencia de rey legítimo en España, el repliegue de las Juntas españolas por el avance de los franceses, la amenaza de colapso del movimiento juntista español de apoyo a Fernando VII y el temor creciente de que España, derrotada la rebelión, se convierta en dominio francés y con ella pase de igual manera a ser francesa la América española. Y la tensión aumenta al máximo al conocerse en la capital porteña la disolución en enero de 1810 de la Junta de Cádiz y la asunción de lo que queda de poder resistente español por un cuestionado Consejo de Regencia. La noticia llega a Buenos Aires en mayo de ese año junto con la de que se ha creado en abril una Junta criolla en Caracas. Las cosas se precipitan y todo esto se convierte en el antecedente inmediato de la Semana de Mayo.

Al aflorar las contradicciones, los godos: los ricos comerciantes monopolistas y los burócratas ligados al poder español, se agrupan de un lado, junto con la alta jerarquía de la Iglesia, la audiencia y el

cabildo. Y del otro lado se ubican los comerciantes librecambistas, la pequeña burguesía criolla, los sectores populares y buena parte de los militares, sobre todo criollos, que están al frente de las milicias creadas con motivo de las invasiones inglesas. Aunque pequeño, el frente godó es más coherente, mientras que en el frente de la pequeña burguesía y el pueblo, que cuenta con el apoyo de los militares criollos, aunque todos son partidarios de limitar el poder del virrey, o incluso de deponerlo, creando en cualquier caso una Junta autónoma, hay serios matices que van desde la moderación hasta el radicalismo.

El cabildo bonaerense se reúne el 20 de mayo. Los partidarios de deponer al virrey Hidalgo de Cisneros se echan a la calle pidiendo que sea cabildo abierto. Un grupo grande, unas 600 personas, entre ellos jóvenes y gentes del pueblo, rodean la plaza Mayor exigiendo que se abra el cabildo. Los regidores, es decir, los integrantes del cabildo, que en su mayoría son criollos moderados, se asustan, temerosos del radicalismo de quienes llenan la plaza. Les atribuyen además ser violentos y andar armados. Los líderes de esa multitud son dos criollos radicales de humilde origen: Domingo French y Antonio Beruti. French es cartero, empleado de correos, y Beruti empleado público y trabaja en la Tesorería. Se los califica a ellos, y las gentes que los siguen, de *chisperos*. La gente de la plaza exige que se deponga al virrey. El síndico, un intrigante llamado Julián Leiva, que sirve al virrey haciéndose pasar por amigo de los criollos, convence a Cisneros de que detenga la amenaza aceptando la convocatoria de un cabildo abierto para el 22 de mayo. Cisneros acepta, Leiva se lo informa a la multitud, y esta se calma y se retira de la plaza.

La situación se reproduce el 22, porque lo que pretenden el virrey y los godos tanto españoles como criollos que lo apoyan es que al cabildo abierto del 22 asista solo la “gente decente”, es decir, los sectores más ricos, poderosos y conservadores. Se hace entonces una convocatoria para 600 personas, que por supuesto no son las mismas del día 20, y se las convoca mediante reparto de tarjetas de invitación impresas, para evitar la entrada de los grupos populares a la plaza. Pero la maniobra fracasa. La agitación callejera de los mismos del día 20

asusta a muchos de los invitados ricos, y los que se atreven a asistir al cabildo tienen que enfrentar las amenazas e insultos de quienes de todas maneras han terminado llenando la plaza porque uno de los líderes chisperos trabaja en una imprenta y han hecho imprimir en ella y distribuir entre el pueblo invitaciones similares a las oficiales. Los grupos populares no entran al cabildo, pero se quedan en la plaza gritando y presionando por la solución radical que reclaman, que es la destitución del virrey y la creación de una Junta criolla.

En medio de ese tenso ambiente, con los grupos radicales presionando en la plaza, las discusiones en el cabildo se hacen frontales y violentas. Una de las intervenciones que agudiza la tensión es la del obispo de Buenos Aires, Benito Lué, un vasco autoritario que desprecia a los criollos, el cual dice a los criollos que están presentes que ellos carecen de todo derecho a gobernar el virreinato porque mientras haya así sea un solo español en el mismo, ellos, los criollos, deben obedecerle. Castelli responde refutando esta grosera intervención. Y Juan José Paso añade que al no haber rey en España los pueblos recuperan la soberanía. Pueblos que por supuesto ellos, los criollos, dicen representar, lo que les da derecho a asumir el gobierno y a designar las Juntas que consideren convenientes. Pero es claro que la Junta que se propone es una Junta defensora de los derechos de Fernando VII, porque entre esos criollos de la élite porteña, nadie, ni siquiera los más radicales, piensa en independencia. Es más, algunos de ellos, como es el caso de Belgrano y de Castelli, son carlotistas, y han venido proponiendo aceptar como regente del virreinato a Carlota Joaquina, la hermana de Fernando VII, que es esposa del rey regente de Portugal, emigrado al Brasil, a condición de que ella acepte encabezar una monarquía constitucional, no absolutista.

La larga duración del cabildo, que se prolonga hasta la madrugada, combinada con la indecisión de los criollos y el descenso de la presión popular, porque los sectores populares van abandonando la plaza debido a la avanzada hora, facilitan que los grupos conservadores impongan su voluntad mediante una maniobra conciliadora que patrocina Leiva. Y si bien al principio se ha planteado y aprobado

por mayoría deponer al virrey y constituir una Junta, la propuesta de la madrugada autoriza al propio cabildo, que debe reunirse el día siguiente como cabildo ordinario, para formar la Junta, pero haciendo que la misma quede integrada por el virrey como presidente y por otros cuatro miembros que deberían ser un cura, un militar, un comerciante y un abogado. Y el cabildo se reúne en forma apresurada el día 24 y conforma la Junta, que encabeza Cisneros, y que integran dos españoles: Juan Nepomuceno de Solá, que es cura, y José Santos Incháurregui, que es comerciante, y dos criollos: Castelli, que es abogado y sustituye a Belgrano, que se negó a formar parte de ella, y Cornelio Saavedra, que es militar, comandante por cierto del regimiento criollo de patricios.

La burda maniobra suscita una pronta y poderosa respuesta popular. Ese mismo día y hasta entrada la noche, los criollos patriotas empiezan a preparar esa respuesta. A partir de este momento empieza a cobrar protagonismo un joven abogado criollo llamado Mariano Moreno, quien se convierte pronto en el líder más capaz del movimiento de los criollos radicales. Moreno se gana el apoyo de los chisperos; y de hecho, sin proponérselo, desplaza del liderazgo a Castelli, cuya figura se ha debilitado un poco por haberse dejado envolver en la maniobra conservadora que creó la Junta espuria de ese día 24. Los criollos radicales se reúnen con Castelli y con Saavedra para convencerlos de que deben renunciar a esa Junta. Castelli, que es un revolucionario, termina aceptando renunciar, pero Saavedra, que es un conservador vinculado a los españoles y admirador de Cisneros, no se decide a hacer lo mismo y tienen que presionarlo Martín Rodríguez, que es coronel del regimiento de patricios, y otros criollos de la misma milicia, quienes le hacen saber que esta no acepta la Junta y está dispuesta a rebelarse.

Y es esa la situación, porque Moreno, Beruti, French y el mismo Rodríguez han palpado en los cuarteles, en los que se han metido, el rechazo de los soldados a la Junta y su decisión de exigir la renuncia de Cisneros y la constitución de una Junta criolla. Saavedra cede a la presión y esa noche él y Castelli le hacen saber a Cisneros que renuncian a la Junta y que es necesario convocar una nueva reunión del cabildo.

Ahora es Cisneros el que ofrece terca resistencia, pero haciendo presión sobre Leiva otros patriotas logran que este convenza a Cisneros de que acepte convocar al cabildo para el día siguiente, que es 25 de mayo.

El 25, desde temprano, la plaza es ocupada por la misma multitud de gentes del pueblo a la cabeza de la cual se encuentran de nuevo French y Beruti. A gritos rechazan el cabildo del 24, exigen que la nueva reunión anule la Junta espuria aprobada ese día, y reclaman la renuncia de Cisneros y que se escuche la voz del pueblo. Ante esta situación que no admite ya más maniobras dilatorias, el virrey y los godos que lo apoyan se disponen a usar la milicia para imponer orden, es decir, para reprimir y masacrar al pueblo. Pero no pueden hacerlo, porque Saavedra no se hace presente y porque los otros jefes de la milicia se oponen, no solo porque no están de acuerdo sino porque saben que de intentarlo, serían desobedecidos por la tropa. De todas maneras, aunque impotente, Cisneros se niega con terquedad a renunciar.

Al cabo no le queda otro camino y desde el cabildo se le informa a las gentes de la plaza que el virrey ha renunciado. Entonces las gentes empiezan a reclamar participación popular en la conformación de la nueva Junta y tratan de recoger firmas para proponer candidatos. Pero esto es demasiado, aun para los criollos radicales, que por lo demás no tienen el total control de la situación sino que lo comparten con los conservadores criollos y españoles; y al final la nueva Junta que se designa resulta producto de un acuerdo entre los carlotistas que encabeza Castelli, los milicianos criollos que encabeza Saavedra y los llamados alzaguietas, seguidores del vasco Martín de Álzaga. La Junta queda así integrada por Cornelio Saavedra como presidente, por seis vocales, entre los que destacan Castelli y Belgrano, y por dos secretarios, que son Juan José Paso y Mariano Moreno.

Así se constituye la Junta porteña del 25 de mayo de 1810. Como se ve, la Junta fue resultado del enfrentamiento entre los godos y conservadores (españoles y criollos) que apoyaban a Cisneros, y los radicales (criollos y españoles) que, junto a un gran sector del pueblo porteño, querían una Junta criolla e iniciar cambios en la sociedad colonial. Y hablo de criollos y españoles de ambos lados, conservado-

res o radicales, porque en efecto los hay en uno y otro caso. La frontera que separa una posición de otra no es la condición de criollo o español. Tampoco la de partidarios o enemigos de la independencia porque el tema aún no está en discusión y todos hablan de apoyar y defender los derechos de Fernando VII, y cuando más de cierta autonomía. La frontera, al menos la inicial, estaría más bien entonces entre quienes, criollos o españoles, quieren un poder criollo para impulsar cambios liberales en el sistema colonial y los que, españoles o criollos, quieren mantener el absolutismo español y el sistema colonial sin cambio alguno.

Hubo, sí, en el movimiento de mayo una participación popular mayor y más definida que en movimientos similares como el 19 de abril caraqueño. Pero ese movimiento de mayo tampoco puede ser calificado, como se hace a menudo, de movimiento revolucionario. Igual que en otras partes de la América española, fue una conspiración de la élite criolla porteña que, mediante un golpe de Estado incruento, ya que contaba con el apoyo de la milicia y la participación de grupos de la población bonaerense, logró constituir una Junta dominada por los criollos, Junta que se constituyó, como en otras partes del continente, en defensa de los derechos de Fernando VII y se mantuvo, pese a posteriores cambios de forma (Junta ampliada, Triunvirato, Directorio Supremo), atada a esa fidelidad al absolutista soberano español; y que además fue el resultado de un acuerdo inestable y conflictivo entre el sector criollo radical, formado por Moreno, Castelli y Belgrano, interesado en promover cambios —algunos de ellos profundos— al sistema colonial español y de marchar hacia la pronta independencia, y el sector moderado o conservador, encabezado por Saavedra, que quería el poder, pero no para hacer cambios, a menos que estos fueran de fachada.

En lo que sigue, la Junta de mayo se mueve en dos frentes. Por un lado debe enfrentar la oposición española, porque los españoles dominan el resto del virreinato, tanto el Paraguay y el Alto Perú (en este último al menos la lucha patriótica se reanima pronto), como sobre todo Montevideo, donde el gobernante español Francisco Javier Elío encabeza la lucha contra los rebeldes bonaerenses. Y también en la propia provincia de Buenos Aires, porque antes de ser expulsado

hacia España junto con el arzobispo Lué, el depuesto virrey Cisneros ha enviado un emisario a Liniers, que se halla en Córdoba, pidiéndole que organice un movimiento contrarrevolucionario para derrocar a la Junta porteña. Pero al mismo tiempo se da en el seno de esta el enfrentamiento entre los conservadores que encabeza Saavedra y los revolucionarios que pronto tienen como su principal líder a Mariano Moreno.

Nacido en Buenos Aires en 1778, de humilde familia criolla, Moreno tiene oportunidad de estudiar y graduarse de abogado en la prestigiosa Universidad de Chuquisaca, en el Alto Perú, donde estudia a los pensadores de la Ilustración francesa, en particular a Rousseau, y descubre la miseria y la explotación de los indígenas altoperuanos. Regresa a Buenos Aires en 1805. Ejerce su profesión en la capital porteña y llega a ser relator de la audiencia y asesor del cabildo. No tiene figuración política en esos años, ni siquiera al producirse las invasiones inglesas, aunque manifiesta su oposición a ellas. Sin embargo, aparece poco más tarde, en 1809, asociado a la conspiración de Martín de Álzaga contra Liniers, actuando luego como su defensor en el proceso que se le sigue al vasco después de su fracaso.

Pero poco después, al llegar Hidalgo de Cisneros, el nuevo virrey, a la capital porteña, en ese mismo año de 1809, Moreno participa en la discusión acerca del libre comercio con Inglaterra que tiene lugar entonces entre partidarios del monopolio comercial, como Álzaga, y defensores de la libertad comercial que reclaman los grupos criollos opuestos al decadente monopolio español. Y aquí asume la posición de estos últimos, escribiendo su famosa *Representación de los Hacendados*, en la que defiende el librecambio, ataca a los grupos monopolistas y apoya el interés exportador de los ganaderos. Ese reclamo contribuyó a que Cisneros, luego de dudas y contradicciones, acordara con algunos límites la libertad de comercio, que por ello mismo no desempeñó en la lucha siguiente el papel decisivo que una lectura tradicional le ha atribuido en forma reiterada.

Moreno no tiene tampoco protagonismo directo en los primeros días de la Semana de Mayo y es más su prestigio como abogado que su participación activa en los últimos días de lucha por deponer a

Cisneros y conformar una Junta criolla lo que hace que se lo proponga y designe como miembro de esta. Pero esa participación ha sido decisiva, y aunque algunos en el momento de designarlo secretario todavía lo asocian con la corriente de Álzaga, lo cierto es que Moreno se ha radicalizado en contacto con Castelli, French, Beruti, Belgrano, Vieytes, Rodríguez Peña y otros miembros del grupo de criollos radicales; y desde la secretaría de la Junta comienza pronto a ejercer el liderazgo del grupo y a tratar de transformar esa Junta conservadora y moderada en un instrumento ejecutor de cambios radicales, impulsando con dinamismo y en medio de una actividad febril las medidas revolucionarias que la difícil situación reclama.

Al ritmo impuesto por Moreno, la Junta promueve la organización e información política del pueblo, la educación y el igualitarismo. Moreno promueve la creación de escuelas y hace editar textos como la traducción del *Contrato social* de Rousseau de la que es autor, y periódicos como la *Gaceta de Buenos Aires*, en la que se informa a la población de la labor de la Junta y se defiende la política aplicada por esta, a menudo con artículos que el propio Moreno escribe. Además Moreno reestructura las milicias criollas y las convierte en un ejército, incluyendo en él a los indígenas, a los que iguala con los blancos y les permite que elijan a sus propios oficiales como hacen los criollos.

Sin perder tiempo el infatigable secretario enfrenta y derrota la contrarrevolución proespañola de la que el propio Saavedra es cómplice solapado, al menos en la medida en que la conoce y la tolera. La conspiración tiene como base a Montevideo, donde el poder lo ejerce el absolutista Elío, designado desde España como nuevo virrey español, cargo que por supuesto Buenos Aires desconoce. Pero el protagonista más cercano de la conspiración es Liniers que actúa desde Córdoba, mientras Álzaga le sirve de reserva. Liniers se alza contra la Junta en agosto de 1810. Moreno responde de inmediato. Envía una tropa al mando del oficial Ocampo con orden de derrotar, capturar y fusilar a los traidores. Ocampo llega a Córdoba, derrota a los sublevados y captura a Liniers. Pero no se atreve a fusilarlo y decide enviarlo prisionero a Buenos Aires. Moreno siente que esto huele a traición

porque Liniers tiene aún mucho prestigio en Buenos Aires y traerlo prisionero fortalecería al grupo goda y a Saavedra poniendo en peligro la revolución. De modo que envía a Córdoba a Balcarce, Castelli y French. Balcarce reemplaza a Ocampo, hombre del grupo de Saavedra, y Castelli hace fusilar a Liniers con los otros jefes de la conspiración. El costo político de esto es muy elevado, pero Moreno lo asume, mientras la asustada derecha, no sin cierta razón, los señala, a él y a Castelli, como radicales jacobinos.

Pero lo más importante de la obra de Moreno son dos cosas: el *Plan de Operaciones* y las operaciones militares que organizó para apoyar o promover la lucha independentista en el Alto Perú, el Paraguay y la Banda Oriental. El *Plan de Operaciones*, que Moreno aprueba y redacta a proposición de Belgrano, es su principal obra teórica y política. Se trata de una propuesta revolucionaria y americanista original y profunda que Moreno intenta aplicar de inmediato sin mucho éxito. Idea matriz del *Plan* es la independencia de toda la América del Sur del dominio de España y la creación de un *Gran Estado Americano* de toda la América española. Se plantea expropiar a las minorías ricas para beneficiar a las empobrecidas mayorías. Se exige la igualdad para los indígenas y la liberación de los esclavos. Se propone incluso enfrentar al Imperio esclavista del Brasil dentro de un proyecto independentista liberador que defienda el amenazado territorio de la Banda Oriental, ansiado por los portugueses, y llame en el momento oportuno a los esclavos negros brasileños a la rebelión y les brinde para ello apoyo político y militar. Se propone construir una sociedad de iguales basada en el desarrollo de las artes, la agricultura y la navegación, utilizando los recursos expropiados para crear fábricas, ingenios, y estimular la producción de bienes para reducir la dependencia de las importaciones. El proyecto se basa en el crecimiento interno y apunta a crear un gobierno capaz de hacer feliz a la mayoría del pueblo. Se comprende con facilidad que intentar aplicar ese programa, adelantado a su tiempo, debía tener, como en efecto tuvo, escasas probabilidades de éxito. Pero justamente por ello conserva, como las grandes ideas bolivarianas, también derrotadas entonces, una gran vigencia actual.

Las expediciones militares para apoyar la lucha independentista en el Alto Perú, Paraguay y la Banda Oriental, aunque alcanzaron en el Alto Perú algunos éxitos iniciales, también terminaron fracasando. Castelli es enviado con Balcarce al Alto Perú, donde la lucha patriótica ha renacido después de la creación de la Junta porteña de mayo. La expedición se inicia con varios triunfos. Castelli derrota a los reaccionarios españoles y fusila a varios de ellos. Emite proclamas revolucionarias garantizando la libertad de los indígenas y el fin de la mita, el tributo indígena y el trabajo forzoso. Pero no logra mucho apoyo de las desconfiadas masas indígenas mientras atemoriza a la explotadora élite altoperuana. Y poco después es desbaratado por las tropas peruanas de Goyeneche en Guaqui y los argentinos cometen en la retirada muchos atropellos contra la población altoperuana, lo que produce un serio rechazo contra ellos. Belgrano es enviado al Paraguay, pero allí tropieza con el rechazo de los paraguayos, que por lo pronto más que independientes de España quieren primero lograr la independencia de los bonaerenses, a cuya hegemonía política y económica han sido sometidos desde la creación del virreinato del Plata en 1776. Y Belgrano es enfrentado y derrotado por los paraguayos. Y en la Banda Oriental no hay hasta entonces mucho que hacer, porque en Montevideo dominan claramente los españoles absolutistas, y la lucha de Artigas por la independencia uruguaya está aún por comenzar.

Estas derrotas debilitan al gobierno revolucionario de Moreno y los radicales, que apenas duran unos meses en el poder. Una conspiración conservadora echa a Moreno del poder a fines de 1810. La conspiración tiene por líderes a Saavedra, el deán Gregorio Funes y Martín de Álzaga. El hábil proyecto de estos es ampliar la Junta de Mayo, idea que les gana mucho apoyo pues nadie podía negar que era justa y necesaria la participación en ella de las provincias de litoral e interior, hasta entonces sin representación directa. Pero aun siendo esto cierto en términos de representatividad, el objetivo inmediato del grupo de Saavedra es debilitar la fuerza de Moreno, porque, como ellos saben, los delegados de provincias se inclinan hacia la moderación conservadora. Moreno no puede oponerse, y entonces propone

algo igualmente válido: convertir la Junta en Congreso Constituyente. Pero no es eso lo que quieren los conservadores, que tienen mayoría y lo derrotan. Encabezados por el cordobés Funes, los delegados del interior llegan a fines de 1810 y al incorporarse a la Junta esta cambia su nombre por el pomposo de Junta Grande.

Moreno no tiene otro camino que renunciar. La Junta lo envía en misión a Brasil y Gran Bretaña a buscar apoyo para la lucha argentina. En la derrota de Moreno juegan un papel significativo los intereses británicos, que lo consideran un peligroso revolucionario decidido a proclamar la independencia argentina, algo que no conviene en absoluto a Inglaterra porque esta, si bien se aprovecha del libre comercio con las colonias rebeldes, no quiere que estas rompan del todo con España, ya que necesita de la alianza que mantiene con ella en su combate para derrotar a Napoleón. El representante de la Gran Bretaña en Río de Janeiro, Lord Strangford, que por cierto desempeña un papel de primera magnitud en la siguiente derechización del proceso independentista argentino, ha sido promotor sutil de la oposición a Moreno y lo ha presionado sin mucho éxito para que modere su política considerada por los británicos demasiado radical y demasiado cercana a una proclamación de independencia que consideran inconveniente.

Moreno embarca en una goleta inglesa, enferma, y muere el 4 de marzo de 1811. De acuerdo con el testimonio de su hermano Manuel y de Tomás Guido, que lo acompañan, muere a consecuencia de una sobredosis de un medicamento a base de antimonio que le daba el capitán y cuyo único resultado había sido empeorar su grave estado de salud. Esa extraña muerte, aunada a la forma en que Saavedra, la oligarquía porteña y el embajador español en Río de Janeiro celebran su desaparición han mantenido viva la sospecha de que se lo envenenó para quitarlo de en medio.

Con la renuncia y muerte de Moreno sus proyectos son abandonados y sus seguidores desplazados del poder. Triunfa la línea conservadora de Saavedra y Funes. Y poco después Castelli, recién llegado del Alto Perú, derrotado y también enfermo, es sometido a juicio. Es absuelto, pero su salud empeora, y muere el 12 de octubre de 1812 de un cáncer lingual.

Así acaba la corta pero intensa fase revolucionaria y americanista del proceso independentista argentino, que a partir de entonces es dominado por la moderación y el conservatismo, por las tendencias monárquicas y por la búsqueda de acuerdos con España. Y es en medio de esos procesos, que no puedo ni intento relatar aquí, que se produce finalmente, en medio de muchas dudas y vacilaciones, la declaración de independencia argentina, en Tucumán, el 9 de julio de 1816.

5. NUEVA GRANADA. LA JUNTA DE BOGOTÁ. 20 DE JULIO DE 1810

El proceso constitutivo de la Junta de Bogotá no es muy conocido, ni siquiera en la propia Colombia, donde domina la versión sesgada y limitante que ha impuesto la historia oficial. Pero una vez que se lo conoce, poca duda queda de que la Junta bogotana es la más interesante de todas. No por su integración, que es similar a las otras, e incluso con rasgos conservadores, monárquicos y excluyentes aun más acentuados, sino porque en torno a ella y para enfrentar esos rasgos que le da la oligarquía criolla bogotana, el pueblo de Bogotá, la gente de sus barrios, lleva a cabo la batalla popular más larga y combativa que se haya producido a propósito de la creación de alguna de estas primeras Juntas americanas. Y porque esa batalla nos revela el conflicto de clases e intereses que se mueve en el seno de la sociedad bogotana de entonces y los límites egoístas y derechistas de esas connotadas figuras de la oligarquía neogranadina que la historia oficial embellece como auténticos próceres patriotas mientras oculta sus mezquinas posiciones de clase y su desprecio por los sectores populares y olvida justamente a los luchadores revolucionarios que defendían al lado de esos sectores populares los intereses de las mayorías.

También en Bogotá el conflicto sordo que opone a criollos oligarcas y a gobernantes españoles se aviva a consecuencia de los hechos de España desde 1808. También en Bogotá los criollos oligarcas bogotanos defienden la idea de que en ausencia de rey el pueblo recobra sus derechos; y empiezan a pensar en la creación de Juntas como las de España, en este caso de Juntas que siendo fieles al depuesto Fernando VII y defensoras de sus derechos aprovechen la crisis española

conquistando para los criollos una cierta autonomía que les dé mayor participación en el gobierno. Sin prescindir de las autoridades españolas, porque en ningún momento esa oligarquía piensa todavía en independencia y solo quieren poder gozar de iguales derechos políticos que los peninsulares. Pero a medida que el avance de las tropas francesas hace retroceder al pueblo español sublevado y que la Junta Suprema Central se ve forzada a desplazarse de Aranjuez a Sevilla y de esta a Cádiz, dando paso a un pequeño y cuestionado Consejo de Regencia, el enfrentamiento en la Nueva Granada entre criollos neogranadinos y autoridades coloniales españolas se acentúa.

Es necesario señalar sin embargo que, como en otros casos, la actitud de la audiencia resultaba más firme que la del virrey en la defensa de la resistencia española. La razón de esto no es difícil de aprehender. Igual que las de España, las autoridades coloniales, virreyes, capitanes generales, gobernadores, dependían directamente del rey, y en este caso se trataba del rey impuesto, de José Bonaparte, es decir, de los franceses, que en la persona del propio Napoleón les habían garantizado la permanencia en sus cargos y habían, en los casos pertinentes, nombrado y juramentado nuevas autoridades tanto en España como en América; y en el caso de esta, funcionarios como virreyes o capitanes generales por renuncia o muerte de los anteriores. De manera que muchos de esos gobernantes en ejercicio simpatizaban con los franceses o se sentían atados a ellos, y en todo caso en su gran mayoría estaban dispuestos a conservar su poder incluso si la resistencia española era aplastada, como todo parecía indicar en 1810. Y eso los llevaba a asumir conductas vacilantes o ambiguas, como vimos por ejemplo en el caso del gobernador de Venezuela Juan de Casas en 1808. Por el contrario, los criollos americanos, racistas, conservadores y explotadores de indios y negros como eran, se oponían a caer bajo el dominio de una Francia a la que seguían teniendo por revolucionaria y defendían a la monarquía borbónica peninsular no solo porque en realidad eran fieles a esta sino también porque querían aprovechar la coyuntura española para obligar a la metrópoli a otorgarles más poder y concederles cierta autonomía.

La oligarquía criolla bogotana es un excelente ejemplo de cómo esos criollos, que simpatizaban o podían simpatizar en el plano teórico con la Ilustración francesa, con el pensamiento de Montesquieu, de Voltaire o de Rousseau, detestaban en cambio a la Francia revolucionaria, tanto en su forma jacobina como en la napoleónica, imperial; y así como habían temido a la igualdad social proclamada por los revolucionarios de 1789-1793, a la decapitación de reyes y de nobles, a su enfrentamiento con la Iglesia y a las rebeliones de esclavos como la haitiana, asociada por ellos a la prédica revolucionaria francesa, temían en 1810 las pretensiones de dominación napoleónica.

A los franceses los rechazaban por revolucionarios, por libertinos, por regicidas, por enemigos de la verdadera religión, que para ellos era la católica, apostólica y romana, y por sus ambiciones imperiales. No querían conceder derechos a los indios ni darle libertad a sus esclavos; y seguían temiendo la rebelión de estos últimos, según ellos estimulada por el igualitarismo francés. Y sobre todo no querían que sus territorios dejaran de ser españoles para convertirse en dominios franceses. Amaban sinceramente a Fernando VII, que era entonces más un símbolo que un personaje real, que solo se les reveló más adelante en toda su brutalidad, intolerancia y absolutismo; y al sentir como inminente la derrota de la resistencia española, se convirtió para ellos en tarea perentoria la urgencia de constituir Juntas, aun llegando a acuerdos de poder compartido con las autoridades españolas, en este caso con el virrey Antonio Amar y Borbón, dejando de lado a los españoles más absolutistas y recalcitrantes, representados por la audiencia. Era esa la visión que manifestaban en 1810 los oligarcas criollos bogotanos.

Amar era un burócrata mediocre, un hombre anciano, timorato, indeciso, ansioso de gobernar en paz y de evitarse problemas innecesarios. Lo había demostrado con motivo de la Junta quiteña en agosto de 1809. Vaciló entre negociar con los rebeldes, dependientes de la Nueva Granada, o enviar tropas a reprimirlos. Al final envió las tropas pero después de casi pelearse con los recalcitrantes oidores de la audiencia, trinchera del poder español, enemigos usuales de los criollos, quienes por su lado, e igual que en otras partes, dominaban

el cabildo local. Los oligarcas criollos empiezan entonces a pensar en una posible alianza con el virrey y entran en tratos con él ofreciéndole que presida la Junta que se hace ya inevitable crear, para defender los derechos de Fernando VII y oponerse a los franceses. Amar duda, pero su esposa, la virreina, mujer autoritaria y absolutista que desprecia y odia a los criollos, se le impone, como otras veces. Así, Amar rechaza la alianza con los oligarcas criollos y prefiere reanudar su alianza con los oidores de la audiencia, dos de los cuales, Infiesta y Hernández de Alba, los más intransigentes, habían estado por cierto en esos mismos días preparando en la audiencia un plan para destituirlo, acusándolo de conspirar con los criollos para entregarse a los franceses.

Hacia mediados de 1810 la situación está a punto de hacer crisis. Ya se han creado en el propio virreinato, en los territorios vecinos, varias juntas, en Quito, en Caracas; y también en Buenos Aires. Y en todos esos casos los criollos locales han desplazado del poder a los españoles. Y por su parte, desde meses antes, el Consejo de Regencia español está tratando de ganarse a los criollos americanos, renuentes a aceptar su legitimidad, ofreciéndoles la igualdad plena con los españoles y enviando comisionados regios a varias provincias de América con la misión de conseguir el reconocimiento de las élites criollas. A la Nueva Granada se ha enviado a dos comisionados, los quiteños Carlos Montúfar, que debe ir a Quito, y Antonio Villavicencio, que ha llegado a Cartagena y debe subir a Bogotá a tratar de lograr un acuerdo entre el virrey Amar, las autoridades españolas y la oligarquía criolla. Y aunque ambos han pasado sin mucho éxito por Caracas, donde fueron testigos pasivos el 19 de abril de la destitución del capitán general Emparan y de la creación de la Junta criolla caraqueña, se espera su inminente llegada a Bogotá.

Ni Amar ni las autoridades españolas, esto es, la audiencia y los otros organismos de poder regional, tienen interés en este acuerdo. Desconfían del comisionado Villavicencio y de las facultades que le ha acordado el Consejo de Regencia. Por el contrario, los criollos bogotanos se hacen ilusiones con la próxima llegada de Villavicencio y la esperanza de llegar al acuerdo que ansían con el virrey. Villavicencio

desembarca en Cartagena, pero se queda allí varios meses tratando de resolver a favor de los criollos más conservadores la pugna que los opone a un sector más radical, y luego presionar al gobernador español de la ciudad para que acepte el acuerdo. Es luego de lograrlo, lo que implicó aceptar la constitución de una Junta, que decide al fin dirigirse a Bogotá.

Creyendo que Villavicencio está por llegar, los criollos bogotanos empiezan a reunirse, convencidos de que habrá acuerdo con Amar e incluso Junta. La audiencia se entera de estas reuniones y deduce que hay detrás de ellas una conspiración de la élite criolla. Y Amar, de nuevo cercano a la audiencia, se prepara con esta para acusar a los criollos de conspiradores y encarcelarlos. En la lista que se hace, de diecinueve personas, figura la crema y nata de la oligarquía criolla bogotana: Camilo Torres, Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano, Manuel de Pombo, Antonio Morales, José Miguel Pey y su hermano Juan Bautista, José Acevedo Gómez, Frutos Joaquín Gutiérrez, José Sanz de Santamaría, Ignacio Herrera, José María Moledo, Antonio Baraya, José Joaquín Camacho y otros más. Pero Villavicencio no llega y los criollos, al oler la amenaza, deciden, ahora sí, lanzarse a la conspiración. Desde mediados de junio de 1810 el grupo, formado por Torres, Caldas, Pey, Lozano, Acevedo, Morales, Camacho y otros, empieza a reunirse en la torre del Observatorio bogotano, lugar en que el sabio Caldas investiga. Estructuran un plan. Saben que dominan el cabildo y controlan varias unidades militares que están bajo el mando de los criollos Moledo y Baraya, comprometidos en el golpe. Carecen de contacto con el pueblo bogotano, al que desprecian y quieren mantener al margen, pero saben que necesitan cierta movilización de gentes del pueblo que le dé fuerza al movimiento, atemorice al virrey y le impida mover las tropas contra ellos.

Corre el rumor, no se sabe bien si basado en informaciones confiables o propagado por los propios conspiradores, de que los diecinueve líderes criollos de la lista van a ser apresados y ejecutados por las autoridades españolas. Esto acelera todo. Informados además de que Villavicencio llega por fin a Bogotá el 20 de julio, los conspiradores es-

cogen esa fecha para dar el golpe. Y la eligen porque además es viernes, día de mercado en el centro de la ciudad, en la plaza Mayor, mercado concurrido por gentes del pueblo y sobre todo por indígenas de las comunidades vecinas: artesanos, agricultores y pequeños mercaderes. Así creen tener al pueblo que necesitan como espectador pasivo sin necesidad de ofrecerle nada. Pero les falta un detonante que provoque la protesta de esas masas de ocasión y desorganizadas contra los españoles. Y entonces se acuerdan del florero, el famoso Florero de Llorente, nombre con el que se conoce en la historia colombiana al movimiento del que nace la Junta bogotana el 20 de julio de 1810. En el centro de Bogotá, junto a la plaza Mayor, en la que habrá mercado ese viernes, está la tienda de un viejo comerciante español, José González Llorente, llamado de manera usual Llorente, y conocido de los bogotanos por su actitud prepotente y despreciativa hacia los criollos. El plan se le ocurre a Morales y es el siguiente: provocar a Llorente para suscitar la respuesta popular contra los españoles. Se decide que un hombre moderado como Luis Rubio vaya a pedirle prestado ese día, para adornar la casa en que va a instalarse Villavicencio, un valioso florero que tiene en su tienda el español y que ha prestado en otras ocasiones para actos similares. Se espera que se niegue y que al hacerlo se exprese en forma ofensiva contra los criollos, dando ocasión a Morales y a sus hijos para agredirlo. Pero previendo que el español preste el florero o que se niegue en forma educada a prestarlo, se decide que el sabio Caldas pase en ese momento por la tienda de Llorente y lo salude, lo que permitiría entonces a Morales gritarle a Caldas que no debe saludar a ese miserable español y armar así el escándalo esperado para provocar la reacción antiespañola de las gentes.

Empero, por prudencia, los conspiradores hacen primero un último intento de convencer al virrey para que apoye la creación de la Junta. Amar rechaza de plano la propuesta y es entonces, ya al final de la mañana, que el plan del florero se pone en marcha. La historia oficial colombiana sigue repitiendo que el intolerante español insultó a los criollos que le pidieron prestado el florero, pero parece que esto no es cierto, porque aun odiando a los criollos, Llorente, que era ya un

hombre anciano, no habría actuado en forma agresiva como en ocasiones anteriores ni habría ofendido a los criollos, limitándose a decirle a los Morales que no quería prestar su valioso florero porque préstamos previos lo habían deteriorado. Sea esto cierto o no, fue la prevista aparición del sabio Caldas lo que salvó el plan del fracaso. Desde la puerta del negocio Caldas saluda a Llorente y entonces Morales le grita, para que se oiga en toda la plaza llena de gente, que cómo saluda a ese miserable español que acaba de insultar a los criollos diciendo que se caga en ellos y que también se caga en Villavicencio. Llorente niega haber dicho eso y se esconde en la trastienda, pero Morales lo persigue cayéndole a palos. Y es el criollo José María Moledo, coronel de la milicia y comprometido en la conjura, el que, entrando con varios soldados, le salva la vida al aterrorizado Llorente y se lo lleva preso. Mientras tanto, los otros criollos involucrados en la conspiración se echan a la calle gritando que se ha insultado a los americanos, que Llorente ha dicho que se caga en ellos, y llaman a enfrentar la agresión española, dan mueras al mal gobierno, y reclaman una Junta.

La multitud reunida en el mercado reacciona ante el llamado, pero su protesta pronto se desborda porque si bien hay, igual que en otras partes de América, descontento contra la burocracia española, lo cierto es que todavía mayor es el descontento en contra de los ricos, la mayor parte de los cuales la forman los propios criollos. Se desencadena una suerte de bogotazo colonial. Esas inquietas masas de pobres, artesanos, campesinos, indígenas, desempleados y hambrientos se desparraman por todo el centro de la ciudad gritando consignas contra los españoles que pronto se convierten en consignas contra los ricos sin distinguir ya entre españoles y criollos. En una primera fase se ataca a los españoles, empezando por los odiados oidores de la audiencia, como Infiesta y Hernández de Alba, cuyas casas son saqueadas mientras los dueños escapan por un pelo. Se pasa luego a los negocios de comerciantes españoles y las gentes los atacan, saquean o incendian. Y a continuación les va llegando el turno a los criollos ricos, a sus casas y a sus bienes.

Es un verdadero motín, algo que los conspiradores no habían previsto en absoluto. Ni los criollos ni las autoridades españolas saben

qué hacer. Estas últimas se reúnen en la sede del virrey junto con varios jefes de las tropas exigiéndole a Amar que ponga orden. La virulenta esposa del virrey reclama que los militares ataquen a los amotinados, cosa que el coronel Juan Sámano, el cruel y cobarde jefe de la tropa, se muestra dispuesto a hacer. Pero Amar es un hombre viejo, timorato e indeciso y prefiere esperar, cosa que evitó un brutal baño de sangre. Por lo pronto la indecisión favorece a los amotinados, que ven que nadie los reprime y ya habiendo atacado las propiedades de los españoles esas masas sin dirección ni consignas claras se han lanzado desde mediada la tarde contra las casas y los negocios de los criollos ricos provocando la huida de estos. De todos modos, la explosión popular empieza a perder fuerza con el caer de la tarde porque los amotinados son casi todos indígenas y campesinos de las afueras y cercanías de Bogotá, que deben regresar a sus aldeas o a sus comunidades antes de que oscurezca del todo, y es por eso que empiezan a replegarse hacia ellas y a dejar libre el centro de la capital.

Al ver lo que pasa, Amar se muestra satisfecho de no haber ordenado una peligrosa e incontrolable matanza. Pero los conspiradores criollos se sienten en cambio frustrados, porque hasta entonces no han logrado nada. Las propiedades de muchos de ellos han sido dañadas, varios de los conjurados han debido huir y esconderse, no se ha logrado instalar ninguna Junta, y el repliegue de las masas del centro de la ciudad equivaldría al fracaso total del movimiento, pues sin esas masas en la calle ellos carecen de medios de presión sobre el virrey y sobre los españoles, y porque, aunque todavía permanece alguna gente en la plaza Mayor y en su retirada buena parte de los amotinados debe pasar por ella, lo cierto es que de vaciarse el centro de Bogotá se quedarían indefensos ante la ofensiva que se les vendría seguramente encima por parte de Amar, de la audiencia y de las tropas peninsulares.

Entonces se produce un audaz intento de salvar la situación del desastre. Uno de los conspiradores criollos aparece en la plaza y asume el liderazgo del proceso. Se trata de José Acevedo Gómez, integrante de la élite bogotana y miembro del cabildo de la capital. Consciente de que hay que detener la retirada de las gentes de la plaza, Acevedo

Gómez entra al local del cabildo, reúne a varios de los dirigentes criollos, y desde el balcón del cabildo trata de detener la retirada llamando a las gentes a permanecer en la plaza. Se autocalifica de *tribuno del pueblo*, título que le ha reconocido la historia oficial colombiana, se dirige a los escasos grupos, curiosos en su mayoría, que aún se hallan frente al cabildo, y empieza a constituir la Junta de gobierno lanzándoles nombres de candidatos para integrarla, nombres que son los de los criollos elitescos que encabezan la conspiración del día. Y a medida que propone los nombres, Acevedo da por electos a los nombrados. Así, de esta manera arbitraria y mediante esta inconsistente consulta, en la que de todos modos hubo inútiles pitas y rechiflas contra algunos de los nombrados, se crea al fin, por obra del audaz Acevedo, la Junta, que queda integrada por los dos Pey, Juan José y Juan Bautista; Manuel de Pombo, José Sanz de Santamaría, Camilo Torres, Joaquín Camacho, Francisco Morales, Luis Caicedo, Frutos Joaquín Gutiérrez, Pedro Groot, José María Moledo, Antonio Baraya, Sinfonso Mutis, Juan Francisco Serrano, Ignacio Herrera, por el mismo Acevedo Gómez, y varios otros.

El intento de Acevedo Gómez es audaz pero inseguro porque la mayoría del cabildo, aun siendo criollo, no se atreve a legitimar una Junta electa de esa manera. Y la indecisión aumenta al mismo ritmo al que disminuye la presencia de gente en la plaza, todo lo cual anuncia lo que parece ya inminente: una ofensiva de las autoridades españolas, un rechazo de la Junta, la mayoría de cuyos miembros, dispersos como producto del motín popular, ni siquiera están presentes, y un encarcelamiento y juicio para los conspiradores.

Y es entonces, ya entrando la noche, que la situación da un vuelco rotundo y la conspiración triunfa en forma tan rápida como sorpresiva. Cuando ya todo se cree perdido, la plaza empieza de nuevo a llenarse de gente. Es una multitud enorme, y esta vez no se trata de los campesinos e indígenas de la cercanía de Bogotá sino de la gente de los barrios de la capital. Es gente del pueblo, que acude a la plaza en grandes grupos, con rudimentarias armas escondidas entre las ropas y antorchas que esgrimen en las manos. Son artesanos, trabajadores,

desempleados, pobres, miserables, excluidos, hombres y mujeres, habitantes de los barrios de la ciudad, combativos, y decididos a radicalizar la situación reclamando un cabildo abierto para designar una Junta y exigiendo la renuncia o destitución del virrey. Y es entonces cuando la plaza empieza por fin a oler a revolución.

El líder de esa multitud combativa y clara en sus consignas es otro criollo, el verdadero héroe de la jornada, al que en cambio la historia oficial no califica de tribuno del pueblo sino de chispero, joven revoltoso y hasta peligroso agitador. Se trata de José María Carbonell, un criollo joven que ha participado de la conspiración del día pero que no se identifica con las posiciones conservadoras de esa oligarquía bogotana de la que procede sino con las propuestas revolucionarias y populares de Antonio Nariño, el radical prócer neogranadino que se encuentra entonces prisionero en las bóvedas de Cartagena. Carbonell quiere defender los derechos de los sectores populares; y ha pasado la tarde, junto con otros jóvenes y estudiantes, movilizándolo y organizando a las gentes de los barrios bogotanos, en particular las de San Victorino, el más populoso e importante de esos barrios, para acudir al centro a reclamar la constitución de una Junta criolla y la destitución del virrey Amar. Y es esa la consigna que trae esa multitud organizada y combativa, de modo que lo que en un principio parece venir en ayuda de Acevedo y de los otros criollos pronto se va a revelar problemático para ellos, temerosos como son de ese radicalismo y de esa presencia popular tan inesperada como molesta porque les es imposible manipularla como quisieran.

De entrada, Carbonell y los recién llegados a la plaza comienzan rechazando las designaciones hechas por Acevedo y exigiendo a gritos un cabildo abierto que elija una Junta realmente representativa. Ante la presión de la multitud los asustados miembros del cabildo le solicitan al virrey que convoque a cabildo abierto, ya que esto es atribución suya. Amar por supuesto se niega. Carbonell y los jóvenes dirigentes que lo acompañan se van entonces a las iglesias y echan las campanas a rebato. Al llamado, las gentes se lanzan a las calles y acuden a la plaza Mayor. La llenan; y los testigos calculan la multitud en 9.000

personas, cifra impresionante que es casi la mitad de la población de la ciudad. Se exige a gritos al virrey que convoque a cabildo abierto. Ya avanzada la noche se designa una comisión de la que forma parte Carbonell para convencer a Amar. La discusión entre ambos es fuerte y el choque es impedido por varios mediadores. La comisión se retira al cabo a la plaza a esperar la decisión del virrey. No teniendo otra alternativa, Amar acepta negociar, pero no con Carbonell sino con los oligarcas criollos moderados, y luego de hacerse esperar envía a la plaza un mensajero proponiendo un cabildo extraordinario pero no un cabildo abierto. Los criollos moderados no esperaban otra cosa y aceptan la propuesta confiados en que van a lograr legalizar la Junta que Acevedo ha impuesto al caer la tarde. Las masas en la plaza protestan, lo que empieza a unir contra ellas al virrey y a los criollos moderados. Estos le proponen a Amar que le entregue el mando de las tropas al cabildo y el virrey se ve forzado a aceptar, pasándole así a los criollos moderados la responsabilidad de enfrenar al pueblo bogotano en caso de ser eso necesario.

Por lo pronto la presión popular solo sirve para ayudar a los criollos moderados a conquistar esa madrugada —porque la noche ya está terminando y el pueblo empieza a retirarse— su primera victoria, que en realidad ni siquiera mantiene la propuesta de la tarde. Carbonell y las gentes de la plaza han seguido reclamando cabildo abierto. Amar envía un delegado a negociar. Se le exige que acepte la Junta de la tarde y el delegado dice no estar en capacidad de decidir eso. Entonces los criollos del cabildo lo retienen y envían a Morales a presionar al terco virrey. Morales le ofrece entonces a Amar la presidencia de la Junta; y Amar, apoyado por la virreina, se niega porque eso reduce sus atribuciones. Morales le responde que tendrá que enviar tropas a la plaza a masacrar al pueblo; y a Amar no le queda otro camino que ceder y aceptar la Junta. Así, la actitud conciliadora de los criollos moderados hace que el resultado de todo este forcejeo sea una Junta aun más derechista que la de la tarde, porque queda presidida por el virrey y debe hacer una clara declaración de que su objetivo es defender los derechos de Fernando VII y de que reconoce al Consejo de

Regencia. En realidad esto no es problema para ellos, ya que todos son monárquicos y profundamente conservadores, empezando por el más godo, Camilo Torres, que se declara opuesto a asociar a la Junta con cualquier idea de independencia o algo similar. Y el propio Acevedo Gómez, el tribuno oficial del día, ha sido, junto con los otros criollos de la élite, los miembros de la Junta, uno de los organizadores y promotores de las fiestas de Jura de Fidelidad al “amado rey Fernando VII” que tuvieron lugar en Santa Fe el 11 de septiembre de 1809 y que se caracterizaron por emotivas demostraciones de amor y veneración del pueblo bogotano, ricos y pobres, españoles y criollos, para con el soberano depuesto.

Lo original del proceso neogranadino es que la historia de la Junta no termina aquí, porque a lo largo de los días y semanas que siguen ese pueblo bogotano frustrado la primera noche lleva a cabo una lucha frontal contra la oligarquía criolla y las autoridades españolas hasta que al fin se vea obligado a replegarse como producto de medidas represivas que lo desorganizan y derrotan, al menos sin llegarse a un baño de sangre. La lucha se reanuda en la mañana del propio 21 de julio. La sorpresa de los cabildantes criollos es grande cuando hallándose reunidos con el virrey, no en el cabildo sino en el palacio virreinal, para integrar y juramentar la Junta, se enteran de que una gran marcha popular, una multitud enorme, encabezada otra vez por Carbonell y procedente de los barrios bogotanos, viene hacia el centro, hacia la plaza Mayor, al parecer armados y lanzando consignas contra los españoles, en especial contra el virrey y los oidores de la audiencia. La reunión se disuelve de inmediato, el virrey se encierra en su palacio y los criollos regresan al cabildo.

Comienza así la segunda fase de esta lucha entre el pueblo bogotano y la oligarquía criolla, ahora aliada al virrey y a los españoles. Es mediodía. La multitud llena la plaza Mayor. Carbonell y quienes lo acompañan reclaman ahora a la Junta la destitución del virrey, el encarcelamiento de Infiesta, de Hernández de Alba y otros odiados oidores, y la liberación de algunos presos políticos del pueblo. La Junta trata de calmar a las gentes pero lo que consiguen con ello es

radicalizarlas haciendo que se lancen a hacerse justicia por su cuenta. Grupos populares asaltan y saquean no solo las casas de los oidores sino también las de algunos miembros de la Junta, que a duras penas logran escapar con vida. Asaltan el convento de los capuchinos donde está uno de los detenidos, Rosillo, y lo llevan en triunfo a la plaza Mayor. La Junta, atemorizada, no sabe qué hacer. En la calle, el pueblo, que acaba de descubrir la libertad que hasta entonces se le ha negado, reclama otras medidas. Los oidores han sido capturados y Carbonell y las gentes exigen que se los engrille y lleve a la cárcel con los presos comunes. La Junta accede. Pero se hace otra vez de noche, varios sacerdotes tratan de aplacar a la multitud y ésta termina por calmarse y retirarse hacia sus barrios.

El día siguiente es tranquilo en el centro de Bogotá. Carbonell y los líderes populares que lo siguen se dedican a la organización. Carbonell convoca a los jefes de los barrios a una reunión en el barrio de San Victorino y se crea una Junta Popular que preside Carbonell, suerte de Club Jacobino o Sociedad Patriótica, como la de Caracas. En esa Junta empiezan a plantearse y se siguen discutiendo en los días siguientes temas revolucionarios como la soberanía popular, los derechos de los pueblos, la libertad de los oprimidos y la necesidad de enfrentar a los explotadores, tanto españoles como criollos. El día siguiente, 22 de julio, Carbonell denuncia a la Junta Suprema como alianza de oligarcas criollos y burócratas españoles y llama a desconocer a Fernando VII, a encarcelar al virrey Amar y a luchar por que se declare de una vez la independencia, insistiendo en que para lograr estos objetivos la organización popular, la unidad del pueblo y la presencia en las calles son esenciales.

Mientras esto se mueve en los barrios, en el centro de la ciudad los criollos de la Junta llevan a cabo una gran demostración pública de fidelidad a Fernando VII y se dedican a fortalecer el control de la milicia ciudadana que han obtenido en la madrugada del 21, todo con la idea de prepararse para enfrentar la nueva manifestación popular que esperan para el 23. Al comenzar la mañana de ese día, la Junta, por orden de Torres y Pey, hace colocar un inmenso retrato de Fernando

VII en el balcón de la casa del cabildo y sitúa a la milicia en la plaza Mayor, con la doble misión de rendir homenaje a quien la Junta califica de amado soberano y de impedir o dificultar el acceso a la misma del pueblo pobre bogotano, al que en cambio acusa de ser una turba generadora de desmanes. Las autoridades todas, Amar, Torres, Pey y el resto de la Junta, desfilan ante el retrato de Fernando rindiéndole honores y Torres lee el primer decreto de la Junta, obra suya, en el que se ratifica a la religión católica, apostólica y romana como única religión, se proclama que el objetivo de la Junta es defender los derechos del depuesto soberano español, el amado rey Fernando VII, al que se espera ver pronto restituído en el trono, se llama al pueblo a amar y tratar como hermanos a los españoles europeos, se prohíbe alarmar a la población con toques de campanas, y se ordena a los que tengan que reclamar algo que lo hagan por intermedio del síndico procurador integrante de la Junta. Pero, por las dudas, el mismo decreto faculta además a la Junta para crear de inmediato una Guardia Nacional y cuatro regimientos de caballería.

La gente de los barrios no se aparece por el centro ni ese día ni el día siguiente, 24, pero en la tarde de ese último día Carbonell y sus camaradas se mueven por los barrios alertando a las gentes contra la traición de la Junta y llamando a una gran marcha para el 25 a objeto de lograr la destitución y encarcelamiento del virrey y de su esposa. Esa mañana del 25 Carbonell denuncia que desde el palacio virreinal se prepara un ataque con cañones contra el pueblo. Las gentes de los barrios se lanzan a la calle, marchan hacia el centro y lo toman y exigen a la Junta que se allane el palacio del virrey, que se decomisen las armas y que se encarcele a Amar y a la virreina. Varios miembros de la Junta se ven forzados a registrar el palacio y vuelven a la sede del cabildo diciendo que no hay armas, cosa que las gentes no aceptan mientras siguen reclamando que se haga presos a Amar y a su mujer. La Junta no se atreve a emplear la milicia y cede a la presión. El propio Amar accede a ser encarcelado en el Tribunal de Cuentas mientras su esposa es llevada a un convento de monjas, el de Santa Gertrudis. Alcanzado su objetivo, las gentes de los barrios se retiran mientras la Junta decide

actuar. La reunión que realiza para tomar decisiones es tensa. Algunos miembros, como Torres y Pey, se inclinan por la represión y el uso de la milicia. Otros, como Herrera, se oponen porque no quieren actuar como los odiados oidores de la audiencia. Pero es la posición de Torres la que se impone y se empieza a pensar en apresar a Carbonell. El resultado inmediato de la reunión es un decreto, redactado por Torres, que condena las marchas y exige a las gentes permanecer en sus casas y hacer sus reclamos por medio de los párrocos.

El 26 es día tranquilo. La Junta se entera de que al fin está por llegar Villavicencio, cuya llegada ya no le interesa. Pero otra noticia que conoce sí le importa mucho: que ya viene un nuevo virrey, Francisco Javier Venegas, designado por el Consejo de Regencia en reemplazo de Amar. Los criollos deciden recibir a Villavicencio pero sin reconocerle su condición de mensajero del Consejo de Regencia, y rechazar como nuevo virrey a Venegas, haciéndole saber, si llega a desembarcar en Cartagena, que no será reconocido, lo que obliga poco después a Venegas a dirigirse a México, donde sí asume el cargo de virrey. Esta decisión, producto de la dinámica de la situación bogotana y de la presión del pueblo de los barrios, al que los criollos temen, lleva a esa Junta moderada y conservadora a asumir en este caso una posición de enfrentamiento inevitable con el poder español encarnado en el Consejo de Regencia.

Tras varios días de calma, el enfrentamiento entre la Junta y las masas populares bogotanas se reanuda con más fuerza al comenzar el mes de agosto. Todo empieza con un hecho insólito. El 6, aniversario de la fundación de Bogotá, la Junta, que se supone patriótica y enfrentada al poder español, organiza una fiesta solemne para celebrar la Conquista española, paradoja que apenas podría explicarse por la condición aristocrática de esta oligarquía criolla, que no solo se siente heredera de los conquistadores españoles sino más española que los propios peninsulares, algo que Camilo Torres había planteado ya en el *Memorial de Agravios* que redactó, aunque no pudo ser enviado, dirigido a la Junta Suprema española en 1809. Otras decisiones de la Junta, aprobadas en los días siguientes, empiezan a inquietar al pueblo

bogotano. El Club revolucionario de Carbonell, que ha creado Juntas populares en los barrios, decide una nueva movilización contra Amar y su mujer. La Junta se entera pero no se atreve a reprimir de frente a la gente de los barrios. Y el 13 de agosto en la mañana, en una movilización mejor organizada que las anteriores, las masas de los barrios marchan otra vez hacia el centro de Bogotá, y antes del mediodía toman la plaza Mayor y sus alrededores. Las milicias de la Junta tienen que retroceder ante la presencia de esa inmensa marea humana limitándose a proteger las sedes de las instituciones oficiales, en especial el Tribunal de Cuentas, previendo un ataque contra el virrey. La multitud lanza consignas contra Amar y contra la virreina y exige que se los engrille y traslade a la cárcel pública al lado de los presos comunes. Los oligarcas criollos de la Junta se quedan de nuevo sin saber qué hacer. No pueden aceptar la exigencia del pueblo pero tampoco se atreven a reprimirlo con la tropa provocando una matanza de consecuencias impredecibles. Y otra vez se ven forzados a ceder.

Mientras deciden, parte de la multitud se lanza hacia el Tribunal de Cuentas para sacar al virrey por la fuerza. Es entonces que la Junta cede. Amar es sacado del Tribunal por la caballería, que lo conduce a la cárcel común, mientras el pueblo grita y lo amenaza pero sin agredirlo. La que lo pasa mal es la virreina. Se la saca del convento, escoltada y protegida, para llevarla, a través de un largo recorrido, al Divorcio, nombre de la cárcel común de mujeres, pero un grupo grande y violento de mujeres del pueblo logra romper la barrera formada por la escolta y la agreden de palabra y de hecho, con insultos, golpes y empujones. Logrado el objetivo de encarcelar a los virreyes, el pueblo de los barrios bogotanos, para celebrar su victoria, organiza en el centro de Bogotá una gran fiesta que dura hasta entrada la noche, cuando vuelven de nuevo a sus suburbios.

Esa fue la última victoria, victoria bastante relativa en verdad, de ese pueblo de los barrios bogotanos. Esta vez la Junta, que por cierto no dejaba de beneficiarse con la prisión del virrey, ya que esto, por obra del pueblo y no suya, lo eliminaba del juego político en forma definitiva, decidió tomar medidas firmes para acabar con el protagonis-

mo popular y con sus marchas y protestas. De entrada decidió realizar al día siguiente, 14 de agosto, en la plaza Mayor, que fue tomada por la tropa para tal efecto, un gran acto reuniendo en él a toda la “gente decente” de la ciudad, esto es, a la oligarquía y a los sectores medios, tanto criollos como españoles, para mostrar su fuerza (lo que no resultó muy exitoso porque la escasa concurrencia no podía compararse con la enorme multitud del día 13) y sobre todo para desagruar al virrey y a la virreina. Los miembros de la Junta acudieron a la cárcel a liberar al virrey y las damas de la sociedad fueron hasta el Divorcio a rescatar a la virreina. Se les rindió honores, se los instaló de nuevo en el palacio virreinal, se los desagruó a ambos, se les hicieron diversos homenajes; pero, eso sí, no se les devolvió el poder. Y al día siguiente, la pareja virreinal salió para Cartagena rumbo a España dejando incluso la mayor parte de sus bienes embargados, sujetos a una suerte de juicio colonial de residencia. Mientras tanto, la Junta tomaba medidas contra los sectores revolucionarios del pueblo. La caballería entró finalmente en los barrios, el local del Club Revolucionario fue allanado y el Club clausurado, y Carbonell y sus principales camaradas fueron encarcelados.

Terminó así esta batalla del bajo pueblo bogotano contra la oligarquía capitalina. Los grupos revolucionarios terminaron derrotados. Y las victorias que obtuvieron sirvieron más a la oligarquía que a ellos mismos porque puede decirse que en cierto modo realizaron de manera plebeya tareas decisivas que la exquisita, educada y conservadora oligarquía no se atrevía a llevar a cabo, como exigir un cabildo abierto, como encarcelar y engrillar a los odiados oidores y acabar con la audiencia, y como hacer destituir, encarcelar y sacar del camino al estorbo virrey Amar, lo que dio el poder pleno, no a ellos, al pueblo, sino a la minoría oligárquica criolla que era dueña de la Junta, la cual pudo así cobrar como suyas esas victorias populares. Al menos esa lucha sirvió para despertar a un pueblo hasta entonces pasivo, como el bogotano, para hacerle descubrir su fuerza de calle y enseñarle que los triunfos populares son difíciles de obtener y que exigen siempre mucha organización y contribuir a forjar contextos más favorables o aprovecharse mejor de ellos.

Pero esta batalla popular, encabezada por Carbonell, contra las posiciones moderadas de la oligarquía criolla bogotana, no aparece reflejada en los sesgados documentos redactados por los líderes de esa oligarquía, ni en la carta de Acevedo Gómez que se publicó entonces ni en los minuciosos recuentos que se hacen en el *Diario Político de Santa Fe de Bogotá* dirigido por Camilo Torres, en todos los cuales se tiende a ignorarla, a señalarla muy de paso, o a fundirla con la que los líderes oligarcas dirigieron, como si fuera la misma cosa. Y vale la pena señalar que la historia oficial colombiana celebra el 20 de julio de 1810 como fecha de declaración de la Independencia, disimulando el conservatismo monárquico de Camilo Torres, simplificando y manipulando la larga y compleja lucha de ese día para lograr la Junta, destacando como protagonista solo a Acevedo Gómez para disminuir así el papel de Carbonell, o ignorarlo, y embelleciendo la truculenta historia del florero que le sirvió de punto de partida. Esto no solo trata sutilmente de hacer olvidar que la primera indiscutible declaración de independencia es la de Venezuela, el 5 de julio de 1811, sino que intenta atribuir al Acta que esa noche del 20 de julio, en realidad madrugada del 21, dio origen a la Junta Suprema bogotana propósitos y declaraciones independentistas que en realidad esta no contiene en absoluto.

Porque la verdad es que hay que estar armado de la mejor disposición y meterle una buena lupa al documento de la Junta santafereña, enmendado varias veces, para poder encontrar, en medio de sus declaraciones de fidelidad y veneración a Fernando VII, de su reconocimiento al Consejo de Regencia (que solo se abandona días después), y de su llamado a la unión y al amor entre españoles de España y de América, algunas frases sueltas y unos cuantos conceptos aislados (como voluntad general, como disposición de integrar a las otras provincias en un proyecto constitucional) que puedan sugerir —o que permitan decir— que detrás de todo ese confuso fárrago conservador-realista y de esa leguleyería conservadora se oculta una declaración de independencia.

No hay tal. Es la dinámica de la situación; la fuerza del movimiento verdaderamente popular y republicano, que estalla por toda la Nueva Granada dando origen a nuevas revueltas y a nuevas Jun-

tas, como las de Pamplona y El Socorro, y manteniendo viva a la de Cartagena, que es la primera Junta neogranadina, constituida desde mayo de 1810, y que sí declara su independencia el 11 de noviembre de 1811; y la agresiva respuesta española contra esos movimientos republicanos y contra la propia Junta bogotana lo que llevan a esta a empezar a asumir posiciones más firmes y a actuar de hecho como un movimiento independentista, que por lo demás pronto enfrenta a Cartagena con Bogotá, y se divide entre una corriente federalista, encabezada por el oligarca Camilo Torres, y otra centralista, liderada por el revolucionario Nariño, que es quien hace aprobar, pero dos años después de la creación de la Junta bogotana, en julio de 1813, la declaración de independencia de Cundinamarca.



6. CHILE. LA JUNTA DE SANTIAGO, 18 DE SEPTIEMBRE DE 1810

El proceso que lleva a la creación de la Junta de Santiago y que sirve de punto de partida a la subsiguiente lucha por la independencia chilena —o al menos a su primera etapa, la llamada de la Patria Vieja— se da dentro del marco común a otros procesos similares y contemporáneos que llevaron, en esos años que van de 1808 a 1812, a la creación de Juntas en la mayor parte de las otras dependencias coloniales de la América entonces española. Pero ese proceso inicial destaca por algunos rasgos específicos, propios de las peculiaridades de la sociedad chilena de esos comienzos del siglo XIX, rasgos que condicionan en buena parte la creación de la Junta criolla del 18 de septiembre de 1810 y el desenvolvimiento mismo del proceso independentista que arranca de esa fecha.

Como admite la mayor parte de los historiadores estudiosos de la sociedad colonial chilena de esos primeros años del siglo XIX, en ella, igual que en el resto de la América hispánica, se vive una tensión permanente entre la burocracia española que dirige el país y monopoliza la política, la administración pública y buena parte del comercio, y la élite criolla que controla la propiedad de la tierra, es dueña de estancias o haciendas y explota a las masas trabajadoras del campo (campesinos, inquilinos sometidos a un régimen servil y una minoría de esclavos negros más bien dedicados al servicio doméstico), es decir, que controla gran parte del poder económico pero quiere acceder al

poder político, o al menos compartirlo en condiciones de igualdad con los peninsulares.

Y lo que esa elite criolla se plantea en principio es eso: compartir con la burocracia española el poder, por supuesto dentro de un régimen colonial que en lo esencial no cuestiona porque, salvo uno que otro revolucionario marginal carente de peso, esos criollos elitescos, como en las otras colonias hispánicas, son monárquicos, partidarios de cambios políticos moderados y pacíficos, admiradores de la Ilustración europea centrada en Francia y de la Revolución norteamericana pero enemigos de la Revolución francesa, pues le temen a cualquier cambio social que pueda despertar la conciencia de las masas y llevarlas a cuestionar a fondo el sistema socioeconómico del que ellos son los principales beneficiarios.

Pero esa sociedad chilena presenta al mismo tiempo algunos rasgos propios que es necesario señalar para entender tanto el comienzo como la evolución inicial del proceso independentista. Y hasta para entender su evolución definitiva, aunque en este corto análisis solo intento referirme a la creación de la Junta santiaguina de septiembre de 1810 y a los primeros años de la lucha chilena por la independencia.

Un primer aspecto que resalta es que la clase dominante chilena de entonces parece haber sido más homogénea que las de otras colonias hispanoamericanas, lo que, sin excluir el peso de diferencias sociales y de poder económico dentro del sector criollo y las inevitables diferencias y rivalidades sociales que se generaban en su seno, amortiguaba al menos un tanto la conflictividad interna propia de la desigualdad social inherente a esa estructura colonial. Y hasta reducía en cierta medida, salvo en momentos muy conflictivos, la rivalidad y las tensiones con la élite peninsular dominante, emparentada en Chile con familias criollas, igual que ocurría en otras regiones de la América española.

Un segundo aspecto en el que coinciden los historiadores es en admitir que en esa sociedad chilena la explotación y el racismo no muestran los niveles explosivos que alcanzaban en otras partes, como el Alto Perú, Venezuela o México. Chile no es un país rico ni lo es

demasiado su clase dominante. En Chile los esclavos son pocos y domésticos, los campesinos son inquilinos, suerte de medianeros serviles atados a la tierra, y los indios no cuentan mucho, porque de hecho constituyen en su gran mayoría una sociedad aparte, separada incluso en lo territorial; y porque, como su rebeldía ha impedido que se los someta al dominio español o criollo, viven más allá de la frontera marcada al sur por el río Biobío, y para esa sociedad colonial hispano-criolla son más un problema militar ocasional que un problema social permanente.

Y un tercer y último aspecto es que la clase dominante criolla tiene en Chile un nivel de identidad mayor que cualquiera otra de la América española. Ese temprano sentido de identidad deriva no solo de su relativa homogeneidad sino que se alimenta de un componente defensivo que es la oposición con el Perú, porque Chile depende más del virreinato del Perú, centro del poder español en Suramérica, que de la propia España. O al menos así lo sienten los chilenos. Sus exportaciones salen o pasan por el Perú, su economía y su política (Chile es gobernación o capitanía general dependiente del virreinato peruano) están subordinadas al Perú. Y a la élite chilena se le hace cada vez más difícil soportar esa incómoda subordinación.

Además, al producirse la lucha de independencia, es del Perú, centro de la reacción española, que se desencadena el ataque militar enviado por el reaccionario e intolerante virrey peruano Abascal contra ese intento de los criollos chilenos de alcanzar, hasta entonces sin mucho conflicto, una autonomía que consideran justa y que no hace otra cosa que apoyarse para constituir su Junta en la tradición española y en el ejemplo dado por la metrópoli en su lucha contra la invasión francesa y por los derechos de Fernando VII. Y esa agresión peruana mediante envío de tropas y brutales políticas represivas fortalece la identidad chilena porque es vista por la mayoría de la población, víctima de esos atropellos, como una invasión extranjera, sirviendo incluso para unir contra ella a líderes criollos rivales como ocurre en 1814, al menos por un tiempo, con José Miguel Carrera y Bernardo O'Higgins.

Esto dificulta además que en el conflictivo proceso de independencia que sigue a las invasiones peruanas se desate una guerra civil como en otras partes de Hispanoamérica. Hay por supuesto enfrentamiento civil tanto entre criollos patriotas y grupos españoles opuestos a la independencia como también entre los propios grupos de criollos rivales que luchan por el poder, enfrentamiento en verdad agudo, pero no se llega a una guerra civil. Y aunque los españoles y peruanos invasores incorporan a grupos indios de frontera contra los criollos, esto no pesa demasiado. Y además, como la política de los invasores hispano-peruanos es tan brutal (en ella participan algunos criollos) todo eso conduce a fortalecer la unidad de la gran mayoría de los criollos chilenos contra el Perú y contra España y a alimentar aún más con ello, no obstante las rivalidades internas y la lucha por el poder, el sentido de patria y de identidad.

Al final, después de la derrota temporal en 1814 del movimiento patriótico y de su repliegue a Mendoza, a la frontera argentina, donde San Martín prepara un ejército para cruzar los Andes, libertar a Chile e intentar liberar al Perú, la independencia chilena pasa a depender del protagonismo argentino, de San Martín, con la activa participación de líderes criollos chilenos como O'Higgins, los Carrera, Manuel Rodríguez (y también con muchos conflictos internos y rivalidades, como los de los Carrera con San Martín y O'Higgins). Y esa lucha independentista chilena asume claramente la forma de lucha contra el Perú porque San Martín ha entendido —como también lo entienden los chilenos— que sin liberar el Perú no puede haber independencia ni de Argentina ni de Chile, o al menos que no es posible consolidar ninguna de ellas.

Entro ahora a relatar, resumiéndolo, el despertar del proceso independentista chileno desde la crisis de 1808-1809 y la Junta de septiembre de 1810 hasta la derrota de la Patria Vieja en 1814, la brutal represión española que sigue y el inicio de la guerra de liberación que lleva al triunfo de San Martín y O'Higgins y a la declaración de independencia en febrero de 1818.

Puede decirse que el proceso chileno comienza de manera confusa en 1808, antes de la crisis española, porque al producirse en enero

de ese año la muerte del gobernador español, Luis Muñoz de Guzmán, hombre respetado, el cabildo de Santiago omitió seguir la norma impuesta en 1806 desde España que, para evitar inestabilidad momentánea, obligaba a designar como reemplazante inmediato mientras venía otro gobernador o capitán general al militar de mayor graduación de la colonia. La audiencia de Santiago designó a uno de los oidores, lo que provocó la primera expresión de rivalidad entre Santiago y Concepción, la otra gran ciudad chilena, y el primer golpe de Estado. En Concepción, por instigación del abogado mendocino Juan Martínez de Rozas, luego promotor de la independencia chilena, se designó a un viejo brigadier español, García Carrasco, que contaba con respaldo militar; y ante la amenaza, la audiencia se vio forzada a entregarle el poder, que García Carrasco asumió en Santiago en abril de 1808. Los sucesos de España, la crisis española de esos mismos meses, que solo se conocen en Santiago en agosto, no producen otra reacción que no sea la de apoyar todos, españoles y criollos, a Fernando VII el 25 de septiembre y apoyar a la Junta Suprema de Sevilla. Y es el gobierno de García Carrasco el que con su política torpe, corrupta y atropelladora lleva a la crisis interna y a la creación de la Junta criolla de Santiago dos años después.

García Carrasco y su gobierno comienzan en octubre de 1808 implicándose de manera abierta en el asesinato del capitán y la tripulación de una fragata inglesa contrabandista apropiándose de la carga de esta como si fuese botín de guerra, aunque España era entonces aliada de Inglaterra. Más adelante, en 1809, García Carrasco recibe a los emisarios de Carlota Joaquina, la hermana de Fernando VII que gobierna el Brasil portugués con su marido Joao VI, por lo que se le acusa de carlotino y de querer entregarle Chile a los portugueses. El descontento de los criollos comienza a manifestarse. El gobernador empieza entonces a perseguir a los criollos descontentos, y a mediados de 1810 hace apresar y enviar a juicio a Lima a dos notables criollos acusándolos de conspiradores, lo que prácticamente provoca un motín en Santiago. Viendo el peligro de un choque violento, la atemorizada audiencia destituye a García Carrasco el 16 de julio de 1810 y

designa como gobernador interino a un anciano noble criollo de 83 años, Mateo de Toro y Zambrano, conde de la Conquista. De modo que sin nada que ver al menos en forma directa con la crisis española, los criollos chilenos obtienen el poder como producto del pésimo gobierno de García Carrasco, en el que no deja de llamar la atención la presencia de quien luego aparece y actúa como un patriota radical, el criollo argentino Juan Martínez de Rozas.

Pero la crisis española hace entonces su aparición directa. Los criollos santiaguinos quieren ahora controlar todo el poder. La situación española se ha deteriorado, los franceses están a punto de dominar toda España, la Junta sevillana se ha disuelto, dando paso a un cuestionable Consejo de Regencia. Y como en otras partes de la América española (Caracas, Buenos Aires) en las que se han creado Juntas, los criollos chilenos reclaman también una Junta porque al no haber rey en España, al estar España —y con ella América— amenazada de total conquista francesa, y al carecer de legitimidad el Consejo de Regencia, el pueblo (que se supone ellos representan) recupera su soberanía y debe ejercerla mediante una Junta criolla.

Así logran que el dócil Toro y Zambrano convoque a un cabildo abierto para discutir la creación de una Junta. Toro y Zambrano lo convoca para el 18 de septiembre y el cabildo se reúne esa mañana. Asisten 350 miembros de la élite, casi todos criollos y unos cuantos españoles. Toro y Zambrano renuncia entregando el bastón de mando, y su secretario, Argomedo, pide a los asistentes que hagan lo que crean prudente manteniéndose como fieles súbditos del “adorable monarca Fernando VII”. El criollo José Miguel Infante, procurador de Santiago, pide crear una Junta. Los pocos españoles presentes se oponen, pero la aplastante mayoría criolla la reclama; y se decide así crear la Junta, que queda integrada por Toro y Zambrano como presidente, el obispo de Santiago, Martínez de Aldunate, como vicepresidente y por varios vocales y secretarios entre los que se hallan Argomedo, de la Carrera y Martínez de Rozas, que vuelve así al poder.

Como puede verse, se trata de una Junta aristocrática, conservadora, fiel al “adorable” Fernando VII, que no persigue otra cosa que

dar poder a los criollos, que nada tiene de revolucionaria y en la que nadie habla de nada parecido a independencia, porque lo único que toca algo después un tema parecido es una proclama anónima que circula meses más tarde en Santiago, firmada por un tal José Amor de la Patria (cuya identidad nunca se ha aclarado, aunque algunos, no se sabe con qué base, han pensado que el autor era Martínez de Rozas); proclama en la que se proponía crear un gobierno republicano representativo, no obstante que de manera confusa la Junta que debía formarse como expresión del mismo solo tendría el mando mientras durase el cautiverio de Fernando VII.

Pero pese a su carácter conservador, aristocrático y fernandino, la dinámica de la situación va llevando a la Junta, que pronto es dirigida por Martínez de Rozas al morir en febrero de 1811 el conde de la Conquista, a tomar medidas más o menos radicales: crear un ejército que pronto llegó a tener unos 2.500 soldados; establecer relaciones con la Junta del 25 de mayo de Buenos Aires y enviar soldados para apoyarla; decretar la libertad de comercio para obtener mejores ingresos; y convocar un congreso de todas las provincias chilenas para entregarle el gobierno a fin de establecer un régimen representativo. Es indudable que esas medidas implicaban ejercicio de cierta soberanía y acercaban a la Junta poco a poco a la declaración de la independencia y a una confrontación con el poder español o hispano-criollo centrado en el Perú.

El congreso se instala el 4 de julio de 1811 y, dividido entre tres corrientes, no puede hacer gran cosa porque la corriente radical, encabezada por Martínez de Rozas y en cuyas filas empieza a destacar Bernardo O'Higgins, no tiene suficiente peso, pues domina la corriente moderada, a menudo aliada con la conservadora, integrada por algunos españoles y criollos realistas. Y es en medio de esta moderación y falta de decisiones que surge la compleja y contradictoria figura de José Miguel Carrera, joven y dinámico militar criollo de origen aristocrático que junto con sus hermanos pasa a desempeñar un papel central en el proceso independentista chileno. Carrera encabeza un primer golpe de Estado el 4 de septiembre de 1812, que obliga al

congreso a formar una Junta ejecutiva de cinco miembros y a aprobar varias leyes. Una de ellas fue decretar la libertad de vientres, otra demostración de conservatismo y timidez, porque ni siquiera, en un país de pocos esclavos como Chile, se atrevió el congreso a abolir la esclavitud. Carrera promueve un segundo golpe de Estado el 15 de noviembre, que reduce la Junta a tres miembros y lo designa a él para presidirla. Pero no satisfecho con esta medida, provoca un tercer golpe de Estado el 2 de diciembre, cuyo resultado es la disolución del congreso y la asunción por él del poder dictatorial.

A partir de aquí se dan pasos importantes hacia la independencia, aun cuando esta no llega a ser declarada. El gobierno de Carrera adquiere una imprenta y la utiliza para publicar un semanario, *La Aurora de Chile*, a la cabeza del cual coloca a Camilo Henríquez, cura revolucionario influido por el pensamiento de la Ilustración francesa, partidario de la solidaridad hispanoamericana y comprometido con la causa de la independencia. Aunque sin atreverse a declararla, el gobierno de Carrera actúa en forma soberana. Crea una bandera, promueve el uso de una escarapela patriótica y hace publicar una suerte de constitución, el *Reglamento Constitucional Provisorio de 1812* que, aunque sigue reconociendo a Fernando VII como rey y a Chile como parte del Imperio español, establece que ningún decreto, providencia u orden emanados de una autoridad o tribunal que no fuese del propio Chile podría tener vigencia en el territorio de este.

Esto fue suficiente para el virrey peruano Abascal, que inicia desde ese momento la invasión del territorio chileno enviando desde el Perú tropas que buscan apoyo interno en Chile para imponer de nuevo en este el absolutismo y el poder español.

Comienza entonces la lucha armada y las tentativas de los invasores hispano-peruanos para provocar en Chile una guerra civil, igual que en otras partes de la América española. En marzo de 1813 se produce la primera invasión, encabezada por el brigadier Antonio Pareja, la cual, tras lograr cierto apoyo interno, se centra en Chillán, donde acude Carrera a sitiario. Pero el sitio termina en desastre y Carrera es destituido del mando del ejército y reemplazado por su rival

O'Higgins. Pareja enferma y muere; y en marzo de 1814 se inicia otra invasión peruana encabezada esta vez por otro militar español, Gabino Gaínza. Este logra varios éxitos pero ninguno decisivo. De todas formas Carrera pierde el poder y lo sucede un nuevo director supremo, Francisco de la Lastra, quien pide a O'Higgins llegar a un acuerdo con Gaínza. A ambos les conviene, y así se firma el tratado de Lircay el 3 de mayo de 1814.

El tratado obliga a Chile a reconocer su condición de ser parte de la Corona española y a someterse al Consejo de Regencia, pero a cambio se suspende la guerra, y los peruanos se comprometen a abandonar el suelo chileno. El tratado no sirvió de nada porque en Santiago los patriotas más radicales tomaron los cuarteles, destituyeron a Lastra y volvieron a dar el poder a Carrera. O'Higgins corrió a apoyar a Lastra pero al tener noticia de que el virrey Abascal rechazaba el tratado y había enviado a un nuevo jefe militar, Mariano Osorio, a ocupar Chile, decidió pactar con Carrera, aceptar su gobierno y unirse para enfrentar a las nuevas tropas invasoras. La alianza de O'Higgins y Carrera evitó la guerra civil pero no impidió la derrota decisiva de los patriotas, que se produjo en Rancagua el 1 y 2 de octubre de 1814. Osorio toma Santiago y los patriotas chilenos huyen hacia Mendoza, donde San Martín está organizando el ejército de los Andes. Y mientras los hispano-peruanos desatan una terrible represión en Chile, allá en Mendoza, en territorio argentino, se van organizando la resistencia y el ejército que conducen en los años siguientes a la liberación de Chile por las tropas de San Martín y O'Higgins y a la declaración de independencia el 12 de febrero de 1818, primer aniversario de la victoria de Chacabuco.



7. PARAGUAY. LA INDEPENDENCIA CONTRA BUENOS AIRES. LA JUNTA DE ASUNCIÓN, 20 DE JUNIO DE 1811

La lucha del Paraguay por su independencia, igual que la de su vecino Uruguay, aunque siguiendo caminos diferentes, no se produjo solo para independizarse de España sino para liberarse al mismo tiempo de la hegemonía argentina ejercida desde Buenos Aires y para tratar de detener la amenaza representada por las expansivas ambiciones portuguesas a través del Brasil. Paraguay siempre vivió como cercana esa amenaza, que mucho después de lograda la independencia de los tres países mencionados terminó materializándose por medio de la guerra llamada de la Triple Alianza, entre 1864 y 1870, en la que Brasil y Argentina (aliadas en este caso a Uruguay) se encargaron, para complacencia propia de sus clases dominantes y de los intereses imperiales de Inglaterra, de derrotar y desmembrar al Paraguay y de destruir prácticamente su independencia lograda en 1811 y mantenida a un elevado precio.

Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, Paraguay a través de la audiencia de Charcas o Chuquisaca dependía del virreinato del Perú, pero, igual que el Alto Perú, la actual Bolivia, fue incorporado por el gobierno español al virreinato de Buenos Aires o del Plata luego de crearse este último por decisión del rey español Carlos III en 1776.

El Paraguay, es decir, su clase dominante, tanto española como criolla, mostró pronto su incomodidad ante esta incorporación. Las razones abundaban. De entrada, Asunción, la capital paraguaya, aunque ya en decadencia —porque si bien recibió cierta inmigración es-

pañola, sobre todo vasca, el país había perdido población y se estaba haciendo pobre— se consideraba con suficientes motivos una ciudad de mayor tradición que Buenos Aires. Pero las razones principales eran otras, de mayor peso. La intendencia o gobernación de Paraguay, integrada ahora al virreinato del Plata, constituía un país pequeño, aunque en ese entonces incluía el territorio de Misiones. Pese a que la agricultura estaba sujeta a métodos muy rudimentarios, sobre todo después de la expulsión de los jesuitas y la destrucción de sus reducciones en 1767, los productos paraguayos, resultado de una gran fertilidad del suelo, eran ricos y tenían alta demanda: cueros, tabaco, miel, azúcar y sobre todo yerba mate, que se consumía —y se consume— en todo el sur de Suramérica.

Pero la clave de todo, el principal de los motivos de queja, punto de partida de una cierta conciencia identitaria, es que al ser Paraguay un espacio continental, es decir, sin otra salida al mar distinta del río Paraguay-Paraná, el cual desemboca en el estuario del Plata y cuya desembocadura era ya controlada por Buenos Aires, ese control se traducía en diversas limitaciones, peajes, impuestos, medidas abusivas, y en general en una clara sujeción de los paraguayos a los intereses y a la arrogancia de la ascendente élite porteña. Todo esto hacía que, igual que le ocurría a los chilenos con los peruanos, los paraguayos se sintieran tratados por los bonaerenses como una suerte de colonia interior.

Y a esto se sumaba otro peligro causante de permanente rechazo e igualmente promotor de conciencia identitaria: la política expansiva del Brasil portugués, que había crecido a expensas de toda la América española suramericana, que había crecido a través de las expediciones de los *bandeirantes* contra las misiones jesuitas paraguayas, y que estaba dispuesto a engullirse completo al Paraguay (igual que al vecino Uruguay) o al menos a arrancarles la mayor parte de su escaso territorio.

En la estructura social del Paraguay el usual conflicto o rivalidad entre españoles y criollos no llegaba a alcanzar niveles explosivos, aun si había razones para ello. La élite española, renovada en parte, como ya señalé antes, era un grupo pequeño aunque poderoso, porque controlaba la burocracia política y administrativa lo mismo que

el comercio. Y llegó hasta a controlar el cabildo de Asunción, siendo que en todo el resto de la América española los cabildos, opuestos a las audiencias, dominadas por los españoles, eran el centro del poder criollo. Los criollos paraguayos se quejaban además de que los españoles los trataban con desprecio y les impedían o dificultaban el acceso a los cargos. Los criollos, por su parte, eran muchos, buena parte de ellos mestizados desde temprano. La élite criolla la formaban los hacendados o estancieros, dueños de buena parte del poder económico pero ansiosos de poder político. Ellos controlaban la tierra y a los peones de sus haciendas o estancias. Y también la milicia, pues Paraguay enfrentaba la permanente amenaza brasileña, de modo que los peones indígenas de las haciendas solían servir también como soldados. Buena parte de la población indígena estaba integrada, por la vía del peonaje, de la artesanía urbana, del manejo de recuas, del servicio doméstico; y el mestizaje físico, cultural y lingüístico (la población era en su casi totalidad bilingüe) era importante.

Aunque al principio sus límites no son claros, se van definiendo tres corrientes entre la élite hispano-criolla paraguaya: la realista, formada por la casi totalidad de los españoles, partidaria de la monarquía y la sujeción a España; la porteña, minoritaria pero con cierta influencia, partidaria del virreinato y de la relación con Buenos Aires, aunque en algunos casos exigiendo que esta fuese menos desigual; y la calificada más tarde de nacional o patriótica, que va madurando y creciendo luego, al calor de la crisis española, de la invasión francesa de España, de la creación de las Juntas americanas y sobre todo de la prepotencia y las torpezas de los patriotas bonaerenses. Cercana al principio a la realista o integrada a ella para enfrentar a Buenos Aires, esa corriente termina asumiendo un perfil más definido, siendo partidaria de sacudir al mismo tiempo el dominio español y la sujeción a Buenos Aires, esto es, de conquistar la plena independencia, proceso que, en lo que sigue, intento resumir en lo esencial.

Como en toda la América entonces hispánica, es la ya comentada crisis española de 1808 y su desarrollo ulterior lo que hace aflorar las contradicciones latentes de la sociedad colonial paraguaya y sirve

como detonante que da inicio al proceso de lucha por la independencia. Y siendo Paraguay parte del virreinato de Buenos Aires, es el movimiento que se produce en la capital porteña en mayo de 1810 y que lleva a la constitución de la Junta bonaerense del 25 de ese mes lo que precipita en Asunción las cosas. Pero el resultado inmediato no es la independencia ni la unión al movimiento juntista de la capital argentina sino la ratificación de la dependencia de España. En efecto, en Paraguay gobierna como intendente el español Bernardo de Velazco, que ha reemplazado al anterior gobernante, Lázaro de Rivera, personaje conflictivo rechazado por los criollos, y que disfruta en cambio hasta entonces de bastante aceptación. La Junta de Buenos Aires comete el error, primero de una larga lista, de enviar como emisario en junio de 1810 al criollo argentino José Espínola y Peña, que había sido antes secretario del cuestionado Rivera y que contaba con similar rechazo de parte de los criollos asunceños. Velazco se mueve rápido y antes de que Espínola llegue a la capital paraguaya lo confina en Concepción, de donde Espínola escapa, regresando a Buenos Aires. Y entonces Velazco convoca al cabildo que, a diferencia de otras partes, en Asunción, como dije, está dominado por los españoles. Se trata de un cabildo abierto calificado de asamblea provincial, que se reúne el 24 de julio de 1810. Además de las autoridades y cabildantes asisten miembros del clero, militares, vecinos importantes, tanto españoles como criollos, y algunos delegados venidos del interior.

Velazco domina la reunión; y esta aprueba ratificar la fidelidad paraguaya a Fernando VII y reconocer al Consejo de Regencia español, mantener relaciones armoniosas con Buenos Aires pero sin reconocer a la Junta argentina, y organizar una Junta de guerra y alistar hombres para defensa de la provincia (evidentemente para enfrentar a los porteños, ya que se cancela el comercio con Buenos Aires y se colocan buques para defender el río Paraguay de cualquier posible ataque). Es decir, que el Paraguay comienza el proceso que lleva a la independencia declarando proespañola a la provincia y preparándola para oponerse por las armas a la junta patriota bonaerense.

Y la Junta de Buenos Aires comete un nuevo error, aun más grave: no intenta primero negociar con los paraguayos sino que de una vez envía, a fines de 1810, una expedición militar al Paraguay, al que los patriotas porteños consideran no sin razón como provincia rebelde. Para dirigir el cuerpo militar argentino, de 700 hombres, entre los cuales hay algunos paraguayos, es designado Manuel Belgrano, uno de los líderes radicales porteños, que es hasta entonces solamente un abogado y no un militar. Las tropas argentinas entran al Paraguay y avanzan sin encontrar resistencia pero tampoco apoyo. Los paraguayos no se dejan ver, y Belgrano comienza a temer un ataque sorpresivo. Y se produce no uno sino dos ataques. En el primero los paraguayos, españoles y criollos, encabezados por el gobernador Velazco, lo esperan en Paraguay, donde el 19 de enero de 1811 tiene lugar el choque. La batalla es desordenada de ambos lados; y Velazco, creyéndola perdida, huye con los españoles antes de que esta se decida. Pero los criollos (Cabañas, Gamarra, Caballero y Yegros) continúan el ataque y derrotan a Belgrano, aunque la derrota de este no es definitiva. Belgrano reorganiza sus tropas y se repliega con ellas hacia el sur, hacia el río Tacuary, donde de manera sorpresiva los criollos paraguayos lo atacan de nuevo el 9 de marzo. Viendo inminente la derrota, Belgrano envía un mensaje a Cabañas, el jefe de los paraguayos, pidiendo cesar las hostilidades y prometiendo la retirada de su ejército.

En la reunión de jefes argentinos y paraguayos que se produce a continuación, el derrotado Belgrano trata de convencer a los vencedores (Cabañas, Gamarra, Yegros y Caballero) de que su objetivo no era someterlos por la fuerza sino incorporarlos a la lucha por la causa patriota, mensaje que, aunque habría sido más efectivo de haberse producido antes de la invasión y para tratar de evitarla, deja su huella de todos modos en varios de esos líderes paraguayos. Y Belgrano, después de su retirada, trata de profundizar esa huella enviándoles reiteradas cartas con igual propósito.

Los criollos paraguayos, eufóricos por su triunfo, se aprovechan del descrédito de Velazco, tachado de cobarde a partir de su fuga de Paraguay y del descontento provocado por varias injustas medidas

que toma en los días siguientes a la victoria, para tratar de apoderarse del poder y desalojar del mismo a la minoría española.

Empiezan a conspirar y a reunirse en Asunción. Los ayuda además el hecho de que Velazco, temiendo lo que viene, entra primero en contacto con un mensajero enviado desde Brasil por Carlota Joaquina, la hermana de Fernando VII, que aspira a la regencia de las colonias españolas, lo que hace que se lo acuse con razón de carlotino; y luego se pone en contacto con los portugueses que desde el Brasil quieren invadir el Paraguay con el pretexto de oponerse a la amenaza de rebelión criolla, lo que hace que incluso con mayor razón los líderes criollos lo consideren un traidor.

Ante el temor de ser descubiertos o delatados, los criollos, encabezados por Pedro Juan Caballero, porque el líder principal, que es Fulgencio Yegros, se encuentra en misión cerca de la frontera, adelantan el golpe para la noche del 14 de mayo de 1811. Troche, el capitán que está al frente del cuartel de infantería de Asunción, le entrega el mando de la tropa a Caballero y le da armas a los otros conjurados. Los soldados se echan a la calle gritando contra Velazco y pidiendo independencia.

Pero el objetivo de los conspiradores se revela más moderado. No se atreven a destituir a Velazco. Se conforman con compartir el poder. Caballero le exige a Velazco que acepte incorporar al gobierno a dos diputados criollos. Velazco se niega. La noche se pasa en negociaciones hasta que en la madrugada del 15 de mayo los criollos hacen colocar varios cañones ante la casa de gobierno y le dan un ultimátum. Velazco capitula, y mientras grupos de gente y de soldados celebran en las calles, se integra un gobierno provisional presidido por Velazco pero del que forman parte los dos diputados: Juan Valeriano de Zeballos, español, pero comprometido con los criollos, y José Gaspar Rodríguez de Francia, el doctor Francia, criollo revolucionario partidario de la independencia, que ha sido uno de los promotores de la conspiración y que hace así su entrada como protagonista en el proceso de lucha independentista del que pronto se convierte en líder fundamental y luego en líder exclusivo.

La lucha continúa y empieza a radicalizarse. Desde el gobierno provisorio, Velazco sigue conspirando con los portugueses y llamándolos en secreto a invadir el país. Al descubrirse su traición, los criollos lo destituyen el 9 de junio y emiten un bando explicando las razones a la población. Convocan a un congreso general con representantes de toda la provincia, el cual, con 160 delegados, se instala en Asunción el 17 de junio bajo la dirección de Francia y de Zeballos. El 20 de junio de 1811 el congreso ratifica la destitución de Velazco y su reemplazo por una Junta de gobierno. Esta queda integrada por un presidente, cargo para el que se designa a Fulgencio Yegros, cuatro vocales, que son José Gaspar Rodríguez de Francia, Pedro Juan Caballero, el cura Francisco Javier Bojarín y el abogado Fernando de la Mora, y un secretario, que es el propio de la Mora. La Junta decide declarar al Paraguay independiente del virreinato de Buenos Aires, excluir de todos los cargos administrativos, políticos y militares a los españoles y reemplazarlos por criollos americanos y no seguir reconociendo al Consejo de Regencia español.

Aunque no es formal como en otros casos, y el énfasis se hace en la dependencia argentina más que en la española, estas decisiones equivalen de hecho a una declaración de independencia. Además, la Junta de gobierno toma varias decisiones autónomas y el 20 de julio de 1811 envía a la Junta de Buenos Aires una nota en la que con la mayor claridad se expresa que Paraguay se considera independiente de Buenos Aires pero que ello no significa que quede sometida a otra sujeción, pues la misiva recalca que se engañaría el que creyese que la idea de la Junta de Asunción es cambiar una cadena por otra. Es decir, que sin declarar aún la independencia de España, queda claro que la intención de la Junta paraguaya es actuar liberada tanto de cualquier sujeción a Buenos Aires como a la metrópoli española.

Buenos Aires no responde. En realidad envía una nota fechada el 28 de agosto, aceptando la voluntad paraguaya “de gobernarse por sí y con independencia del gobierno provisional”, es decir, porteño; pero antes de que los asunceños reciban la respuesta, envía al Paraguay, esta vez como mensajero pacífico, a Belgrano, acompañado de otro patrio-

ta argentino, Vicente Echeverría, a objeto de negociar un acuerdo que permita la unidad de ambas provincias: Buenos Aires y Paraguay. La Junta asunceña se niega a permitirles entrar al Paraguay por no haber recibido respuesta de Buenos Aires a su carta del 20 de julio, pero Belgrano y Echeverría logran entrar de todas formas y llegan a Asunción. Y el resultado es una negociación que conduce a la firma de un tratado, el 12 de octubre de 1811, mediante el cual Buenos Aires acepta eliminar la alcabala para los productos paraguayos que salgan por el Río de la Plata y que los impuestos antes cobrados en Buenos Aires se cobren en Asunción; y lo más importante de todo, Buenos Aires acepta la independencia del Paraguay, y acuerda con este una alianza, calificada en el documento de indisoluble, contra las ambiciones anexionistas brasileño-portuguesas, que amenazan entonces no solo al Paraguay sino a todo el virreinato.

La Junta paraguaya comienza a actuar por su cuenta, y en los meses siguientes crea una Sociedad Patriótica, una Academia Militar, una Biblioteca Pública y en un bando o proclama emitido el 6 de enero de 1812 declara prioritaria la educación de todo el pueblo como requisito indispensable para la formación de nuevos y verdaderos ciudadanos.

A partir de aquí, reconocida por Buenos Aires la independencia del Paraguay y actuando la Junta con independencia de hecho aunque no declarada con respecto de España, el proceso paraguayo se va decantando en forma rápida hacia el dominio personal de Rodríguez de Francia, el doctor Francia, que es entre los dirigentes paraguayos y miembros de la Junta el personaje más capaz, culto, radical y más comprometido con la absoluta independencia del país; y que pronto, entre sucesivas renunciaciones y regresos a la Junta, críticas fundadas a las inconsecuencias de los otros integrantes de la misma y posiciones que lo llevan a ganar el apoyo creciente de los sectores más humildes, se revela decidido a obtener el poder absoluto y a controlar en forma exclusiva el país.

Francia, que quiere aislar al Paraguay de todos los conflictos que lo rodean, con Brasil y los portugueses, con Buenos Aires, con el litoral y el interior argentinos, con la Banda Oriental, o con el Alto

Perú, como única forma de garantizar la independencia del país, logra excluir de la Junta a los porteñistas, que insisten en la alianza con Buenos Aires, lo que para él no es más que volver a la antigua sujeción porteña. Y para evitar problemas rechaza también la alianza federalista que propone Artigas. Francia logra reducir el poder de la corriente española que aún tiene fuerza y al cabo la derrota y elimina. Francia, sin ser militar como sus principales rivales criollos, Yegros y Caballero, logra ganarse el apoyo de buena parte de las tropas, que son milicias de indígenas y campesinos mestizos. Francia, crítico y enemigo de la élite paraguaya tanto española como criolla y proclamándose defensor de los derechos de la mayoría más pobre, se convierte en un líder popular querido por esa misma mayoría descontenta, pobre y explotada.

La Junta, dominada por Yegros y por Francia, convoca a un congreso que se reúne en septiembre de 1813; y el congreso la reemplaza por un consulado compartido entre Yegros y Francia. Yegros es un personaje mediocre y es Francia quien domina. En octubre de 1814 un nuevo congreso decide eliminar el consulado y entregar el poder a un Dictador Supremo, cargo que asume Francia pese al descontento de Yegros y de Caballero. El Dictador Supremo debía gobernar por cinco años y quedaba sujeto a las decisiones del congreso, que por su parte debía reunirse cada cinco años. Pero el poder de Francia aumentó durante su mandato y ello le permitió convocar antes de tiempo un nuevo congreso, en mayo de 1816, el cual lo designó como *Dictador Perpetuo de la República*, otorgándole además la facultad de ser él quien convocase al congreso de considerarlo necesario, lo que Francia nunca hizo.

No corresponde ocuparse del gobierno de Francia a esta rápida presentación del proceso inicial de lucha por la independencia paraguaya, destinada solo a dar una somera idea del complejo proceso en esos años. Baste con decir que desde entonces hasta su muerte en 1840 Francia gobierna como dictador vitalicio el Paraguay y al precio de una rígida dictadura y del aislamiento del país logra mantener su independencia, independencia plena que por cierto no se proclama en forma oficial hasta noviembre de 1842, en un corto documento que la ratifica.



8. URUGUAY.

EL MOVIMIENTO REPUBLICANO, FEDERALISTA Y SOCIAL DE ARTIGAS

Como en el caso paraguayo, el proceso de independencia de la Banda Oriental, el actual Uruguay, sobre todo en su primera etapa, la que trato de sintetizar ahora, es una lucha no solo contra el colonialismo español sino también contra la hegemonía de Buenos Aires.

E igual que en el Paraguay, el proceso uruguayo comienza rechazando la hegemonía bonaerense antes que la española, aunque pronto, al iniciarse la lucha patriótica, libertaria y anticolonialista contra el dominio español, lucha que encabeza José Gervasio Artigas con el apoyo de gran parte del pueblo oriental, los uruguayos luchan al lado de los argentinos contra la agresión imperial del Brasil portugués que, con complicidad española, intenta apoderarse una vez más del territorio uruguayo. Y solo al darse cuenta de que el interés porteño argentino no coincide con el deseo de independencia y de igualdad federativa que es el centro de la lucha de Artigas y de sus seguidores, este se ve obligado a romper con Buenos Aires y a tratar de crear una Confederación de provincias litorales contra la prepotencia de la capital del Plata.

Al cabo, Artigas es derrotado, la Banda Oriental queda en poder del Brasil portugués; y es más adelante, después de lograda la independencia argentina y la de toda la América hispánica que, ya sin Artigas, otros patriotas mucho menos revolucionarios, ligados al poder bonaerense, los llamados *Treinta y Tres Orientales*, encabezados por Juan Antonio Lavalleja, con su arriesgada invasión de Uruguay; con su lucha independentista contra los brasileños para entonces ya independientes

de Portugal pero con la misma ambición territorial sobre la Banda Oriental; con el apoyo argentino; y con la poderosa y decisiva mediación inglesa, consiguen que Brasil abandone el territorio uruguayo. Y es solo así que la Banda Oriental, como una suerte de Estado tapón entre Argentina y Brasil, adquiere la condición de país independiente en 1828 con el nombre de República Oriental del Uruguay.

En el proceso de independencia uruguayo juegan, pues, un papel fundamental tanto la rivalidad entre Montevideo y Buenos Aires como la que enfrenta a España y al virreinato bonaerense con la ambición expansionista del Brasil portugués por apoderarse de la Banda Oriental y llevar sus fronteras hasta el estuario del Río de la Plata.

Montevideo misma es una ciudad tardía, fundada por los españoles sobre un fuerte portugués en 1724, cuando los españoles decidieron echar a los portugueses que habían llegado hasta el estuario del Río de la Plata y fundado ciudades y puertos coloniales en la Banda Oriental, que era colonia española. La Banda Oriental prosperó pronto, pero su prosperidad también chocó pronto con la hegemonía de Buenos Aires. Por su ubicación, Montevideo es mejor puerto que Buenos Aires y esa fue una de las cosas que llevó a que se convirtiera rápidamente en rival de esta, a la que quedó sometida, junto con la Banda Oriental recuperada de la invasión portuguesa, al constituirse el virreinato del Río de la Plata en 1776.

La burocracia española y la oligarquía criolla uruguayo se mueven entonces, al estallar los sucesos de España en 1808, entre la amenaza territorial y las conspiraciones portuguesas por un lado y el rechazo a la hegemonía bonaerense por el otro. Y esto se evidencia al crearse en Montevideo la primera Junta el mismo año de 1808. Esa Junta de Montevideo es la primera que se crea en el virreinato del Plata, y de hecho en toda la América hispánica, y se constituye en septiembre de 1808. Solo que no es una Junta criolla sino española, aunque los criollos la apoyan, y se crea para respaldar a la Junta de Sevilla, luego Junta de Cádiz.

La lucha contra las invasiones inglesas de 1806 y 1807, en la que los criollos porteños con la ayuda de criollos y españoles de Montevi-

deo, logran derrotar a los invasores, ha acentuado las tensiones entre ambos puertos porque Montevideo, que ha jugado un papel importante en la victoria, ha reclamado en vano del Estado español y de Buenos Aires una igualdad de derechos comerciales y portuarios con esta última.

Y, como ocurre en otras partes de la América hispánica, la crisis española de 1808 desencadena el conflicto al destituir Napoleón a los reyes españoles para designar como rey a su hermano José Bonaparte y al invadir España para tratar de ahogar la resistencia española. En Buenos Aires se ha destituido al cobarde virrey Sobremonte y se ha encargado del virreinato al marino Santiago de Liniers, héroe de la victoria contra los ingleses, que pese a ser francés, se halla al servicio de España. Los portugueses mantienen su amenaza de invasión contra el virreinato del Plata, sobre todo contra la Banda Oriental, que insisten en querer anexarse con cualquier pretexto. Huyendo de las tropas francesas, los reyes de Portugal, protegidos por los ingleses, han llegado a Brasil, al que han convertido de colonia en imperio. Y la esposa del rey portugués Joao VI es la hermana de Fernando VII, Carlota Joaquina, que intriga con las autoridades de los virreinos del Plata y del Perú e incluso con varios criollos de uno y otro para que se la designe como regente en nombre de su depuesto hermano.

En Montevideo el poder lo controla el gobernador Francisco Javier Elío, recalcitrante absolutista español, sensible a las intrigas de Carlota Joaquina. Elío acusa al virrey encargado de Buenos Aires, Liniers, de estar dispuesto, como francés, a aceptar la entrega del virreinato a Napoleón. Liniers responde acusando a Elío de querer entregarle la Banda Oriental a los portugueses y exigiéndole probar sus acusaciones contra él. Elío se niega a acudir a Buenos Aires a defenderse y Liniers lo destituye.

Pero pasar de las palabras a los hechos resulta imposible. Elío cuenta con el apoyo de la burocracia española y de la élite criolla montevideanas, rivales de Buenos Aires. El enviado de Liniers a Montevideo, Juan Ángel Michelena, es rechazado y tiene que huir de la ciudad ante la amenaza de ser linchado por una multitud que lo acusa de

traidor porteño. Elío convoca a un cabildo abierto y este se reúne en septiembre de 1808. Controlado por él; y con el apoyo de españoles y criollos, el cabildo desconoce a Liniers como virrey, ratifica a Elío como gobernador y designa el 21 de septiembre una Junta de apoyo a Fernando VII, a la manera de las de España. Y Buenos Aires no puede impedir esta rebelión.

La situación se calma al año siguiente, 1809, porque España envía un nuevo virrey, Baltasar Hidalgo de Cisneros, que llega a Montevideo, hace disolver, por considerarla innecesaria, la Junta creada por Elío, y envía a este por lo pronto a España. Luego pasa a Buenos Aires y se hace reconocer por Liniers, que a diferencia de Elío no acepta ser enviado a España y permanece en el virreinato, en Córdoba. Pero la acentuación de la crisis española en 1810, la disolución de la Junta Suprema, que de Sevilla ha pasado a Cádiz, su reemplazo por un cuestionable y cuestionado Consejo de Regencia y la amenaza de que España toda, y con ella América, pase al dominio francés, vuelven a encender las tensiones en el virreinato. Y al crearse el 25 de mayo de 1810 en medio de forcejeos y participación popular la Junta criolla de Buenos Aires, que destituye al virrey Cisneros, el enfrentamiento con Montevideo se reanima.

Subestimando una vez más la tensión existente con Montevideo, Buenos Aires le envía un mensajero con la misión de hacer que reconozca a la Junta de Buenos Aires. Pero el resultado previsible es un nuevo fracaso. Y aunque un cabildo abierto se mostró inclinado el 1 de junio a reconocer a la Junta bonaerense, el mismo cabildo declaró al día siguiente, en medio de una serie de informaciones confusas, que no la reconocería y que reconocía en cambio al Consejo de Regencia. Es decir, que para rechazar la subordinación a Buenos Aires los criollos de Montevideo unidos a la burocracia española, prefirieron aceptar la hegemonía, así fuese formal, de España.

Los sucesivos intentos de Buenos Aires para lograr el reconocimiento de la Junta de mayo, como fue el envío de Juan José Paso, fracasan. Y la situación se mantiene tensa pero indecisa hasta enero de 1811 cuando Elío regresa de España, y esta vez ya no como gobernador

sino como virrey, en reemplazo del destituido Cisneros. Así, la tensión con Buenos Aires se convierte en confrontación abierta y Montevideo le declara la guerra a Buenos Aires el 13 de febrero de 1811.

Y es a partir de aquí que se desencadena el conflicto que da realmente inicio a la lucha de la Banda Oriental por su independencia tanto de España como de Buenos Aires. La decisión de enfrentar militarmente a la capital porteña y a sus sucesivas Juntas, Triunviratos y Directorios Supremos criollos, conduce pronto a una crisis política y a una rebelión antiespañola en la Banda Oriental.

Asumir la dirección de la provincia, prepararse para la guerra con Buenos Aires y reunir los recursos necesarios para ello obliga a las nuevas autoridades proespañolas de Montevideo a aplicar una serie de medidas que pronto provocan el descontento y la rebeldía de la élite criolla. El gobierno no solo aumenta los impuestos sino que ordena hacer un censo de tierras para que los hacendados y ganaderos, todos o casi todos los cuales son criollos, muestren sus derechos de propiedad; o, si no los tienen, cosa que ocurre con la mayoría, ya que son propietarios ilegales, paguen los precios de las mismas porque de no hacerlo éstas serían vendidas como realengas en pública subasta. Los estancieros criollos se rebelan y movilizan a sus peones y a sus esclavos.

Pero no es solo esto sino que la actitud proespañola de la Junta, sus medidas represivas ante posibles o presuntas manifestaciones de rebeldía, y su agresión contra los patriotas porteños contribuyen a despertar el sentimiento patriótico de los sectores medios y populares: pequeños propietarios, artesanos, campesinos, peones y gauchos, que hasta entonces no han participado en el proceso salvo como observadores o como entes pasivos; y que se revelan sensibles al mensaje de rebeldía y a los llamados solidarios de Buenos Aires y a lo que viene ocurriendo en otras partes del virreinato. La inquietud se siente no solo en Montevideo sino en el interior del territorio, de modo que comienzan las críticas, las reuniones conspirativas y las protestas, y el gobierno de Elío desata una fuerte represión que solo sirve para acentuarlas.

En Asencio, el 28 de febrero de 1811, se produce el primer grito de rebeldía. Hombres del pueblo como Venancio Benavides y Pedro

José Vieira, al que llaman Perico Bailarín, alzan a una peonada que se pone en movimiento en lucha por la independencia. A ese movimiento se van sumando nuevos rebeldes mientras en otras partes surgen movimientos parecidos. Son gentes del pueblo, peones, gauchos, campesinos, soldados procedentes del fronterizo Cuerpo de Blandengues, indígenas, mujeres; y, cosa interesante, participan en ellos muchos curas, curas revolucionarios vinculados al pueblo y denunciantes de su pobreza.

Pero el líder del movimiento es José Gervasio Artigas. Nacido en 1764, hijo de rico estanciero, criado en contacto con gauchos e indígenas, Artigas es ya en 1811 un hombre maduro y de reconocido prestigio, producto de su sensibilidad social y de su liderazgo militar en el Cuerpo de Blandengues; prestigio y liderazgo que van a aumentar a medida que la lucha independentista que encabeza revele su inmensa talla de libertador y luchador revolucionario, republicano y democrático, comprometido con la causa de su pueblo y en especial con los sectores más pobres y explotados del mismo.

En febrero de ese año de 1811 Artigas rompe con el gobierno de Montevideo y con su política proespañola, abandona el Cuerpo de Blandengues, escapa a Buenos Aires, donde se declara a favor de la Junta bonaerense y regresa a la Banda Oriental con grado de teniente coronel y al frente de una tropa patriota de 150 hombres con la que se une a la incipiente y desordenada rebelión uruguaya y se pone a la cabeza de la misma convirtiendo pronto a la masa rebelde en un ejército popular capaz de enfrentarse a los españoles. Lanza la *Proclama de Mercedes* el 11 de abril y avanza con su ejército hacia Montevideo, derrota a los españoles en la batalla de Las Piedras el 18 de mayo, y dos días después pone sitio a Montevideo.

Los argentinos envían tropas de refuerzo, encabezadas por José Rondeau, que en realidad vienen a ejercer el mando, subordinando así a Artigas que, aunque designado como Primer Jefe de los Orientales, queda bajo el mando de Rondeau y de su estado mayor. Y Rondeau, pese a la presión de Artigas por asaltar la ciudad, ordena esperar, aunque no se sabe bien qué es lo que espera.

El descontento contra Elío crece no solo en el interior de la provincia sino en el de la ciudad sitiada. Elío, en contactos con Carlota Joaquina, llama entonces a los portugueses a invadir la Banda Oriental; y estos acuden complacidos, encabezados por el militar Diego de Souza, gobernador del estado brasileño de Río Grande do Sul, y entran al territorio uruguayo como conquistadores y enfrentando la resistencia oriental a sangre y fuego. Y entonces las tropas argentinas deciden, en octubre de 1811, negociar un armisticio con Elío y con los portugueses, armisticio en el que tiene papel decisivo la influencia británica, la presión de Castlereagh, ministro inglés de relaciones exteriores, y de lord Strangford, cónsul inglés en Río de Janeiro, porque a los ingleses, aliados de España contra Francia, les incomoda esta guerra, que además perjudica el libre comercio en la región del Plata.

De acuerdo a lo pautado en el armisticio los argentinos reconocen a Elío como gobernante de la Banda Oriental y los portugueses acceden a regañadientes a abandonar el territorio uruguayo, aunque no lo hacen del todo hasta el año siguiente, siempre forzados por los ingleses. Y con toda razón, tanto Artigas, que no ha sido consultado para nada acerca de un armisticio que abandona a los patriotas uruguayos a su suerte, como las tropas orientales que le siguen y han luchado por su independencia, se sienten abandonados y traicionados por Buenos Aires.

Sin embargo, la ruptura con los porteños no se produce todavía. Las tropas argentinas se retiran y los orientales marchan con ellas. Y Artigas es nombrado gobernador y jefe militar de Yapeyú, en el territorio de Misiones, del lado argentino.

Y es entonces, una vez producida la retirada argentina hacia Buenos Aires, a la que se integran orientales ricos poco dispuestos a aceptar el liderazgo artiguista y su orientación popular, cuando Artigas y las masas orientales que marchan tras su liderazgo y que temen a la represión española emprenden esa heroica y difícil aventura migratoria que ellos, los migrantes, llamaron “la redota”, es decir, la derrota, pero que los historiadores han preferido con razón llamar el *Éxodo de los Orientales*. El proceso en cuestión lleva a esos miles de uruguayos, de

todas las clases sociales, ansiosos de justicia, independencia y libertad, a instalarse bajo la dirección de Artigas y superando mil vicisitudes en un gran campamento vecino a Ayuí Grande, cerca de Concordia, en la actual provincia argentina de Entre Ríos, y que, con la organización que le da Artigas, constituye sin duda una clara afirmación de conciencia patriótica y definición de identidad.

Esto molesta a la arrogante élite criolla de Buenos Aires, que envía a Manuel de Sarratea, ambiguo e intrigante personaje que es miembro del Triunvirato porteño, a controlar la situación y a someter a Artigas. Sarratea intriga contra este y trata de sonsacarle hasta con sobornos parte de sus tropas y de disolverlas en medio de las fuerzas argentinas, lo que acentúa el clima de tensión entre ambos. Tras el retiro de Elío en enero de 1812 y su reemplazo por Gaspar de Vigodet, que declara roto el armisticio, los argentinos, encabezados por Sarratea, reinician el sitio de Montevideo. Artigas no participa, y solo cuando el Triunvirato bonaerense destituye a Sarratea y lo reemplaza por Rondeau, él y sus orientales se reincorporan al sitio de la ciudad.

En Buenos Aires el Triunvirato convoca en 1813 a una asamblea constituyente, la Asamblea del Año XIII, y Artigas y los orientales eligen sus delegados, que en la reunión que los escoge discuten y aceptan llevar a la Asamblea una serie de instrucciones centradas en la independencia, el republicanismo, la libertad civil y religiosa, la igualdad entre las provincias y la creación de una confederación de todas ellas con una capital federal distinta a Buenos Aires.

El gobierno argentino rechaza a los delegados orientales con el pretexto de que fueron escogidos en un campamento militar y de que llevan posiciones previas ya tomadas pero en realidad lo hace porque no puede aceptar tales proposiciones, cuestionadoras de su dominio. Rondeau hace elegir nuevos delegados opuestos a Artigas; y estos sí son reconocidos por Buenos Aires. Esto, y los reiterados atropellos de las tropas porteñas contra los orientales, muestran en forma definitiva a Artigas que con Buenos Aires no hay otro acuerdo posible que no sea la sumisión. La ruptura se produce. Y en enero de 1814 primero Artigas y luego las tropas orientales abandonan el sitio de Montevideo, lo

que hace que, en nombre del Directorio Supremo porteño que ha reemplazado al segundo Triunvirato, el Director, Gervasio Antonio Posadas, acuse a Artigas de traidor a la patria, ordenando capturarlo, matándolo en caso de que ofrezca resistencia, y poniendo precio a su cabeza. El insólito decreto fue pronto revocado por Carlos María de Alvear, sobrino y sustituto de Posadas como Director Supremo rioplatense.

Pese a su interés, lo que sigue es demasiado largo para intentar resumirlo en este corto espacio, que solo intenta referirse a las Juntas y al inicio del proceso independentista, no a su culminación ni a sus resultados. De modo que me conformaré con señalar que a partir de entonces comienza el enfrentamiento de Artigas y sus fieles orientales (algunos de ellos, como Rivera, lo traicionan) a un tiempo contra el domino español, la hegemonía bonaerense y la amenaza portuguesa, lucha titánica y desigual en la que después de algunos importantes triunfos termina derrotado.

Los argentinos, con el recién llegado Alvear, logran tomar Montevideo ese año de 1814, pero luego de varios combates se repliegan y Artigas y sus orientales ocupan la ciudad en marzo de 1815. Artigas organiza el gobierno de la Banda Oriental y expande su influencia a las provincias del litoral argentino, descontentas como los orientales de la hegemonía y el centralismo bonaerenses. Se convierte en el líder del movimiento federalista y republicano de esas provincias, siendo designado como Protector y creando una federación que recibe el nombre de Liga Federal o Unión Federal de Pueblos Libres.

En cuando a Montevideo y la Banda Oriental, desorganizados y empobrecidos por la guerra y el saqueo brasileño, Artigas toma diversas medidas, entre las cuales las más importantes son el *Reglamento Provisorio* de septiembre de 1815 y como parte de este, el programa de reforma agraria dirigido a beneficiar a medianos estancieros, campesinos pobres, peones, gauchos e indígenas; a hacer, como señala el *Reglamento*, que los más pobres se conviertan en los más privilegiados. Y hace aprobar un proyecto de Constitución Republicana y democrática. Pero todo esto, que radicaliza su movimiento, le resta el apoyo de los sectores más ricos y debilita su lucha contra las intrigas porteñas.

El resto lo hacen los portugueses del Brasil, que en 1816 invaden de nuevo la Banda Oriental con un enorme ejército integrado por tropas de élite. Después de enfrentarlos en varios combates y de dirigir una valerosa, larga y heroica resistencia contra los invasores, Artigas, derrotado finalmente en Tacuarembó, el 22 de enero de 1820, se ve obligado a abandonar su patria, mientras los portugueses se apoderan de ella y la convierten en Provincia Cisplatina.

Y mientras tanto se ha venido produciendo también la crisis de la confederación o Liga Federal de Pueblos Libres, porque aunque los caudillos de la Liga derrotan a los porteños en Cepeda en ese mismo año de 1820, las diferencias y rivalidades en su seno y las ambiciones del líder entrerriano Francisco Ramírez conducen a que este enfrente y derrote a Artigas, quien, acosado por todos, se ve forzado a buscar refugio en el Paraguay de Francia, donde pasa confinado los treinta años que aún le restan de vida.

9. PERÚ. EL CENTRO DE LA REACCIÓN ESPAÑOLA. AUSENCIA DE JUNTAS

En medio de este cuadro de Juntas de todo signo y de rebeliones de criollos y de masas populares que llenan la historia de la América entonces española inmediatamente después de 1809, destaca el caso del Perú.

Pero si Perú destaca es por su ausencia, porque los años de la guerra de independencia, esos quince años que transcurren entre 1809 y 1825, que son un período de gloria y de luchas duras y heroicas en la mayor parte de los países hispanoamericanos, no lo son en absoluto en el Perú, centro del poder español en Suramérica. Al contrario, constituyen un período triste y gris de la historia peruana. En el Perú de esos años, sobre todo hasta 1820, no solo no hay Juntas patrióticas ni declaraciones de independencia por parte de los criollos peruanos sino que ni siquiera puede decirse que haya habido realmente lucha por la independencia.

Y aunque desde 1820 la situación comienza a cambiar en cierta medida, ello se debe a la llegada de expediciones libertadoras, primero la de San Martín y luego la de Bolívar y Sucre, expediciones que deben enfrentar no solo el poder militar español sino las intrigas mezquinas y las traiciones de la mayor parte de esa oligarquía peruana; intrigas y traiciones que derrotan a San Martín y que casi logran derrotar a Sucre y a Bolívar.

Esto obedece sin duda a varias razones.

Una de ellas es la incidencia sobre la oligarquía criolla peruana de la temprana insurrección indígena de Tupac Amaru y Micaela Bas-

tidas en 1780-1781, que sacudió al Perú y que aterrorizó a la nobleza criolla, aristocrática, terrateniente, explotadora y racista, lo que la llevó no solo a asumir un papel protagónico en la brutal represión que aplastó a sangre y fuego la rebelión indígena (contando para ello con la complicidad incluso de una parte de los caciques indígenas, como fue el caso del famoso Mateo Pumacahua) sino a identificarse a plenitud con el poder español y a preferir compartir con él la dominación de las masas indígenas en vez de estar alentando peligrosas protestas capaces de írseles de las manos.

El tema del poder político, de intentar compartirlo con los burocratas españoles, o tratar de desalojarlos del mismo, quedó entonces diferido *sine die*, como producto de ese temor. Así los criollos peruanos, aun sintiéndose descontentos con aspectos del dominio español, lo prefieren a cualquier amenaza revolucionaria y a cualquier veleidad autonomista. Y cuando se produce la crisis española a partir de 1808, mientras los criollos de otras regiones hispanoamericanas organizan Juntas, asumen la rebeldía contra el poder español y adelantan luchas que apuntan a la autonomía y a la independencia cuidando, eso sí, de que las masas se mantengan en su sitio y de que las cosas no se desborden, los criollos peruanos, en cambio, guardan silencio, cierran filas al lado del poder español y del autoritario virrey que los gobierna con mano férrea, Fernando de Abascal, y se mantienen firmes por lo pronto en defensa del gobierno español, cualquiera que este sea.

Además esa oligarquía criolla peruana, la más corrompida y reaccionaria de toda la Suramérica hispánica, se siente orgullosa de su poder económico y social, de la riqueza mal habida que ostenta a cada paso, y de sus recién adquiridos títulos de nobleza (nada más hay que ver su conducta cortesana, su exquisitez seudoeuropea, sus aparatosas ropas, sus ricas carrozas, sus emperifollados sirvientes y esclavos, sus lujosos palacios, y su larga y ridícula lista de apellidos). Y por supuesto no quiere por nada del mundo poner en peligro nada de eso. Sin olvidar que el absolutista y autoritario virrey Abascal se encarga de someter por las buenas o por las malas a los pocos disidentes que muestran exagerada sensibilidad social o peligrosas inquietudes políticas.

Porque hay, sí, en el Perú, como en toda la América hispánica, sectores de la oligarquía criolla abiertos al pensamiento ilustrado y deseosos de reformas de ese poder absolutista español. Pero son pocos. Representantes destacados de ese pensamiento son el cura Toribio Rodríguez de Mendoza y los intelectuales José Baquijano y Carrillo, Hipólito Unanue y Manuel Lorenzo Vidaurre. Pero todos ellos le temen más a la revolución que al absolutismo. Y para ellos revolución es sinónimo de Revolución francesa, esto es, de masas de pobres en las calles, de nobles colgados, de guillotinas, de terror jacobino, y sobre todo de negros rebeldes e indios alzados como Tupac Amaru y Tupac Catari.

Esos pocos criollos críticos son, pues, en el mejor de los casos, modestos reformistas, que crean organizaciones como la *Sociedad de Amantes del País* y periódicos como *El Mercurio Peruano* y otros, para difundir sus ideas reformistas moderadas, que no amenazan un poder español que ellos comparten y del que se benefician, dada la condición de este de sostén del sistema de explotación indígena. Y cuando estalle la crisis española, todos ellos terminan coincidiendo con las posiciones políticas del reformismo liberal que se impone entonces en España y que se materializa entre 1810 y 1814 en las Cortes de Cádiz y en la Constitución liberal española de 1812.

Y por supuesto, en el Perú no hay Juntas, ni en 1809, ni en 1810, ni en 1811. Nada. Fidelidad a España y al virrey. Y en octubre de 1810, mientras hay Juntas rebeldes en el resto de la Suramérica española y se está aplastando a varias de ellas, el cabildo de Lima lleva a cabo, con gran apoyo popular, la proclamación de Fernando VII, presidida por Abascal.

Eso sí, los criollos peruanos son convocados a las Cortes de Cádiz y tienen en ellas una participación destacada en representación de los españoles americanos. Algunos de los que representan al Perú ni siquiera son peruanos sino españoles, o criollos que viven desde años antes en España. Entre los peruanos que participan hay varios criollos importantes, que llaman la atención por sus propuestas de justicia y de igualdad entre criollos americanos y peninsulares españoles y hasta de justicia para indígenas y esclavos, propuestas que de poco o nada

sirven, salvo para quedar registradas en los diarios de debates de las Cortes para disfrute ulterior de los historiadores.

Entre los peruanos que asisten hay hasta un representante indígena, Dionisio Inca Yupanqui, quien hace algunas de las propuestas más firmes, siempre en lenguaje cuidadoso y moderado. Pero son pocos los criollos de otras partes de la América española que asisten a las Cortes, pues buena parte de esa América se halla en rebeldía contra España y desconoce a la regencia española mientras los españoles de este lado del Atlántico han empezado ya a enfrentarlos con las armas.

Aunque en forma demagógica (pues se oponen a la representación proporcional entre españoles americanos y españoles peninsulares porque perderían ellos, los españoles, la mayoría, algo que no pueden aceptar) esas Cortes se muestran partidarias de un moderado reformismo liberal (es decir, ni absolutismo ni revolución); y aprueban una serie de medidas progresistas (libertad de prensa, libertad de comercio, eliminación de tributos, igualdad en el acceso a cargos entre criollos y españoles), medidas que satisfacen a los criollos peruanos, ya que estos son reformistas moderados; y también otras que les gustan menos (eliminación de la mita, supresión del trabajo forzoso de los indígenas en las minas), ya que éstas en cambio afectan sus intereses.

Las Cortes españolas, abiertas en esa forma sesgada a “españoles de ambos continentes”, aprueban la Constitución de 1812, Constitución liberal moderada, que en general satisface a los criollos peruanos y los lleva a identificarse plenamente con el poder español, ya que ese reformismo moderado, distante de cualquier revolución popular o de cualquier cambio social profundo, era lo que ellos querían, o en todo caso lo más que estaban dispuestos a aceptar.

En el Perú, al absolutista y autoritario virrey Abascal, que se ve forzado a aplicar a regañadientes la Constitución de 1812, o por lo menos a aceptarla de boca, le molesta sobre todo la libertad de prensa y pone todo su esfuerzo en limitarla. De todas formas, la mayoría de la oligarquía criolla peruana se muestra contenta con lo logrado, cree que se han conseguido en forma pacífica algunos cambios progresistas

y que ello ha alejado, al menos en el Perú, la amenaza revolucionaria. De modo que se hace más española que nunca.

Solo que quien termina triunfando es Abascal, ya que en 1814 se acaba el liberalismo en España, las Cortes son disueltas y la Constitución de 1812 es echada al cesto de la basura, porque con la derrota y abdicación de Napoleón ha regresado Fernando VII al trono de España y ha vuelto a esta decidido a imponer el absolutismo.

Los criollos peruanos empiezan a ver, para complacencia de Abascal, cómo toda —o casi toda— esa esperanza de reformismo pacífico moderado se les esfuma. Pero de todas formas aceptan con resignación el retroceso. El temor a la revolución y al contagio revolucionario los mantiene en su enorme mayoría del lado del poder español, que les garantiza lo que más aprecian para conservar su estatus, su poder económico y sus riquezas: seguridad y estabilidad política.

El triste papel del Perú en esos años, Perú virreinal, Perú español de Abascal, con la complicidad y participación activa de esa oligarquía criolla (ejemplos de ello son Pío Tristán y militares asesinos como Goyeneche, Juan Ramírez y Francisco Xavier Aguilera, entre otros) es el de ser el centro de la reacción española, el centro de la represión brutal contra las rebeliones independentistas de los países hermanos.

Desde el Perú se aplasta —o se intenta aplastar— todas esas rebeliones. Abascal envía en 1809 a Goyeneche a desbaratar, ahogándola en sangre, la rebelión de La Paz en el Alto Perú, y lo anexa de nuevo al Perú en 1810. En 1809-1810 ha contribuido a acabar con la rebelión y la Junta de Quito mediante otro espantoso baño de sangre criolla. En 1811 envía apoyo a los realistas de Montevideo opuestos a la Junta argentina. Ese mismo año envía de nuevo a Goyeneche a masacrar a los rebeldes altoperuanos en Cochabamba, tarea que este lleva a cabo con su acostumbrada crueldad; y a continuación encomienda al traidor cacique Pumacahua la misión de tomar y saquear La Paz. Y en 1813 y 1814 envía uno tras otro varios ejércitos hispano-peruanos para derrotar a los patriotas independentistas chilenos.

Y en todos esos años ha tratado en vano de imponer el dominio hispano-peruano sobre el norte argentino atacando a las expediciones

argentinas que han acudido en auxilio de la rebelión patriota del Alto Perú. Y mientras desde el Perú se organizan estas masacres, en el Perú no pasa nada. La complicidad o indiferencia de la oligarquía criolla es absoluta y lo único que algunos de esos criollos manifiestan es temor, falsas esperanzas de reformismo interno y cuando más tímidas conspiraciones o débiles y efímeras protestas de algunos minoritarios grupos criollos.

Los historiadores peruanos han buscado reducir la pobreza vergonzosa de este cuadro tratando de desenterrar de los archivos coloniales peruanos y españoles huellas de movimientos revolucionarios, criollos o indígenas, en esas primeras décadas del siglo XIX. Pero lo que han encontrado es poco. Todo se reduce al descontento de algunos criollos; y en el mejor de los casos a conspiraciones o protestas débiles, de escaso o nulo significado.

Hubo una conspiración en el Cuzco en 1805, pronto reprimida y sin importancia: la conspiración de José Gabriel Aguilar y Manuel Ubalde, que terminó con la ejecución de los conjurados en la horca en diciembre de ese año. Luego se produjo otra, esta vez en Lima, en septiembre de 1809, la de Mateo Silva y su hermano Remigio, de muy corto alcance y también fracasada. En ella participó gente de varias capas sociales. Pero la conspiración fue debelada, los Silva fueron capturados y juzgados, junto con algunos de sus cómplices, por la audiencia de Chile. Mateo, encarcelado, murió en 1816. Remigio, absuelto, participó luego en la liberación de Chile y en la expedición libertadora de San Martín al Perú.

Y finalmente hubo otras dos, en Tacna.

La primera, en 1811, encabezada por Francisco Antonio de Zela, un patriota relacionado con la Junta de Buenos Aires; y la segunda, en 1813, liderada por un militar llamado Enrique Paillardelle. Y aquí los historiadores peruanos han tenido más éxito porque ambas tuvieron cierta importancia. Y la tuvieron porque —a pesar de su debilidad, su nulo apoyo interno y su inmediato fracaso— fueron las únicas en relacionarse con la lucha por la independencia por intermedio de los patriotas argentinos.

Nacido en 1786, Zela, de padre gallego, era criollo limeño, hijo de una familia modesta; y lo que se conoce de él es que, trabajando para las Cajas Reales en Tacna, en el sur peruano, organizó una conspiración, junto con otros criollos y dos caciques indígenas, para apoyar la lucha de los revolucionarios argentinos que habían llegado al Alto Perú en 1810 y 1811 apoyando allí la rebelión de los patriotas altoperuanos y llamando a la solidaridad de los peruanos. La conspiración, solidaria con la Junta porteña de mayo, estalló el 20 de junio de 1811. Aprovechando que parte de la guarnición de Tacna se había desplazado hacia el Alto Perú a enfrentar a los patriotas porteños, Zela, en conexión con estos, encabezó el asalto a los dos pequeños cuarteles militares de Tacna, los tomó, asumió el control de la ciudad, y difundió un mensaje patriótico y libertario.

Pero ese mismo día se produjo en Guaqui, en el río Desaguadero, la derrota aplastante de las tropas argentinas de Balcarce y Castelli por las peruanas del sanguinario criollo españolista Goyeneche. El movimiento de Zela se desmoralizó al conocer la noticia cinco días después y los militares españoles de Tacna aprovecharon el desconcierto de los rebeldes para derrotarlos con facilidad. En medio de ese desconcierto el jefe local de los realistas, un tal coronel Navarro, recobra la libertad y de seguidas recupera el cuartel de Tacna. Zela, víctima de una congestión cerebral producto de su enorme esfuerzo en los días siguientes al golpe, fue apresado, juzgado, y condenado a diez años de prisión en la malsana zona de Chagres, en Panamá, donde murió en julio de 1821, justo cuando San Martín proclamaba la independencia del Perú.

La conspiración de los Paillardelle, Enrique y su hermano Juan Francisco, también estuvo relacionada con las expediciones argentinas de auxilio al Alto Perú, y también fracasó por razones parecidas a las que hicieron fracasar la rebelión de Zela. El hermano de Enrique Paillardelle sirvió de contacto entre este último y las tropas de Belgrano, que quería llevar la lucha al propio sur del Perú. El grupo criollo patriota dirigido por Enrique Paillardelle se alzó el 3 de octubre de 1813 y sorprendió a los poco precavidos españoles de Tacna tomando los dos cuarteles, igual que había hecho dos años antes Zela. Capturaron

al gobernador español de la provincia y trataron luego de provocar la rebelión de otras ciudades del sur peruano en las que esperaban contar con apoyo. Pero los refuerzos militares españoles procedentes de Arequipa los derrotaron diez días después en batalla, obligándolos a replegarse hacia Tacna; y allí se enteraron de la derrota de Belgrano por Pezuela en Vilcapugio y Ayohuma, lo que los desmoralizó, llevándolos a fugarse en forma apresurada hacia el Alto Perú.

De modo que, salvo estas dos conspiraciones, limitadas y pronto vencidas, que de alguna forma rescatan la honra peruana, no hubo movimiento independentista en el Perú. Pero sí se produce poco después en el territorio peruano, sobre todo en el sur del país, un movimiento extraordinariamente importante, una rebelión enorme, que conmociona al virreinato peruano casi tanto como lo hiciera en 1780-1781 la insurrección de Tupac Amaru y Micaela Bastidas.

Se trata de la rebelión del Cuzco que estalla al amanecer del 3 de agosto de 1814, y que algunos llaman sin mucha base la rebelión de Pumacahua. Es, sí, una gran rebelión popular en la que se unen criollos e indígenas descontentos para enfrentar al poder español. Pero en su origen la rebelión es criolla, no indígena, y sus líderes son los hermanos Angulo: José, el primero, seguido por Vicente y Mariano, todos ellos criollos cuzqueños. Y junto con ellos, otros criollos cuzqueños como el cura José Gabriel Béjar, Juan Carbajal y Pedro Tudela. Pero lo extraordinario de esta rebelión, lo que la transforma de mera conspiración criolla en verdadera rebelión popular es sin duda la incorporación a la misma de Mateo Pumacahua, el entonces anciano y prestigioso cacique de Chincheros, que cuenta con un enorme apoyo indígena en toda la región cuzqueña, y que se había ganado desde su juventud el apoyo del poder español por haber sido en 1780 uno de los caciques indígenas traidores que con su traición contribuyeron a la derrota de la rebelión de Tupac Amaru.

Los Angulo, Béjar y Carbajal han venido conspirando con antelación y habían sido encarcelados en el Cuzco meses antes. Pero como eran criollos de mucho prestigio su encarcelamiento se había vuelto nominal, pues dormían en sus casas y contactaban en conversaciones

privadas y hasta en actos públicos a numerosos cuzqueños. Eran liberales y lo que exigían era la aplicación en el virreinato de la Constitución liberal española de 1812, cosa a la que las autoridades se negaban. El 3 de agosto toman los cuarteles con el apoyo de las guarniciones y se hacen con el control del Cuzco. Ignoran que Fernando VII ha regresado al poder y que ha restituido el absolutismo declarando nula la Constitución liberal; y es ya el mes siguiente que se enteran de ello, cuando su pronunciamiento se ha convertido en una rebelión popular. Y se convierte porque José Angulo consigue la adhesión de Pumacahua al movimiento que hasta entonces él encabeza ofreciéndole que se ponga al frente del mismo mientras él permanece en el Cuzco dirigiendo el proceso y coordinando las acciones.

Y Pumacahua se adhiere a la rebelión porque está descontento con los españoles. Estos lo han halagado siempre, lo han ascendido a brigadier y hasta hacía poco le habían permitido incluso presidir en forma provisoria la audiencia del Cuzco. Pero acaban de destituirlo, por lo que, molesto y en ruptura con el poder español, se ha retirado a su hacienda de Urquillos. Los torpes españoles parecen olvidar que Pumacahua, cacique de Chincheros, tiene un gran prestigio entre los indios de la región cuzqueña. Y cuando Angulo y sus conspiradores lo buscan, Pumacahua, pese a su edad, porque es ya un hombre de 74 años, se une a ellos, y al hacerlo y convertirse en primer jefe de la rebelión, moviliza a los miles y miles de indios que lo apoyan, y la rebelión se expande por todo el sur del Perú.

Pero no hay que confundirse. La rebelión de José Angulo y Mateo Pumacahua no es exactamente un movimiento independentista. Angulo, sus hermanos, y los criollos que le siguen solo se oponen al absolutismo del virrey Abascal y reclaman la aplicación de las reformas liberales y de la Constitución española de 1812.

Sin embargo, el movimiento, que parte de esas posiciones más bien moderadas, pronto se radicaliza. Y son varias las fuerzas y razones que lo llevan a radicalizarse. Una de ellas es el contacto de los líderes cuzqueños con los patriotas argentinos, a los que piden ayuda, y de los que reciben propuestas de enfrentamiento abierto con el dominio

español que terminan compartiendo. Otra, muy importante, es la presencia y el protagonismo indígenas, pues estas masas explotadas, hartas de engaños y ansiosas de cambios sociales, se muestran decididas desde el principio a responder a la violencia española o hispano-criolla con violencia. Y una tercera razón es esa violencia española, desencadenada por Abascal desde Lima y por Pezuela desde el Alto Perú, que de intransigencia inicial pronto se convierte en envío de tropas con instrucciones de aplastar a los rebeldes y de ejecutar a todos los líderes de la rebelión. Estos, tanto los Angulo como Pumacahua, responden asumiendo posiciones de enfrentamiento más frontal con el poder español y empiezan a rebasar sus moderadas consignas iniciales y a hablar de libertad, llamando a los cuzqueños a oponerse a las leyes bárbaras de España y a negarse a reconocer autoridades extranjeras.

Angulo y Pumacahua organizan tres expediciones. Una va hacia el sur, hacia Puno y La Paz; otra al norte, hacia Huamanga y Huancaavelica; y una tercera hacia el sureste, hacia Arequipa.

La expedición que va al sur, encabezada por Juan Manuel Pinelo y el cura Ildefonso de las Muñecas, recibe apoyo indígena en su marcha. Es un gran ejército popular, bastante desorganizado, que toma La Paz y organiza matanzas de españoles. Pero un ejército realista, pequeño pero profesional, enviado por Pezuela y liderado por el militar criollo Juan Ramírez, los ataca y derrota, recuperando La Paz y Puno. El cura de las Muñecas organiza con el resto de sus tropas la república guerrillera de Larecaja.

La expedición que va al norte, a Huamanga, liderada por el cura Béjar, que lleva como segundos al cuzqueño Mariano Angulo y al criollo argentino Manuel Hurtado de Mendoza, llama a los indios, pero no encuentra mucho apoyo entre ellos, y menos aún entre los criollos. Después de diversas escaramuzas la expedición termina siendo derrotada y Hurtado de Mendoza es traicionado y asesinado por uno de sus subordinados, un tal Pukatoro, que entrega Huamanga a los realistas.

La expedición principal, la tercera, la que se dirige a Arequipa, la encabeza el propio Pumacahua llevando como segundo al mando a Vicente Angulo. En ella participa un joven y prometedor poeta de 23

años, el arequipeño Mariano Melgar. Al frente de una enorme mesnada de cerca de veinte mil indios, Pumacahua toma Arequipa, y sus tropas fusilan al intendente, y a otros criollos y españoles enemigos. Pero el líder indígena pronto abandona la ciudad porque llega Ramírez. Este lo persigue y lo derrota el 11 de marzo de 1815 en la batalla de Umachiri, cerca de Puno. Pumacahua logra huir, pero en Sicuani es traicionado por unos indios y entregado a los españoles. Ramírez ocupa el Cuzco y hace fusilar a todos los líderes del movimiento: a Pumacahua, a José, Vicente y Mariano Angulo, a Béjar, a Tudela, y a varios otros. Melgar había sido fusilado poco antes.

La rebelión del Cuzco, gran rebelión popular que dura varios meses, termina derrotada. Y de nuevo se repite lo ocurrido en tiempos de Tupac Amaru: la oligarquía criolla peruana, que, asustada, se ha mantenido distante del movimiento, se hace a partir de entonces más realista y más defensora y cómplice del poder español.



10. MÉXICO. LA REBELIÓN POPULAR. HIDALGO Y MORELOS

Para comienzos del siglo XIX el virreinato mexicano es la colonia más importante de España. Mientras desde fines del siglo XVIII Perú vive cierta decadencia, la Nueva España sigue en auge gracias a la explotación de sus minas de plata (uno de esos centros mineros es Guanajuato), gracias también al comercio, que se ha hecho libre, y a la agricultura, aunque por su atraso tecnológico y su condición de medio de sujeción indígena, esta última tiene más que ver con prestigio social y poder político que con verdadera producción de riqueza. Pese a esa prosperidad, o más bien como la otra cara de ella, en el México de inicios del siglo XIX hay una enorme desigualdad y es abrumadora la miseria de las masas de mestizos pobres, de pardos, indios, y negros libres, sin olvidar que la esclavitud negra tiene también su importancia, sobre todo en zonas costeras, aun si la principal forma de explotación es la servidumbre indígena. La miseria se acentúa en los años previos a 1810; y ante el descontento creciente de los pobres y la escasez y precios especulativos del maíz, principal alimento de estos últimos, las amenazas de rebelión popular crecen. La usual rivalidad entre españoles y criollos se ha venido acentuando, y hasta la Iglesia se muestra descontenta por algunas políticas españolas que afectan sus intereses materiales y su control de la riqueza.

Los sucesos de 1808 en la península ibérica (abdicación forzosa de los reyes españoles impuesta por Napoleón, designación de su hermano José Bonaparte como rey de España, rebelión del pueblo español contra los franceses y creación por todo el territorio del reino de Juntas defensoras de los derechos de Fernando VII)

provocan de inmediato un intenso forcejeo político entre criollos y peninsulares, forcejeo que intensifica la tensión usual que caracteriza sus relaciones.

Algunos líderes de la élite criolla que, igual que en otras partes de la América hispánica, son en su mayoría miembros del cabildo capitalino, empiezan a exigirle al virrey José de Iturrigaray la creación de una Junta, que en este caso, con el protagonismo de los criollos, constituiría una indudable apertura hacia la autonomía, al menos en tanto Fernando no fuera restituido en su trono, mientras por su parte los grupos españoles más conservadores y partidarios del absolutismo, que dominan la audiencia, se oponen en forma rotunda a toda modificación, por ligera que sea, de las relaciones de poder existentes en beneficio de los criollos y en perjuicio propio. Y sobre todo rechazan el argumento central de los criollos, expuesto por Francisco Primo de Verdad, miembro del cabildo, y por el cura Melchor de Talamantes, sacerdote peruano radicado en la capital mexicana, esto es, que en ausencia de rey, que es lo que ocurre por haber sido Fernando VII depuesto y llevado prisionero a Francia, el pueblo, que ellos dicen representar, recupera la soberanía, ya que el contrato social es entre rey y pueblo, y en consecuencia puede y debe ejercer esa soberanía como se ha hecho en España, mediante Juntas de defensa de los derechos del depuesto rey. Los criollos del cabildo de la ciudad de México exigen a Iturrigaray la creación inmediata de una Junta, en la que ellos estén representados y tengan papel preponderante. Y Talamantes va incluso más lejos, porque del derecho de los criollos a gobernar, como representantes del pueblo en contexto de ruptura del contrato social por ausencia del rey, deriva como conclusión que ese derecho implica el de declarar la independencia.

Como otros virreyes, Iturrigaray vacila entre su fidelidad a la Corona española y su aceptación de las autoridades francesas, de las que en fin de cuentas depende su cargo. Algunos historiadores mexicanos piensan que su proyecto personal apuntaba a aliarse con los criollos para convertirse en gobernante autónomo de Nueva España. Sea lo que sea de todo esto, lo cierto es que se rinde a la presión de los

criollos y decide convocar, el 9 de agosto de 1808, una reunión amplia a la que se llama Junta sin serlo, con participación de autoridades, audiencia, cabildo, Iglesia, inquisición, y representantes de diversos grupos de la sociedad mexicana, y cuyo fin es decidir qué hacer ante la crisis española.

Con apoyo del cabildo, Iturrigaray se declara lugarteniente de Fernando VII, opuesto a los franceses y a toda Junta, española o mexicana, que no hubiese sido creada por el propio rey, y en consecuencia dispuesto a gobernar en forma autónoma en nombre del rey depuesto hasta que este sea restablecido en su trono. Pero, como es de esperarse, los absolutistas españoles y la audiencia se oponen, y luego de una serie de presiones de su parte y de maniobras del virrey se deciden a derrocarlo. Encabezados por un rico comerciante y hacendado vasco llamado Gabriel de Yermo, los godos españoles dan un golpe de Estado sorpresivo y exitoso la noche del 15 de septiembre de 1808. Asaltan el palacio virreinal, capturan a Iturrigaray, lo fuerzan a renunciar, lo sustituyen por un anciano militar español que no es sino un títere al que ellos pueden manejar a voluntad, un tal Pedro Garibay, y envían al depuesto virrey a España acusado de conspirar contra la Corona y de una serie de delitos como corrupción y contrabando, acusaciones que al parecer no carecían de base.

Al golpe español sigue una terrible represión contra los criollos, en especial contra los líderes que han promovido la frustrada Junta con Iturrigaray; y contra algunos otros, todos acusados de haber defendido iguales posiciones. Como resultado de esa represión los miembros del cabildo son llevados a prisión, Primo de Verdad y Talamantes son hechos presos y pronto mueren en la cárcel. Primo de Verdad es encerrado en los calabozos del arzobispado mexicano y aparece ahorcado en su celda en la mañana del 4 de octubre, muerte sospechosa ya que numerosos datos apuntan a un crimen, a que se lo envenenó y luego ahorcó para darle visos de muerte natural al asesinato. Talamantes, por su parte, acusado por la alta jerarquía de la Iglesia, fue enviado prisionero a las siniestras mazmorras de la fortaleza de San Juan de Ulúa, donde murió pronto, el 9 de mayo de 1809.

De modo que en México no hubo Junta, ni criolla ni española, porque los criollos moderados lo intentaron en fecha temprana y fracasaron, pagando algunos de ellos el fracaso con la vida, mientras los españoles prefirieron la vía expedita y más eficiente del golpe de Estado absolutista y la represión abierta contra todos los criollos sospechosos de juntistas, autonomistas o liberales. Y lo que ocurre en cambio en México, lo que conforma en el virreinato de la Nueva España esa primera fase de la lucha independentista, es una gran rebelión popular, algo que no sucede en ninguna otra provincia o territorio de la América española de esos comienzos del siglo XIX, en los que los movimientos juntistas y pronto independentistas son promovidos sin verdadera participación del pueblo por la élite criolla, una élite de terratenientes ilustrados en quienes se combina la admiración de los principios de la Ilustración francesa con el temor a la revolución social y la defensa de la servidumbre indígena y la esclavitud. De modo que el examen, así sea rápido, de algunos rasgos socioeconómicos y políticos del virreinato neohispánico al iniciarse el siglo XIX quizás ayude a entender mejor esa diferencia entre la etapa inicial del proceso de independencia mexicano y el que —con la excepción parcial del Uruguay— resulta prácticamente común en lo esencial, esto es, en lo tocante al dominio de la oligarquía criolla, a todo el resto de las provincias de la América española.

El golpe de Estado de los absolutistas españoles genera una resistencia sorda de los criollos y se convierte en el punto de partida de la conspiración criolla de 1810 con la que estalla la revolución de independencia. Se conspira en varias ciudades: Valladolid (hoy Morelia) y Querétaro. El criollo Ignacio Allende, oficial militar, es uno de los líderes de la conspiración de Valladolid. Y una vez que esta ha sido debelada, Allende y sus camaradas conspiradores ponen en marcha la de Querétaro, en la que participa el cura Miguel Hidalgo. Y es a partir de entonces que este proceso conspirativo y juntista en nada diferente hasta ese momento de los de otras colonias españolas americanas empieza a transformarse, como sucede poco después, en una auténtica rebelión popular.

Miguel Hidalgo y Costilla es un criollo de clase media, cura de pueblo con mucho prestigio entre los criollos y sobre todo entre las masas indígenas de la próspera región del Bajío, en el centro de México. Hidalgo es hombre de gran sensibilidad humana, amigo de los indígenas, defensor de sus derechos y concededor de sus lenguas. Desde 1803 es cura de Dolores, en esa región del Bajío. En la conspiración de Querétaro participan varios criollos revolucionarios: su promotor Ignacio Allende, oficial; Juan Aldama, militar; su hermano Ignacio Aldama, abogado; Mariano Abasolo, militar; y Josefa Ortiz y su marido Miguel Domínguez. Los conspiradores contactan a Hidalgo, al cual necesitan por su prestigio y por el apoyo que tiene entre los indígenas.

En septiembre de 1810 la irregular situación mexicana producto del golpe de Estado de Yermo y el nombramiento del títere Garibay se legaliza. Llega a México un nuevo virrey, Francisco Javier de Venegas, militar realista intransigente, que en realidad había sido designado para la Nueva Granada, pero que al haber sido rechazado por la Junta bogotana y no poder desembarcar en Cartagena, siguió viaje hacia la Nueva España para asumir allí el cargo de virrey en reemplazo de Garibay. Con el autoritario Venegas al frente, se reanuda la represión y los conspiradores de Querétaro son descubiertos. Al saberlo, Josefa Ortiz le informa de ello a Juan Aldama. Este corre a Dolores y allí con Allende e Hidalgo los tres deciden comenzar la rebelión. Cuentan para ello con la milicia de Abasolo y sobre todo con la capacidad de movilización indígena de Hidalgo. Es sábado, pasada la medianoche, ya domingo. Hidalgo echa a sonar las campanas de la iglesia convocando a misa de madrugada. Las masas acuden, e Hidalgo las llama a la rebelión. Es el *Grito de Dolores*, madrugada del 16 de septiembre de 1810, comienzo de la revolución de independencia mexicana. Las masas responden al llamado; e indios, campesinos y pueblo de Dolores, alzados, reúnen armas, apresan a los españoles, liberan a los presos y organizan una mesnada de 600 campesinos, improvisados como soldados, mal armados, pero resueltos, y que se unen a la milicia profesional de Allende y Abasolo.

La multitud parte en triunfo hacia San Miguel y en el vecino pueblo de Atotonilco, Hidalgo toma el estandarte de la Virgen de Guadalupe y se impone el grito: “¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines!”. Pasan en triunfo por San Miguel y se dirigen a Celaya, ciudad más importante. La desordenada tropa popular va creciendo porque a su paso por pueblos y campos se le suman nuevos rebeldes: indígenas, pardos, pobres, negros libres y esclavos, mineros, campesinos de haciendas, desocupados y desesperados. Es el hambriento pueblo mexicano en rebelión, que más que independencia lo que reclama es pan, tierra, libertades, igualdad, justicia, algo que empieza pronto a inquietar a los criollos que acompañan a Hidalgo, los cuales preferirían una tropa menor pero más organizada y de actitud menos radical.

La masa popular que entra en Celaya el 20 de septiembre pasa ya de 50.000 personas. Llevan retratos de Fernando VII, porque —igual que en otras rebeliones coloniales— aceptan al rey condenando el mal gobierno, y después de entrar victoriosamente en la ciudad, se lanzan a saquearla y a perseguir a los ricos españoles. Los rebeldes proclaman generalísimo a Hidalgo, lo que lo convierte en jefe de la insurrección, quedando así por sobre Allende, que es nombrado teniente general. Esto no hace otra cosa que sancionar un hecho real: que el verdadero líder de la insurrección es Hidalgo y que esta enorme movilización del pueblo pobre de la zona es producto de su influencia y su prestigio. Y al mismo tiempo muestra que la conspiración criolla de los inicios se ha transformado por obra de ambos, de la influencia y el prestigio de Hidalgo, en una rebelión popular y revolucionaria.

Tomada Celaya, lo cual ha sido un éxito fácil, el enorme pero desordenado ejército de Hidalgo y Allende se plantea su próximo objetivo: apoderarse de Guanajuato, que es el centro del poder minero mexicano. Se lanzan contra la ciudad. Aterrorizado, el intendente se encierra en la Alhóndiga, que es la fortaleza local, junto con los ricos y los españoles. El ataque de la eufórica tropa de Hidalgo es frontal. En el combate muere el intendente, la Alhóndiga es tomada, los españoles masacrados, y la ciudad saqueada. Se desata el saqueo y es solo por

presión de Allende que se logra pararlo, ya que Hidalgo comparte el rechazo de su gente a ricos y españoles y se opone a reprimirla.

Actúa entonces la Iglesia, la alta jerarquía religiosa, comprometida como siempre con el poder explotador, y asustada de ver a uno de sus miembros encabezar la rebelión popular y el enfrentamiento de pobres contra ricos que la caracteriza. El arzobispo de México, Francisco Javier de Lizán, absolutista identificado con el poder español, condena en forma enérgica a los rebeldes y excomulga a Hidalgo y a Allende, llamando a los fieles a rechazarlos. Pero la lucha no cesa por ello, y no solo Hidalgo y su tropa, ya excomulgados por la iglesia, marchan hacia Valladolid, su próxima etapa, a la cabeza de una multitud rebelde que no para de crecer sino que algunos curas de pueblo, sensibles a la miserable situación de pobres e indígenas, se incorporan a las tropas de Hidalgo y Allende, como es el caso de José María Morelos. En Valladolid no hay asalto ni combate. No hace falta: los ricos y el obispo huyen y la ciudad se rinde. Lo que sí hay es saqueo. Hidalgo asume el mando de la ciudad. Preocupado por los saqueos y por la anarquía que reina entre la desordenada tropa, Allende propone reducir esa mesnada y convertirla en un ejército pequeño pero disciplinado, mejor armado y mejor preparado para los combates que se avecinan.

Pero Hidalgo se opone. Aunque la propuesta de Allende parece sensata, desconfía de la actitud elitescas de los militares criollos y confía más en sus gentes y en el número, además de que no quiere excluir de la lucha a parte de ellas o tener que reprimirlas si se oponen. Y la posición de Hidalgo, que tiene el apoyo de las masas, es la que se impone. Pero eso aumenta el roce existente entre él y Allende y los otros criollos. Hidalgo no se detiene y comienza ya a tomar medidas revolucionarias y emancipadoras. El 19 de octubre ordena al intendente de Valladolid que promulgue la abolición de la esclavitud, la cual, ratificada poco después por los patriotas López Rayón y Morelos, es la primera de Hispanoamérica.

La próxima etapa es Ciudad de México, la capital del virreinato, el centro del poder. Los revolucionarios saben que tomarla es perentorio y que ello decidiría la lucha a su favor. Pero vacilan porque saben

que es una tarea titánica para la que no se sienten preparados; y tras un intento frustrado de acercarse a ella, retroceden e intentan cercarla tomando antes otras ciudades importantes no distantes de la capital.

Y aquí el movimiento empieza a estancarse. Porque el apoyo indígena y el prestigio de Hidalgo solo son grandes en la zona del Bajío, en la que han actuado con éxito rotundo. En la zona alrededor de México y de Puebla la situación es diferente. Allí, una vez que la Iglesia, que controla a las masas indígenas, condena la rebelión y excomulga a los rebeldes, queda descartado cualquier apoyo masivo de la población india. Y por su parte casi todos los criollos, asustados por el radicalismo social de Hidalgo y por la violencia de la rebelión, se organizan contra los rebeldes condenando también a Hidalgo y Allende, y se unen a los españoles abandonando cualquier veleidad independentista y ayudando a la Iglesia a controlar a las masas indígenas. La Iglesia, por cierto, sigue excomulgando a los rebeldes, aun si más curas de pueblo se unen a la rebelión.

De todas maneras, las tropas de Hidalgo y Allende constituyen una masa descomunal de más de 80.000 seguidores. Pero todos los historiadores concuerdan en que se trata más de una horda desorganizada que de un ejército. El desorden y desorganización entorpecen la lucha de esa multitud mal armada, como señalan Allende y los otros militares criollos, cada vez mas críticos de esa desorganización lindante con la anarquía y temerosos de la violencia social que provoca, lo que va llevando a la mayoría de los criollos, que en fin de cuentas son propietarios, comerciantes, mineros o terratenientes, a cerrar filas con los españoles. Es claro que empieza a aflorar aquí la inevitable contradicción a que en el contexto de los intentos de ruptura con el régimen colonial español se ve abocado todo movimiento rebelde que intente a un tiempo ganarse el apoyo de los criollos y el de las masas populares hambrientas. Porque los criollos solo quieren autonomía y cuando más independencia pero sin cambios sociales, mientras a las masas populares hambrientas y desesperadas la independencia no les dice mucho, sobre todo cuando ven que quienes la proclaman son los criollos, es decir, la élite dueña de tierras y esclavos que es la que los

explota, ya que esas masas lo que quieren es emanciparse de la pobreza, de la explotación, de la servidumbre y de la esclavitud, y que cuando —como en México— asumen la idea de independencia y luchan por ella como propia es solo porque asocian esta con la emancipación que ansían y por la que en realidad vienen combatiendo.

De modo que lo que ocurre es que si esos movimientos optan por ganarse el apoyo de la élite criolla no pueden menos que perder el de las masas populares; y si deciden en cambio defender los intereses de éstas, el choque con los criollos o su rechazo les resulta inevitable. Y en el caso de las tropas de Hidalgo y Allende, pese a la moderación de este y de los otros valerosos líderes criollos que forman parte de ellas, es clara la decisión de actuar a favor de las masas populares de pobres, de indios y de esclavos, como lo demuestran las decisiones que poco más adelante hace aprobar Hidalgo.

Por lo pronto la multitud rebelde de Hidalgo y Allende se enfrenta a una tropa española y obtiene una oportuna victoria, el 30 de octubre de 1810, en la batalla del Monte de las Cruces, lo que les permite acercarse en forma amenazadora a Ciudad de México. Pero a partir de aquí la suerte comienza a hacérseles adversa. Porque en lo que sigue su tan numerosa como desorganizada mesnada se ve obligada a enfrentar a verdaderos ejércitos realistas, a españoles y criollos que no son muchos comparados con ellos pero que tienen en cambio una auténtica preparación militar, una férrea disciplina (al menos comparada con la de los seguidores de Hidalgo) y que están mejor organizados y mejor armados. El jefe de esas tropas realistas es un militar profesional español, el brigadier Félix María Calleja, soldado de carrera, capaz y brutal, decidido a aplastar la rebelión a sangre y fuego. Los rebeldes se ven obligados a alejarse de la capital; y combinado con otra milicia hispano-criolla, el pequeño ejército de Calleja derrota en forma contundente a Hidalgo en San Jerónimo Aculco el 7 de noviembre de 1810.

Hidalgo regresa entonces a Valladolid y de esta pasa a Guadalajara, donde, fiel a su idea de priorizar por sobre todo la emancipación del pueblo, decreta el 29 de noviembre la abolición de la esclavitud y

el 6 de diciembre la devolución de sus tierras a las comunidades indígenas y a los campesinos para dedicarlas a cultivos. Organiza además un gobierno revolucionario en Guadalajara y hasta publica un periódico revolucionario. Pero Calleja, con su ejército y su milicia criolla, ataca y derrota esta vez en forma más contundente a Hidalgo el 17 de enero de 1811 en el Puente de Calderón. Hidalgo, Allende, Abasolo y un grupo de rebeldes sobrevivientes huyen hacia el norte. Pero son traicionados, emboscados, y capturados en Baján el 21 de marzo por los realistas. Se los lleva prisioneros y encadenados a Monclova y luego a Chihuahua. Allí un tribunal integrado por criollos realistas los condena a muerte; y todos son ejecutados. Allende es fusilado el 26 de junio. Hidalgo es degradado como sacerdote, fusilado el 31 de julio, y su cabeza, junto con la de Allende, enviada como trofeo a Guanajuato.

Sin embargo, pese al terrible golpe que significa la derrota y a la muerte de Hidalgo y Allende, la rebelión popular no cesa. Al contrario, sigue y más bien se organiza y profundiza. Y esta vez su líder, que ha estado desde antes integrado a las fuerzas de Hidalgo, es otro cura, cura de pueblo, cura revolucionario: José María Morelos. Morelos es el gran héroe de la independencia mexicana como revolución popular. Nacido en 1765 en Valladolid, es cura de pueblo, mestizo, pequeño, de piel cobriza, de origen muy humilde. En Morelos se combinan de una manera peculiar que no deja de parecer contradictoria el firme compromiso social revolucionario y una acendrada fe religiosa y una fidelidad a la Iglesia, la misma que, aliada con sus enemigos, ataca su lucha y lo condena y excomulga. Morelos ha sido párroco de pueblos miserables y se ha identificado siempre con la causa de los pobres y de los indios, y es esto lo que lo lleva a unirse desde el principio, en 1810, a la rebelión de Hidalgo. Este lo ha nombrado teniente y lo ha enviado al sur, hacia Acapulco. Y Morelos, que es un líder y organizador capaz, ha estructurado en poco tiempo un ejército campesino revolucionario, pequeño, pero móvil y efectivo.

Sin tardanza, Morelos asume el relevo de Hidalgo. Luego de la derrota del Puente de Calderón, de las mesnadas de Hidalgo y Allende han sobrevivido varios grupos guerrilleros que mantienen viva la lucha,

con líderes como Ignacio López Rayón, ideólogo político, que ha sido uno de los secretarios de Hidalgo; como Mariano Matamoros, otro cura revolucionario; como los hermanos Bravo y el hijo de Leonardo Bravo, Nicolás; y como los más conocidos de todos: Vicente Guerrero, y José Miguel Fernández, que se hace llamar Guadalupe Victoria. Y una de las tareas iniciales de Morelos como nuevo líder es unificar todas esas luchas bajo su mando. Lo va logrando, no sin esfuerzo. López Rayón mantiene diferencias con él, pero en cambio Matamoros se convierte en su mano derecha y los Bravo también destacan luchando a su lado.

Otra de las tareas que Morelos se propone es forjar una imagen de los revolucionarios que resulte más favorable para ganar adeptos y avanzar, una imagen de los luchadores por la independencia que sin restarle a esta su contenido social, es más, incluso profundizándolo y dándole objetivos más definidos, la deslumbre de la difundida idea, por lo demás bien ganada, de que eran hordas anárquicas, violentas y saqueadoras. Morelos empezó limitando los saqueos y condenando la guerra de castas, esto es, la matanza indiscriminada de blancos por ser blancos y ricos, fuesen españoles o criollos. Y trató de obtener tributos regulares en las ciudades y territorios controlados por sus fuerzas, para abastecer de este modo a sus tropas y así evitar los saqueos. Pero al mismo tiempo decretó —como ya había hecho antes Hidalgo— la abolición de la esclavitud, la devolución de las tierras a los indígenas y a los campesinos, y proclamó poco después la independencia. Para obtenerla, Morelos no solo buscó aliados sino que estructuró una fuerza militar bastante menor que la de Hidalgo pero mucho más móvil y mejor organizada, un verdadero ejército popular capaz tanto de actuar como ágil fuerza guerrillera para sorprender al enemigo como de combatirlo de modo frontal sobre el terreno ganándole batallas, y que contaba con líderes capaces y buenos militares como Matamoros y como los hombres de la familia Bravo.

Lograr, en una sociedad tan desequilibrada y desigual como la mexicana, ese delicado equilibrio entre moderación política y profundidad social siempre a favor de esta última no podía resultar ni resultó

una tarea sencilla. Sin embargo, en este terreno Morelos se movió con habilidad y consiguió bastante. Y más allá de las concesiones que no podía evitar hacer y sobre todo de sus limitaciones religiosas, que le hacían ver la revolución como una guerra santa y que le obligaban a guardar ciega fidelidad a la Iglesia, no cabe duda de que fue el dirigente más revolucionario de esa heroica lucha popular con que se inicia el proceso de independencia mexicana.

Comprometido con la causa del pueblo que lo apoya, Morelos se propone desmontar el régimen colonial español. Considera a los españoles explotadores del pueblo mexicano y enemigos de la humanidad y quiere echarlos a todos de México. Decide proclamar la independencia, y para ello convoca un Congreso en Chilpancingo, que se instala en septiembre de 1813. Su propuesta es la independencia absoluta, entregando el poder a los americanos, creando un ejecutivo fuerte, estableciendo la división de poderes y decretando la religión católica como única religión permitida tanto en lo público como en lo privado, propuesta esta última intolerante y reaccionaria solo comprensible por la ciega fe religiosa de Morelos y porque esta fe ciega era también la de las masas indígenas y populares que lo seguían.

Pero, aparte de esta limitación, la propuesta de Morelos tiene un profundo contenido social, porque él es revolucionario sobre todo en ese terreno, en el social, que es en fin de cuentas el que apunta hacia la emancipación del pueblo. Morelos, que ha decretado antes el fin del régimen de castas, la abolición de la esclavitud y del tributo indígena y la igualdad entre todos los americanos cualquiera sea su raza y el color de su piel, propone al Congreso la ratificación de estos decretos y su inclusión en la Constitución que el mismo debe aprobar. Los criollos que respaldan a Morelos y que asisten como delegados al Congreso muestran reticencias ante definiciones tan radicales, pero se ven obligados a aceptarlas. El Congreso de Chilpancingo declara la independencia el 6 de noviembre de 1813. Y un año más tarde, en noviembre de 1814, el mismo congreso, trasladado a Tlacotepec, huyendo de los avances realistas, promulga la primera Constitución mexicana, la de Apatzingán, que en realidad es una constitución liberal moderada,

más política y menos social, y un tanto distante de las propuestas revolucionarias de Morelos. Por lo demás, esa constitución no pasó del papel, porque nunca se aplicó.

Es que ya para ese entonces la lucha por la independencia está casi perdida. Desde marzo de 1813 Calleja ha sido designado nuevo virrey de México. Sigue, igual que antes, decidido a aplastar la rebelión popular, la lucha independentista que encabeza Morelos; y a partir de esa fecha se lanza al ataque final teniendo más poder para hacerlo no solo por ser virrey sino porque el liberalismo español que lo ha frenado un poco hasta entonces, ya no puede hacerlo porque en 1814, con el regreso de Fernando VII al trono español ha vuelto a España el absolutismo. La guerra que hace Calleja es brutal, es una suerte de guerra a muerte con fusilamientos sin juicio y crímenes de todo tipo. Morelos trata de obtener apoyo de los criollos, haciéndoles algunas concesiones, prometiendo respetar propiedades y ofreciendo cargos civiles y militares. Pero fracasa en esto. Los asustados criollos de la élite mexicana no quieren nada con esa revolución que para ellos no es más que un peligroso alzamiento de la chusma. Morelos comete el error de perder varios meses tratando en vano de apoderarse de Acapulco, y poco después es derrotado en diciembre de 1813 en Lomas de Santa María, en Valladolid, por el ejército que comanda el militar criollo Agustín de Iturbide. Y en enero de 1814 vuelve a ser derrotado en Puruarán. Su combativo lugarteniente Matamoros, el otro gran cura revolucionario, cae preso y es fusilado por los españoles en febrero de ese año de 1814. Y la situación no hace sino empeorar en el año siguiente, 1815. La lucha revolucionaria se agota y se va desmoronando. Los titánicos esfuerzos de Morelos para reanimarla son inútiles. El Congreso lo destituye entonces como jefe militar; y como el Congreso representa la legalidad, Morelos se ve obligado a protegerlo viajando perseguido con él a cuestas.

En la batalla final, en Temalaca, el 5 de noviembre de 1815, Morelos combate con valor haciendo posible la huida del Congreso pero él cae prisionero. Enfrenta el odio de españoles, de criollos y de la Iglesia, de su amada Iglesia, que lo ha excomulgado desde el

principio y que ha convocado un solemne tedeum en la catedral de Ciudad de México para celebrar alborozada su captura. Se lo condena a muerte, pero antes de ejecutarlo la implacable Iglesia, para humillarlo y quebrarlo, lo degrada como sacerdote, algo que afecta profundamente a Morelos y lo desmoraliza, dada su arraigada fe religiosa. Finalmente Morelos es fusilado en San Cristóbal Ecatepec el 22 de diciembre de 1815.

Con el fusilamiento de Morelos termina la primera etapa de la lucha mexicana por la independencia, la fase revolucionaria, heroica, popular, de la lucha por la independencia mexicana encabezada entre 1810 y 1815 por esos dos grandes curas revolucionarios que fueron Hidalgo y Morelos; lucha que a pesar de sus peligrosos y reaccionarios componentes religiosos: la Virgen de Guadalupe de Hidalgo y Morelos y la intolerancia católica de ambos y sobre todo de Morelos, es sin la menor duda la más popular y revolucionaria de todas las luchas independentistas hispanoamericanas. Esa lucha revolucionaria es única en la América española. No solo ha proclamado, entre 1810 y 1813, la independencia plena, la eliminación de las castas y la igualdad de todos los mexicanos sino que ha proclamado la abolición de la esclavitud, que es la primera de la América hispánica, la eliminación del tributo indígena, la devolución de las tierras comunitarias a los indígenas y la asignación a los campesinos mexicanos de tierras expropiadas a terratenientes españoles y criollos. Es por ello el único proceso independentista hispanoamericano en el que se funde realmente, aunque por desgracia solo en esta fase, la lucha por la independencia con la lucha por la emancipación, y con predominio claro de esta última sobre las limitaciones excluyentes y elitescas propias de la primera.

A Morelos —y con mayor razón a Hidalgo— es posible, como sucede con cualquier luchador revolucionario, imputarle errores, fallas políticas y deficiencias militares en su lucha, pero difícilmente puede dudarse de que la razón fundamental de la derrota de ambos es la actitud de la élite criolla, la cobardía de esta, su ambigüedad y su rechazo. Salvo una minoría que se comprometió con la causa independentista y se jugó la vida en ella (Allende, Abasolo, los Aldama, los Bravo y

otros), los criollos de la élite, igual que en otras partes de la América española, aun si muchos de ellos querían la independencia o al menos una mayor autonomía, no estaban interesados, como ricos propietarios y explotadores que eran, en obtenerla arriesgando o sacrificando parte de su poder económico y social y aceptando profundos cambios sociales igualitarios como los que pretendían hombres comprometidos a fondo con la emancipación de las masas populares explotadas como eran Hidalgo y Morelos. Por eso no solo los abandonaron sino que los traicionaron y contribuyeron militarmente a su derrota aliándose con el poder español y aceptando su dominio.

No obstante, el movimiento popular de independencia que ellos desataron y dirigieron no muere del todo después de la ejecución de ambos, aunque lo que sobrevive son guerrillas en parte del territorio, que si bien no pueden ser vencidas y en algunos casos o momentos hostigan a las tropas españolas, tampoco tienen otra capacidad de lucha que la de su propia supervivencia. Uno de esos combatientes es Guadalupe Victoria, que ha combatido a favor de Morelos, que sigue la lucha tras la derrota y muerte de este y que incluso con su guerrilla, que se mueve en torno a Veracruz, casi logra capturar en 1816 a José Ruiz de Apodaca, el nuevo virrey, que viene a reemplazar a Calleja. Derrotado en 1817 y luego de rechazar el indulto que le ofrece Apodaca, Guadalupe Victoria sobrevive oculto en las selvas de la región veracruzana. El otro combatiente patriota que sigue luchando por la independencia es Vicente Guerrero, que ha sido destacado combatiente con Hidalgo y Morelos, que mantiene la lucha guerrillera en el sur, se niega a acogerse a la amnistía que le ofrece Apodaca y sigue luchando por la independencia a lo largo de los años siguientes. Un tercer héroe patriota que trata con escaso éxito de reanimar la lucha independentista es Francisco Javier Mina. Mina, español, liberal, luchador contra los franceses en España, exiliado, es amigo de fray Servando Teresa de Mier, promotor y propagandista de la independencia, quien lo convence de ir a la Nueva España a luchar por la libertad de México. Mina lo hace. Organiza una expedición marítima, con barcos y soldados reclutados en Inglaterra y Estados Unidos. Desembarca en

abril de 1817 en tierra mexicana, en Soto la Marina, lanza proclamas independentistas, ataca a los españoles y los derrota varias veces. Pero no obtiene mucho apoyo popular; y los realistas lo derrotan y capturan en octubre de 1817 y lo fusilan en enero de 1818.

Es solo unos años más tarde cuando la lucha por la independencia mexicana se reanuda realmente y tiene finalmente éxito, pero esta vez dirigida por los mismos criollos que asesinaron a Hidalgo y a Morelos, los cuales, después de disfrutar de una relativa autonomía como premio de su traición a la causa independentista y republicana, dirigidos ahora por uno de los que enfrentaron a Morelos, el militar Agustín de Iturbide, se deciden a enfrentar a las autoridades de la metrópoli española, esta vez contando con el apoyo de la reaccionaria Iglesia mexicana, solo porque ambos, criollos ricos e Iglesia, ven amenazados su poder y sus intereses por los cambios que se proponen desde una España que a partir de 1820 ha pasado otra vez a poder de los liberales, que le han impuesto al absolutista Fernando VII la Constitución de 1812 y han empezado a llevar a cabo reformas contra el poder ideológico de la Iglesia, tanto peninsular como colonial, y el dominio social y económico de la oligarquía, tanto de España como de México, y de las pocas colonias americanas que para entonces no han entrado en abierta rebeldía o no están a punto de lograr finalmente su independencia en los campos de batalla.

Y así la lucha independentista mexicana, comenzada con una gran revolución popular encabezada por Hidalgo y Morelos junto con unos pocos criollos revolucionarios como Allende, Aldama y Abasolo, culmina finalmente en manos de oligarcas criollos que ahora, en 1821, quieren sacudirse el laxo dominio español, que se ha hecho de pronto liberal, para hacer de México un territorio independiente dominado por la élite criolla conservadora aliada con la Iglesia y convertirlo a continuación en una grotesca monarquía: un imperio de opereta del que Iturbide va a ser el jefe, convertido en Agustín I, emperador de México.

BIBLIOGRAFÍA SUCINTA

Un ensayo como este requiere sin duda una bibliografía. Pero una bibliografía completa sobre el tema, que refleje además lo que he leído y releído a lo largo de bastante tiempo para realizar esta investigación no tiene aquí cabida: ocuparía demasiadas páginas, resultaría sumamente larga y para remate podría hasta parecer pedante. De modo que en lo que sigue me limito a mencionar algunos estudios generales accesibles sobre el contexto en que se originan las Juntas criollas hispanoamericanas; y luego a mostrar una breve selección de textos referentes a las diversas Juntas examinadas, o a los inicios de la lucha independentista en cada uno de los países correspondientes, selección que salvo excepción no será en ningún caso mayor de unos diez libros.

GENERAL

- Acosta, Vladimir. (2010). *Independencia y emancipación. Élités y pueblo en los procesos independentistas hispanoamericanos*. Celarg, Caracas.
- Antepara, José María. (2006). *Miranda y la emancipación suramericana*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Artola, Miguel. (1976). *La burguesía revolucionaria, 1808-1874. Historia de España Alfaguara*, tomo V. Alianza Editorial, Madrid.
- Breña, Roberto. (2006). *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824*. El Colegio de México, México.

Fals Borda, Orlando. (1968). *Las revoluciones inconclusas en América Latina, 1809-1968*. Siglo XXI, México.

Halperin Donghi, Tulio. (1985). *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850. Historia de América Latina*, tomo 3. Alianza Editorial, Madrid.

La independencia de Hispanoamérica. Declaraciones y actas. (2005). Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Lynch, John. (1976). *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808- 1826*. Ariel, Barcelona.

Pensamiento político de la emancipación, 1790-1825. (s/f). Dos tomos. Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Ramos, Jorge Abelardo. (2011). *Historia de la nación latinoamericana*. 2.^a edición, en un tomo. Peña Lillo, Buenos Aires.

Ramos Oliveira, Antonio. (1952). *Historia de España*. Tomo II. Compañía General de Ediciones, México.

Rodríguez, Jaime E. (2008). *La independencia de la América española*. FCE/Colegio de México, México.

Thibaut, Clément. (2003). *Repúblicas en armas. Los ejércitos en la Guerra de Independencia*. Planeta, Bogotá.

Argentina

Acevedo, Edberto Oscar. (1992). *La independencia de Argentina*. Mapfre, Madrid.

Bagú, Sergio. (1966). *Mariano Moreno*. Eudeba, Buenos Aires.

Belgrano, Manuel. (1942). *Autobiografía y memoria sobre la expedición al Paraguay y batalla de Tucumán*. Emecé, Buenos Aires.

Chaves, Julio César. (1957). *Castelli, el adalid de Mayo*. Leviatán, Buenos Aires.

Galasso, Norberto. (2005). *La Revolución de Mayo*. Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires.

Gandía, Enrique de. (1960). *Historia del 25 de mayo*. Claridad, Buenos Aires.

_____. (1955). *Napoleón y la independencia de América Latina*. Ediciones Antonio Zamora, Buenos Aires.

Levene, Gustavo Gabriel. (1966). *Breve historia de la independencia argentina*. Eudeba, Buenos Aires.

López, Vicente Fidel. (1986). *La gran semana de 1810. Crónica de la Revolución de Mayo recompuesta y arreglada por cartas, según la posición y las opiniones de los promotores*. Carlos Casavalle editor, Buenos Aires.

Pigna, Felipe. (2004-2005). *Los mitos de la historia argentina*. Tomos 1 y 2. Norma, Buenos Aires y Planeta, Buenos Aires.

Puiggrós, Rodolfo. (1960). *La época de Mariano Moreno*. Editorial Sophos, Buenos Aires.

Bolivia

Arnade, Charles. (1957). *La dramática insurgencia de Bolivia*. Juventud, La Paz.

Aeze, René D. (1979). *Participación popular en la independencia de Bolivia*. Don Bosco, La Paz.

Carrasco, Manuel. (1945). *Pedro Domingo Murillo*. Ayacucho, Buenos Aires.

Demélas, Marie-Danielle. (2007). *Nacimiento de la guerra de guerrilla (sic). El diario de José Santos Vargas*. Plural Editores, La Paz.

Gantier, Joaquín. (1946). *Doña Juana Azurduy de Padilla*. Fundación Universitaria Patiño, Buenos Aires.

Guzmán, Augusto. (1973). *Historia de Bolivia*. Los Amigos del Libro, La Paz-Cochabamba.

Moreno, Gabriel René. (2003). *Últimos días coloniales en el Alto Perú*. Dos tomos. Biblioteca Ayacucho, Caracas.

Siles Salinas, Jorge. (1992). *La independencia de Bolivia*. Mapfre, Madrid.

Vargas, José Santos. (1982). *Diario de un comandante de la independencia americana, 1814-1825*. Siglo XXI, México.

Vázquez Machicado, Humberto; José de Mesa y Teresa Guisbert. (1958). *Manual de historia de Bolivia*. Gisbert y Compañía librereros, La Paz.

Chile

Collier, Simon (2012). *Ideas y políticas de la Independencia chilena, 1808-1833*. Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile.

Eyzaguirre, Jaime. (1973). *Historia de Chile*. Zig-Zag, Santiago de Chile.

- Galván Moreno, C. (1943). *El Libertador de Chile O'Higgins, el gran amigo de San Martín*. Claridad, Buenos Aires.
- Holt Letelier, Alfredo Jocelyn. (1992). *La independencia de Chile*. Mapfre, Madrid.
- Iglesias, Augusto. (1934). *José Miguel Carrera: la rebelión armada en América*. Ercilla, Santiago de Chile.
- Lira Urquieta, Pedro. (1960). *José Miguel Carrera*. Andrés Bello. Santiago de Chile.
- Silva Galdames, Osvaldo. (1999). *Historia contemporánea de Chile*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Villalobos, Sergio. (1987). *Breve historia de Chile*. Academia Nacional de la Historia. Caracas.

Ecuador

- Borrero, M. M. (1962). *La revolución quiteña 1809-1812*. Editorial Espejo, Quito.
- Guzmán, Marco Antonio. (1961). *La revolución quiteña del 10 de agosto*. Editorial Universitaria, Quito.
- Lara, Jorge Salvador. (2000). *Historia contemporánea del Ecuador*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Navarro, José Gabriel. (1962). *La revolución de Quito del 10 de agosto de 1809*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Quito.
- Reyes, Oscar Efrén. (1974). *Breve historia general del Ecuador*. Tres tomos. Librería Española, Quito.

Zaldumbide, Gonzalo. (1959). *Vida y muerte de Carlos Montúfar, prócer quiteño de la emancipación americana*. Fray Jodoco Ricke, Quito.

Zúñiga, Neptalí. (1963). *Montúfar, primer presidente de la América revolucionaria*. Zúñiga, Quito.

México

Alamán, Lucas. (1938). *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. Tomo I. Publicaciones Herrerías, México.

Castillo Ledón, Luis. (1949). *Hidalgo, la vida del héroe*. Dos tomos. Talleres Gráficos de la Nación, México.

Chavarri, Juan N. (1971). *Hidalgo*. Diana, México.

Chávez, E. A. (1957). *Morelos*. Jus, México.

De la Torre, Ernesto. (1992). *La independencia de México*. Mapfre, Madrid.

Documentos de la Guerra de Independencia. (1945). Secretaría de Educación Pública, México.

Documentos históricos mexicanos. Edición de Genaro García. (1910). Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 Aniversario de la Independencia Nacional y 75 Aniversario de la Revolución Mexicana. Tomo II. Edición del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, México.

Lemoine Villicaña, E. (1965). *Morelos, su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época*. UNAM, México.

Timmons, Wilbert H. (1983). *Morelos. Sacerdote, soldado, estadista*. Fondo de Cultura Económica, México.

Villoro, Luis. (1953). *La Revolución de Independencia. Ensayo de interpretación histórica*. UNAM, México.

Nueva Granada (Colombia)

Diario político de Santa Fe de Bogotá. En Biblioteca virtual Luis Ángel Arango.

Gómez Hoyos, Rafael. (1992). *La independencia de Colombia*. Mapfre, Madrid.

_____. (1962). *La revolución granadina de 1810. Ideario de una revolución y de una época (1781-1821)*. Dos tomos. Temis, Bogotá.

León Gómez, Adolfo. (1910). *El Tribuno del Pueblo*. Academia Colombiana de Historia, Bogotá.

Liévano Aguirre, Indalecio. (1978). *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*. Dos tomos. Tercer Mundo, Bogotá.

Miramón, Alberto. (1960). *Nariño, una conciencia criolla contra la tiranía*. Edit. Kelly, Bogotá.

Ortega Ricaurte, Enrique. (1960). *Documentos sobre el 20 de julio de 1810*. Academia Colombiana de la Historia, Bogotá.

Ortiz, Sergio Elías. (1960). *Génesis de la Revolución del 20 de julio de 1810*. Academia Colombiana de la Historia, Bogotá

Proceso histórico del 20 de julio de 1810. (1960). Banco de la República, Bogotá.

Restrepo, José Manuel. (1969-1970). *Historia de la revolución de Colombia*. Seis tomos (tomo I). Bedout, Cúcuta.

Paraguay

Cardozo, Efraim. (1965). *Breve historia del Paraguay*. Eudeba, Buenos Aires.

Chaves, Julio César. (1946). *El Supremo dictador: biografía de José Gaspar de Francia*. Editorial Ayacucho, Buenos Aires.

Wisner, Francisco. (1957). *El dictador del Paraguay, José Gaspar de Francia*. Editorial Ayacucho, Buenos Aires.

Perú

Bonilla, Heraclio; Pierre Chaunu, Tulio Halperin Donghi, Eric Hobsbawm, Karen Spalding y Pierre Vilar. (1982). *La independencia en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos. Campodonico, Lima.

Cornejo Bouroncle, Jorge. (1956). *Pumacahua: la revolución del Cuzco de 1814*. H. G. Rozas, Cuzco.

De la Puente Candamo, José A. (1992). *La independencia del Perú*. Mapfre. Madrid.

Odriozola, Manuel de, editor. (1863/1872). *Documentos históricos del Perú colectados y arreglados por el coronel Manuel de Odriozola*. Tomos I, II y III. Tipografía de Aurelio Alfaro/ Imprenta del Estado, Lima.

Ortega, Eudoxio H. (1974). *Manual de Historia General del Perú: historia revisionista*. Ediciones los Andes, Lima.

Uruguay

- Artigas, José Gervasio. (2000). *Obra selecta*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Barrán, José Pedro y Benjamín Nahum. (1972). *Bases económicas de la revolución artiguista*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.
- Beraza, A. *La Revolución Oriental de 1811*. (1961). Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo.
- Jesualdo. (1968). *José Artigas*. Losada, Buenos Aires.
- Narancio, Edmundo M. (1992). *La independencia de Uruguay*. Mapfre, Madrid.
- Sala de Tourón, Lucía; Nelson de la Torre y Julio C. Rodríguez. (1978). *Artigas y su revolución agraria, 1811-1820*. Siglo XXI, México.

Venezuela

- “Acta del 19 de abril”. (1961). *Documentos de la Suprema Junta de Caracas*. Consejo Municipal, Caracas.
- Baralt, Rafael María y Ramón Díaz. (1939). *Resumen de la Historia de Venezuela*. Tres tomos (tomo I). Desclée de Brouwer, Brujas-París.
- Blanco, José Félix. (1960). *Bosquejo histórico de la revolución de Venezuela*. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Bohórquez, Carmen. (2006). *Francisco de Miranda, precursor de las independencias de la América Latina*. Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas.

- Díaz, José Domingo. (1960). *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*. Imprenta de Don León Amarita, Madrid, 1829. En: Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Gil Fortoul, José. (1964). *Historia constitucional de Venezuela*. Tres tomos (tomo I). Ediciones Sales, Caracas.
- Izard, Miguel. (1979). *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela, 1777-1830*. Editorial Tecnos, Madrid.
- Parra Pérez, Caracciolo. (1992). *Historia de la Primera República de Venezuela*. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Pensamiento político de la emancipación venezolana*. (2010). Biblioteca Ayacucho. Caracas.
- Pino Iturrieta, Elías. (1971). *La mentalidad venezolana de la emancipación, 1810-1812*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Ponte, Andrés F. (1960). *La revolución de Caracas y sus próceres*. Litografía Miangolarra, Caracas.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de septiembre del año 2013
en los talleres gráficos de Gráficas Tao C.A.
Caracas, Venezuela.

En su diseño se utilizaron caracteres de la
familia tipográfica Garamond.
En su impresión se utilizó papel Enzocreamy
y su edición consta de 1000 ejemplares.

